

Año III N°6 \$4

V DE VIAN CON

Una revista casi de literatura

Marguerite DURAS
Béatrice DALLE
Stephen KING

Cuentos de :

Paul BOWLES
Boris VIAN

**Autobiografía sexual
de un norteamericano:
Encamándose
con cualquiera**

**VIAN:
nuevo informe**

Encuesta a quemarropa:

Valenzuela, Giardinelli, Luis Gusman, Laiseca



En lo profundo de mi corazón

a mí

Voy a ser sincero - una vez no es costumbre-

Aquí está:

Me sentiré contento el día que digan

Por teléfono -si es que todavía existe-

Cuando digan

Con V de Vian...

Tengo suerte de que mi nombre no comience con una Q

Porque con Q de Vian me humillaría.*



CON V DE VIAN

Año 2 Número 6
Febrero-Marzo de 1992

DIRECTOR

Sergio S. Olguín

COORDINADORA

Karina Galperín

EQUIPO DE REDACCION

Roberto Herrscher

Eduardo Hojman

Viviana Lysyj

Santiago Pazos

Pedro B. Rey

COLABORADORES

ESPECIALES

Esteban Buch

Rolando Graña

Claudio Zeiger

COLABORADORES

Graciela Batticuore

Esther Feldman

Sandra de la Fuente

Ramiro Passucci

ARTE Y DIAGRAMACION

Gabriel Miró

Con V de Vian es publicada por Ediciones Magara. Registro de la propiedad intelectual en trámite. Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización previa. Las notas firmadas representan la opinión de sus autores y no necesariamente de la revista.

Mensajes

240-1851

IMPRESION

Latín gráfica

DISTRIBUCION

Trapacs

381-8671

Capital Federal

República Argentina

Tercer Mundo

*Volvemos a publicar el poema que dio nombre a esta revista. Aclaremos que la letra "Q" en francés se pronuncia como la palabra "culo". Las fotos que acompañan el poema le fueron sacadas a los cuatro y a los quince años.

Sumario

3/

Apertura

4/

Click!

7/

La conjura tilinga: por Sergio S. Olgún y Claudio Zeiger

10/

Serge Gainsbourg: por Esteban Buch

12/

Paul Bowles: un cuento inédito

16/

Cuestionario a Valenzuela, Gusman, Laiseca y Giardinelli: por Eduardo Hojman

20/

Béatrice Dalle: por Santiago Pazos

23/

Informe Vian: por autores varios

28/

Boris Vian: Haciendo memoria (cuento)

31/

Viviana Lysyj: Ficción

32/

Juana Manuela Gorriti: por Graciela Batticuore

34/

Stephen King: por Eduardo Hojman

36/

Sergio S. Olgún: Ficción

38/

Encamándose con cualquiera: testimonio anónimo

45/

Lecturas: de Zeiger, Herrscher, Feldman y Passucci

49/

Boris Vian: Que se mueran los feos

Cambiar la vida

"Asesina a un niño en su cuna antes de nutrir deseos que no ejecutes" recomendaba William Blake en el siglo XVIII. Hace rato que teníamos ganas de que **V de Vian** pegara un estirón. Y este número es una consecuencia de nuestros desos: nuevo tamaño, más páginas, mejor papel y más periodistas y escritores poblando las páginas de la revista. Pero hay algo que permanece intacto y es el "espíritu Vian" que nos empujó a hacer el primer número y que sigue presente en cada nota, en cada texto que decidimos publicar. Basta revisar el sumario de este número para confirmarlo: un nuevo informe sobre Boris, una nota sobre uno de sus mejores discípulos (Serge Gainsbourg), mujeres transgresoras y por eso doblemente marginales (Gorriti, Duras, Dalle), el erotismo en el ojo de la tormenta y algunos puntos sobre las íes en el panorama cultural argentino.

Hay un deseo que es el que resume todos los demás: no quedarnos quietos. Nada más horrible que convertirse en esos señores más o menos bienpensantes, más o menos conocidos, que se encierran en sus libros o en sus artículos declamando lo que habría que hacer. No podríamos seguir con el signo de Vian si no hiciéramos como él, si no viviéramos nuestros amores y odios con rabiosa pasión.

Pasión que ponemos al hacer una revista distinta pero igual, una especie de gatopardismo positivo: "cambiamos todo para que nada cambie". Porque no queremos cambiar nuestras obsesiones ni abandonar el desprecio que nos despiertan los uniformes en todas sus formas. Porque no queremos cambiar la certeza de que en el placer (de amar, de leer, de descubrir cosas nuevas, de luchar por nuestros deseos y tantos otros placeres) está una de las claves de todo cambio. "Cambiar la vida" exigía Rimbaud, "transformar el mundo" aconsejaba Marx. Una revista siempre nueva, siempre sorprendente, donde se huela más sangre y sudor que tinta, más cerca de la vida que de las cosas muertas, puede llegar a ser un válido simulacro de lo que deseamos en otros niveles de la realidad. "Si no pueden cambiar el mundo al menos cambien de conversación" van a decir los señores pragmáticos de siempre. Ya que no podemos cambiar de conversación, al menos cambiemos el mundo.

Comienza un nuevo año en la vida de **V de Vian**. Cuando a diez días de haber salido el número uno descubrimos que se había agotado ¡en un kiosco!, sospechamos que estábamos gestando algo que más de una persona estaba esperando. A lo largo de un año dimos a conocer mucha gente que hasta entonces no había tenido espacio en los medios. Hay, todavía, mucha gente nueva que tendrá su lugar en los próximos números en feliz maridaje con los ya conocidos. Lo reiteramos: queremos crecer, no detenernos, dar todo lo que podamos y cubrir las expectativas de quienes nos leen. No sabemos hasta donde podemos llegar en esta especie de amor loco en el que autores y lectores nos estamos metiendo. ¿Cuáles son nuestros límites? ¿Pero es necesario saber cuáles son nuestros límites?

Las palabras de Blake son siempre oportunas: "Nunca sabrás lo que es suficiente a condición de que sepas lo que es más que suficiente."

Amigos de V de Vian

Me gustaría que incluyeran más notas de escritores argentinos. Hay un montón de tipos que uno no conoce y ustedes podrían hacerlos conocer.

Hace poco leí (y con esto respondo a la invitación que nos hicieron de contarles lo que leemos) *Las ratas* de José Bianco y me pareció un libro de puta madre. Excelente. Pero no conseguí ningún otro libro del tipo y ni sé quién es (más allá de lo que dice la contrapunta). También leí *Bestiario* de Cortázar y no me gustó. O yo soy un tarado y no entendí casi nada o Cortázar sufre de oligofrenia. No es que me pareció una basura pero yo esperaba que fuera una cosa espectacular y me aburrí bastante. Hasta ahora leí cosas muy variadas pero no muchos libros. Tengo 17 años (si sirve de disculpa) y como no conozco mucho de literatura me guío por lo que ustedes dicen. Por ejemplo, digo que Boris Vian es genial pero hasta ahora sólo leí lo que ustedes publicaron (de primera, todo). Sería bueno que cuando hablan de algún escritor digan si hay libros que se puedan conseguir y dónde.

Adrián Duval - Valentín

N. de la R.: No estaba en nuestros planes dedicarle una nota a Pepe Bianco (uno de los mejores traductores en lengua española y buen narrador, murió hace unos años) pero tal vez ahora la hagamos. Sus libros son un poco difícil de conseguir pero andan dando vueltas algunos en Fondo de Cultura Económica y otros en Montevideo. Insistí con Cortázar.

V de Vian:

Soy una lectora desde la primera hora y hace rato que les pensaba escribir. Ahora encontré una oportunidad aunque más no sea para criticarlos (sé que sabrán bancárselas). En el número 5 salió un comentario del libro *En brazos de la mujer madura* firmado por Santiago Pazos. El comentario empieza bien pero se termina yendo para cualquier lado, abandonando,

Click!

4 V de Vian

Correo

Pazos, la crítica literaria para hablar de mujeres y destilar un sutil (¿sutil?) machismo. yo leí el libro y quisiera aclararle algunas cosas: el autor hace referencia de las cuarentañeras y quinceañeras y no de treintañeras como defiende Pazos que seguramente no tiene quince años por lo que su juicio queda invalidado. Además (y esto lo digo sin querer entrar en el juego extraliterario que propone Pazos) nada dice de las veinteañeras que no tenemos ni los defectos de las más bebidas ni de las veteranas. Por otra parte, Pazos, ensimismado por bajar línea en el campo de las relaciones humanas, olvida algo que es fundamental en el libro que es todo el problema del stalinismo en Europa Oriental y cómo el protagonista trata de zafar del autoritarismo. Pero estas nimiedades a Pazos no le interesan. Me despidió advirtiéndoles que pienso estar atenta y seguir criticándolos. Chau. Un besote.

Miriam Ventura - Capital

N. de la R. (Santiago Pazos): Toda lectura es parcial y uno toma lo que le interesa. En cuanto a mi olvido de esa temática tan importante te digo que ya me tiene harta. Alguna vez habrá que decirlo: un subcontinente que dió el cine de Tarkovski, las novelas de Kundera (oh, el pobre oprimido), la selección de fútbol húngara, los apellidos búlgaros, Lily Sullos, el papa, todos (pero todos) los católicos polacos (incluidos sus descendientes argentinos) se merecían el stalinismo. Y si no se lo merecían nosotros no merecíamos soportar todo lo que ennumeré. En cuanto al resto, te digo que entendí el mensaje. Soy un tipo difícil pero no pierdas las esperanzas. Si me invitás a salir tal vez acepte. Eso sí: tengo catorce años.

Con V de Vian:

Tarde descubrimos, en una librería, vuestra revista (Con

V de Vian). Digo -decimos tarde porque ahora lamentamos no tener con nosotros los números 1 y 2 (¿se entiende que nuestra experiencia tiene que ver con el N°3? ¿o ya salió algún otro y no nos enteramos?). Les enviamos algunos trabajos de por acá. Como ustedes, siempre buscando otro lado de la escritura, contra otras escrituras.

Espero que continúen presente y, por supuesto, que nos manden su opinión de nuestro material que pertenece a dos proyectos editoriales distintos: *No Muerden* es una cooperativa de escritores independientes cuyo fin es editar pese al proyecto cultural del gobierno y además recuperar un público lector. *El Heresiarca & Cía.* es una cosa más personal que prevé no sólo editar sino pensar una estética, una política de la escritura, etc... Tuvo sus orígenes hace unos cuantos años. Se editó una revista que se llamó *La Luna de Tlön* que, debido a las eternas cuestiones económicas, no pasó de su N°0. Ahora tenemos un plan similar para el año que ya llega.

Un abrazo y hasta pronto
Jorge Dipré Rosario

P.D. Si les es posible acercarnos el material del que hablamos y a la ignota Sabine se lo agradeceremos toda la vida. El agradecimiento será eterno, más que nada, se entiende, por el envío de Sabine.

N. de la R.: A Sabine (la modelo de tapa del N°3) no se la podemos mandar porque Rosario es una ciudad muy grande y se perdería. En cuanto a números anteriores y posteriores al 3 consultá con tu vendedor amigo que seguro te los consigue. Si no, te los mandamos desde acá ("el precio de números atrasados... etc.")

Con V de Vian:

En primer lugar los felicito por los 309 errores del N°4, creo que va a ser difícil el plagio de una revista con esas características.

Leí el N°5. Fantástico. No tiene desperdicio y eso que tra-

bajaron con muertos. ¿Qué tal si mandan un poco de poetas vivos, argentinos y contemporáneos? Hay muchos geniales, algunos malditos, otros benditos, hay de todo. ¿Y por qué no alguna nota a los dementes que hacen revistas subter?

En el '91 además de leer *"La Hoja de Alicia"*, estuve leyendo bastante poesía.

De lo mejor: *El faro de guereño* de D.G. Helder, *Tuca* de Fabián Casas, *Circe* de Víctor Redondo, *Viajeras del Bebeño* de Claudia Melnik, *Los Poemas de Jimmy Barrett* de Miguel A. Lens y las revistas *"18 Whiskys"* y *"Arché"*

La poesía está viva. No quiero aburrirlos con interminables listas de libros y poetas y lamento no nombrarlos a todos los que admiro. Por ahora les pido que sigan adelante o atrás (como quieran) pero sigan. Buenos Aires ya no sería igual si faltara **Con V de Vian**. Un abrazo

Alicia Gallegos Villa Tesei

N. de la R.: Junto con la carta nos envía un ejemplar de "La Hoja de Alicia", revista dedicada, sobre todo, a la poesía y de muy buena factura. Esperamos que siga saliendo. En cuanto a tu pedido de poetas argentinos contemporáneos seguramente va a haber más de una nota en los próximos números. En la redacción tenemos a más de un fanático de Bayley, Trejo, Cesar Fernández Moreno, entre otros, y más de uno lee "Diario de Poesía". O sea, habrá poesía. O no habrá nada.

A nuestros lectores:

Pedimos disculpas de las cartas no contestadas. Les pedimos que nos tengan un poco de paciencia, de a poco vamos cumpliendo con todos. La casilla de correo no corre más pero posiblemente tengamos redacción en breve. Mientras tanto pueden mandar sus cartas, gacetillas y demás a Presidente Perón 2871 PB - 1822 Lanús Oeste.

Escriban, viejo, que nos gusta leerlos.

Alguien dijo: "Las ideas nacen hermosas y crecen terribles". Algo así ha ocurrido con el premio literario Boris Vian, calificado por el crítico Daniel Balderston como "un premio para novelistas serios no tomados en cuenta por los premios nacionales oficiales". Nacido durante la dictadura, el "Boris Vian" significó el reconocimiento de obras fundamentales de la literatura argentina. Algunos de los ganadores fueron Juan José Saer (*Nadie nada nunca*), Ricardo Piglia (*Respiración artificial*) y Luis Guzmán (*En el corazón de junio*). Puede notarse como lo que se planteó como un premio prestigioso fue convirtiéndose en un premio prestigiado por las excelentes obras que premiaban.

Pero lo ocurrido con la última entrega hace sospechar que el benemérito jurado (a quienes no vamos a nombrar para que no caiga sobre ellos

Premio Boris Vian



Integrante de *V de Vian* al enterarse el resultado del premio "Boris Vian"

el escarnio público) esta decididamente gagá. Los premiados fueron Juan Martini (seudónimo de Juan Carlos Martini) por *El enigma de la realidad* y Cesar Aira por *La liebre*, obra que había alcanzado el segundo premio de *Clarín-Aguilar*. ¿Como puede ser que obras así sean premiadas y en nombre de Boris Vian?

Debemos alertar al jurado (y si quieren pueden tomarlo como una amenaza) que si en la próxima entrega deciden dárselo a libros tan poco significativas impugnaremos el premio de alguna manera o formaremos el "Comando Vernon Sullivan" encargado de depositar en las puertas de los jurados y premiados un cargamento de materia fecal de origen nacional. Están avisados.

Si el premio sigue cayendo tan bajo no nos extrañaría que la próxima vez hasta lo pueda llegar a ganar Daniel Guebel.



Demarchelier junto a Ali

Este número de *V de Vian* viene con fotografías de primera línea. Como siempre. Para comenzar, la foto de tapa es del francés Patrick Demarchelier, uno de los más destacados fotógrafos europeos del momento. La modelo de tapa es Paulina Porizkova. En la retirada de contratapa hay otra foto de él, en este caso, con su modelo "fetiche" Cindy Crawford. Ambos ya aparecieron en el Nº2 de esta revista.

La encuesta está ilustrada con una foto del alemán Gerhard Vormwald quien acostumbra trucar sus fotos para que sus modelos aparezcan vo-

Las fotos de Béatrice Dalle son de Bertrand Laforet, fotógrafo de la revista france-

Fotos

sa *Prémiere*.

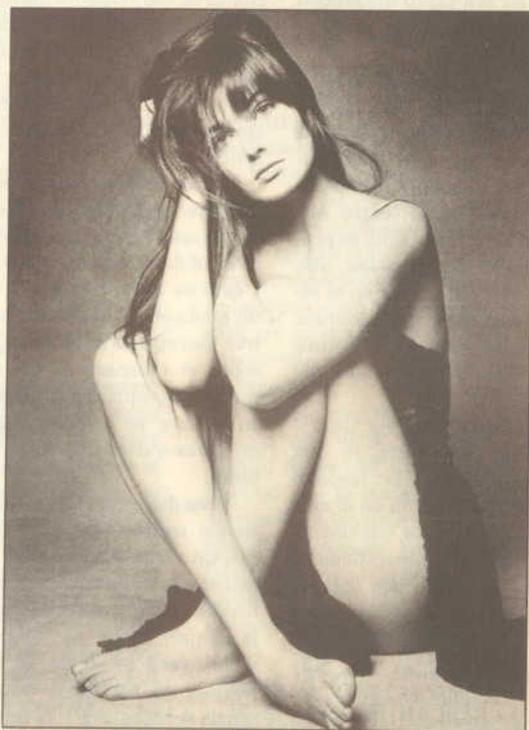
Las fotos del informe Vian están tomadas del último dossier de los cuatro que le dedicó *Magazine Littéraire*. A su vez *ML* las tomo (levantó, bah) del libro *Images de Boris Vian*.

El cuento de la Lysyj tiene una foto de la francesa Martine Voyeux, llamada "Desnudo al gato", es de 1984.

"La seducción de Leda" tiene una foto de Tana Kaleya y la modelo es Sabine que supo ilustrar la tapa y el interior de esta publicación en su número 3.

"Encamándose..." tiene como foto apertura a "Carolina querida" foto de Karl Lagerfeld.

La foto de promoción de *El amante* es de un viejo conocido nuestro. Nuestro fotógrafo de la buena suerte, Jeanloup Sieff. Ya publicaremos más fotos del gran Sieff.



Paulina, una mujer inquietante. Algunas mujeres de esta revista están presionando para que aparesca un hombre en la tapa ¿Lograran su cometido? ¿Y a usted qué le parece?

Click!
V de Vian 5

Factor de riesgo

El futuro llegó al teatro

Más allá de divisiones trágicas, dramáticas o cómicas, el teatro ha dado a través del tiempo una infinidad de obras a las que se han otorgado los motes más variados: contemporáneamente, una obra pertenece al absurdo, es una pieza de tesis o a lo sumo forma parte del amplio espectro expresionista, entre otros títulos nobiliarios horrorosos.

Sin embargo, nunca hubo dramaturgo alguno (quizás únicamente el Brech de "Mahagonny") ni escuela alguna que incursionara sistemáticamente en el ambiguo terreno del futurismo y la ciencia ficcionalizada.

Con pasión de arqueólogo pueden llegar a inhumarse algunas pocas piezas de ese tipo en épocas tan lejanas como el renacimiento, aunque su valor no sea tanto dramático como filosófico o lisa y llanamente científico.

Este próximo mes de abril podremos ver en esta ciudad una obra teatral que inaugura ese poco (por no decir nulamente) frecuentado espacio dramático. En el teatro Andamio'90 (Paraná 660) se presentará *Factor de riesgo*, una pieza que, sin entrar en el terreno específico de la ciencia ficción, se sitúa en un futuro hipotético en apariencia te-

Ya Boris Vian (ver *Con V de Vian* N°1) decía, en una charla con Pierre Kast, respecto de la ciencia ficción en el cine que, más adelante, cuando las euforias de las supersticiones fueran sólo un modo más de hacer películas, entonces los nuevos cineastas descubrirían que los mejores (y más honestos) films del género podrían desarrollarse en una sola habitación y el nudo argumental anclaría en un simple

triángulo amoroso. Se crearían así, no solamente obras de calidad, sino que se evitarían los presupuestos crueles que impiden que cualquiera aporte algo al género. La idea, si bien puede ser planteada en términos filmicos, es, además de profética, maravillosamente teatral. Recordemos obras del extraño ascetismo de "Solaris", con su teatralidad desolada.

La mejor ciencia ficción y las mejores tramas futuristas no valen únicamente en función de su ubicación en el futuro. Por el contrario, autores como Lem, Asimov, Ballard o Farmer dejan en claro en sus novelas, relatos y eventuales artículos teóricos que la ciencia ficción participa de: a) un modo de referirse al presente en forma mediatizada; b) recíprocamente las limitaciones de ese presente limitan ese mundo futuro como un ente abstracto per se, sino la condición humana, en general, y la particular de los hombres agobiados o liberados por ese futuro.

Factor de riesgo conjuga perfectamente las distintas facetas de esas conclusiones, pero llevándolas al terreno teatral, y esto es lo fundamental, de un modo eminentemente teatral. Con apenas dos personajes sobre el escenario y un ascetismo ejemplar en la puesta en escena se pueden hacer múltiples variaciones sobre un tema.

Esos dos personajes se mantienen contactados por apenas un vínculo: el hombre de la historia viene a cumplir una misión (que no contaremos) y la mujer, sufre un "desperfecto", será el objeto de esa misión. Ahí surge la importancia del escenario y su carencia de excesos. Podríamos decir que no es inverosímil -quizás en otras latitudes- la creación de una puesta en escena con

láseres, grandes estructuras metálicas y una utilización industrial o cibernética del sonido. Pero más importante, más allá del espectáculo con mayúsculas, es lograr un ascetismo en la construcción del escenario que respondan a una búsqueda estética y a la deseada (y Beckettiana tal vez) participación del espectador en la invención de la situación en que se encuentran enjaulados, para usar un término antiutópico, los personajes. Un escenario prácticamente vacío, gris, como gris son el vestuario y el tinte de las luces. El único color ajeno es una súbita mancha roja que, en la escena final, impregna una pantalla de video ubicada en el fondo del espacio escénico y en la que, durante el desarrollo de la obra, se proyectan imágenes de algo que fue.

El argumento, como ocurre si nos fijamos bien en toda obra futurista, termina teniendo la estructura de un thriller. El suspenso le da el toque que faltaba.

Otras de las originalidades es que gente desde hace tiempo dedicada al teatro se comprometa a fondo con una obra tan novedosa.

Dirigida por Alberto Segado, un actor de múltiple trayectoria, e interpretada por

Susana Yasam y Norberto Galzerano, la puesta promete ser uno de los atractivos más interesantes de lo que se estrenará durante el año.

La obra, basada en una idea original del propio Galzerano, un multifacético personaje, fue escrita por Gustavo Belatti, otro conocido actor y autor de guiones de televisión (los de Tato Bores entre otros). Será su primera obra estrenada para las tablas.

El vestuario es de Marta Albertinazzi y la imagen está a cargo del director de cine Eduardo Calcagno.

Teatro Vian

Con la dirección de Ricardo Sassone, se estrenará en abril una versión de *Los constructores del imperio*, una de las obras más importantes de Boris Vian. El magno hecho se llevará a cabo en el Parakultural New Border. En el próximo número de *V de Vian* daremos todos los detalles.

La Gota de Grasa

Si te toca te traspasa

Todos los domingos de 24 a 25

FM Palermo 94.7Mhz

Click!

6 V de Vian

Tribulaciones, lamentos y ocaso de posmos y psicobolches

LA CONJURA TILINGA

por Sergio S. Olguín y Claudio Zeiger

Movida, cultura joven, tribus rockeras y hasta intelectuales jóvenes fraccionados como simples rockeros. Aunque no parezca, el año que pasó volvió a poner sobre el tapete la tan meneada cuestión generacional. V de Vian no puede mirar para otro lado. ¿Dónde están los jóvenes rebeldes mientras los tilingos copan la parada?

MOVETE MOVIDA MOVETE

Durante 1991, como en años anteriores, hubo fiestas, espectáculos under, exposiciones. La fauna local de artistas e intelectuales se trasladó de un bar a otro, y hasta se inauguró algún reducto para amanecer divagando sobre arte. O sea, más de lo mismo. Tanto acontecimiento repetido no hubiera llamado mucho la atención a no ser porque en el último tramo del ciclo lectivo sucedió la segunda *Bienal de Arte Joven*, y a su alrededor -sofocada- volvió a insinuarse la polémica sobre la cultura joven, su aparición en escena, su legitimación, aquel debate que llegó a enfrentar generaciones y tribus juveniles en los años de esplendor del paraíso alfonsinista (¿te acordás, hermano?). En aquel momento, la puja cobró cierto espesor sobre todo porque implicó a la política, incluso aunque más no fuera como un hueco difícil de soslayar. ¿Era, como se dijo, esa generación que

hizo eclosión alrededor de la primera Bienal del año 1989, la resultante del Proceso, la despolitización de la cultura alta y la influencia malsana y omnipresente de la televisión en detrimento de la cultura libresca?. O, como se dijo desde el bando de los de cuarenta y pico, desentenderse de la militancia es de por sí criticable, aún sin someter a revisión qué es eso de ser un militante (y de qué) hoy.

Ahora de nuevo. Alrededor de la Bienal, varios artículos periodísticos -que fueron publicados en diarios como *Clarín* y *La Nación*, tradicionalmente conservacionistas en cultura- vienen a decir que en Buenos Aires hay una movida de cultura joven. Como si después de la hiper del inolvidable otoño de 1989 y al calor de la mediocre estabilidad de estos tiempos, volviera a ser posible una movida de arte. *Clarín* dedicó una importante nota a indagar cómo funciona y fundamentalmente quiénes integran la movida porteña. El fotógrafo Kuropatwa, el malogrado Batato Barea, viejos habitués del independentismo como Los Redondos, escritores de corte académico como Alan Pauls y otros no tanto como Juan Forn, el pintor Kuitca y el videasta Boy Olmi, entre muchos más. ¡Ah!, y hasta un bar nuevo como *El Dorado*. *La Nación*, por su parte, ensayó en su revista dominical un panegírico sobre los jóvenes brillantes y exitosos, aunando escritores y galancitos de TV.

En fin, que a la hora de caracterizar qué cuernos es esto de la movida queda una sensación de confusión, de suma caótica de nombres y lugares, donde si algo queda en limpio es que se trata de un novedoso cruce entre intelectualidad y farándula, algo impensable un par de décadas atrás para caracterizar una porción del campo intelectual. O dicho de otro modo, que la vara de medida sigue siendo lo que sucedió en Barcelona al calor de la transición democrática y el muy difundido destape. La movida como puesta en escena de la cultura joven, que se despegó rápidamente del modelo del intelectual comprometido o simplemente politizado. Con la salvedad, sí, de que la de Buenos Aires parece tener en estos

tiempos un piso de edad más alto que los fenómenos europeos (nuevo cine francés, por ejemplo) o de la contracultura norteamericana. Más al gusto de Ortega y Gasset, la porteña pareciera tener un promedio de treinta años.

Si algo se pierde en este terreno impreciso de movida/cultura joven, es la conexión con la política, algo también impensable dos y tres décadas atrás. Hoy, tranquilamente, es posible pensar a la cultura joven al margen de los fenómenos políticos juveniles. Entre otras cosas porque pasado el furor de las movilizaciones por los derechos humanos, el fervor de las primeras campañas electorales y la democratización de la universidad, no se ve en el horizonte nada parecido a un fenómeno político juvenil. Hoy, la mayoría de los artistas de alrededor de treinta abominan de la política en sentido directo y muchos, yendo más lejos, declaran no entender ni un pito del tema. Cómodamente, son iconoclastas.

No se trata aquí de interrogantes moralistas al estilo "¿está bien o mal?". Simplemente, de constatar algunos hechos que entre la eclosión de 1989, que puso en escena a los '80 argentinos, y el panorama de estos últimos tiempos, parecen haber cristalizado. Si por un lado es claro que apareció una cultura joven que se legitima como tal, o sea que se reivindica en su condición de joven -lo que supone una manera de plantarse frente a la tradición- lo cierto es que si existe una movida que la ponga en funcionamiento, ésta actúa más bien como un ghetto. Si es allí donde puede haber puentes con lo social o lo político, los puentes tienden a cortarse. A lo sumo se reivindican espacios, que son institucionales y que se toman prestados por un rato. La última Bienal bien puede ser el ejemplo más claro de este espíritu del "estar pero no mucho".

B IENAL: "LLEVATE TU CACHORRITO" (por el precio de la entrada)

"La Bienal es un espacio y punto" fue la frase más escuchada en boca de los nuevos

Conjura
V de Vian 7

artistas, desde los escritores y poetas hasta los pintores, escultores y los más novedosos diseñadores gráficos e industriales. La frase, bien leída, es toda una definición de cómo los convocados visualizan políticamente a un evento como la Bienal, que encierra, en sí misma, una paradoja: ser parte de la cultura oficial, ya que es orquestada por el gobierno de turno, pero que por su misma esencia juvenilista y de novedad estética se ve en la necesidad de cobijar lo no oficial y abrir el juego a lo que venga. Los jurados, por ejemplo, suelen ser artistas ya consagrados cada uno en su circuito de incumbencia pero que no cumplen generalmente roles de burócratas culturales. Sin embargo, fueron muchas veces los mismos jurados los que se encargaron de fustigar a los jóvenes participantes. En el rubro literatura, escritores como César Aira y Liliana Lukin se quejaron por la falta de nivel, las escasas lecturas y los anhelos de triunfar más que de ser escritores de los potenciales narradores y poetas. Más allá de las discusiones estéticas que encierran estos juicios de valor, es curioso ver cómo el jurado asume un rol de juez más que de crítico, y cómo en verdad están poniendo en tela de juicio la legitimidad que tiene una porción de la cultura joven de despreciar a la tradición (ignorándola, por ejemplo). A diferencia de la Bienal anterior, esta vez no se acusó a los bienalistas de despolitizados sino de desestetizados. Lo cierto es que siempre hay algo malo para decir de un joven, vea.

Es cierto también que cuando el discurso se vuelve crítico, sólo queda la exaltación boba y en el fondo demagógica de la juventud. En la Bienal anterior estaban "justificadas" estas posturas extremas en la medida que la aparición de una cultura joven con códigos propios fue un hecho bastante fuerte, evidente. En esta Bienal supuestamente más "nacional y popular", desde el espacio físico mismo, el debate sobre jóvenes y política quedó reducido a una pavada quizás inevitable: verificar si los peronistas (o como se llamen) son más o menos aptos para convocar a la juventud creativa que sus antecesores. El resultado, en medio de una Bienal sin perfil estético, mezcla de artes y oficios, y donde el foco estuvo puesto en lograr (y se logró) respuesta masiva del público no entendido, quedó totalmente desdibujado. Frente al aluvión de gente por Puerto Madero, los artistas cachorros prefirieron refugiarse en eso de que "esto es un espacio que hay que aprovechar".

En otro aspecto, la Bienal anterior fue el escenario más claro de la emergente cultura joven, con todas sus marcas acreditadas: leve posmodernidad, raros

Conjura
8 V de Vian

peinados nuevos, el culto al estilo y lo original. La segunda Bienal no definió un perfil propio y acreditó dos marcas bastante llamativas: el profesionalismo en ciertos rubros (artes plásticas y rubros "técnicos", como arquitectura, diseño, etc.) reemplazó a la novedad estética. También llegó a ser la expresión más bien velada de una cultura que es joven y marginal, pero no la marginalidad como bandera o valor agregado. Simplemente aquellas expresiones desplazadas del circuito y que como consuelo, tienen la posibilidad de brillar en público por quince días cada dos años.

LOS VIEJOS TRUCOS

Una de las actitudes más comunes de aquellos que superaron la barrera de los cuarenta, es asumir una actitud paternalista, de condena o mistificación, del lugar de los jóvenes de la cultura.

Desde que fue jurado de la Bienal de Arte Joven 1989, el escritor Abelardo Castillo -un buen cuentista de los '60- se tomó la costumbre de despotricar contra los jóvenes de estos tiempos. Por no ser politizados y comprometidos -venerable palabra- como aquellos de los sesenta.

Castillo no pierde oportunidad de recordarnos que sus tiempos eran mejores porque entonces "vivían el Che, Sartre y Cortázar" como declaró hace poco en un reportaje y como si la mera pertenencia cronológica a una época garantizara un pedazo en el cielo de la utopía. A los que pretenden escribir en estos tiempos sólo les queda plegarse a la nostalgia de los tiempos idos so pena de caer en el peor de los descréditos.

En otro rincón. Enrique Symms, aquel que pudo haber sido un brillante cronista de la cultura joven más genuina y se quedó en ser un rutinario apólogo de la marginalidad. Desde su cápsula espacial *Cerdos & Peces*, revista que dirige, se reivindica a los jóvenes si y sólo si son marginales. O sea, si a pecho descubierta y armados con una lata de cerveza enfrentan a la policía. Si no, no sirve. Son caretas.

De haber existido en los '70 *Cerdos & Peces* seguramente habría reivindicado la proletarianización de los jóvenes de clase media tal como a lo largo de estos años postularon su marginalización.

Posturas de este tipo terminan planteando diversos matices de un "deber ser joven", que termina por parcelarlos en rígidas tribus. (Dejad, mejor, que crezcan libres y sanos).

POR SIEMPRE JOVENES

En los habituales balances de fin de año, el matutino *La Nación* le dedicó un número de su revista dominical a los jóvenes destacados del año.

En un maridaje no tan extraño, como ya se dijo, convivían allí estrellas de televisión, modelos top y escritoras. Los escritores imberbes homenajeados por el diario de los Mitre eran: Rodrigo Fresán, Alan Pauls, Daniel Guebel, Luis Chitarroni, Juan Forn, Martín Caparrós y el ignoto Jorge Torres Zavaleta, éste último evidente amigo de la casa.

A excepción de Fresán (27 años y el único de la lista al



que le cuadra eso de "revelación 1991"), el resto de los escritores superan los 30 años, surgieron en la primera mitad de la década del 80 y se abonaron eternamente a la categoría de "escritores jóvenes" o "nuevos narradores". Cuando a comienzos de la década pasada se hablaba de Jorge Asís, Osvaldo Soriano o Ricardo Piglia como "jóvenes valores de la literatura nacional", la excusa era que la dictadura había cortado, entre otras cosas, la posibilidad del surgimiento de una nueva generación de intelectuales. Con el advenimiento del gobierno alfonsínista comenzaron a aparecer los tan mentados nuevos valores que como rasgo más saliente fueron al mismo tiempo escritores y críticos literarios. Unificando crítica y teoría literaria amenazaron con obras brillantes que hundirían en el olvido a los narradores de años anteriores. Pero "lo que natura non da, la UBA no presta". Imbuidos en su amor por la teoría, a lo largo de estos años publicaron libros que no estuvieron a la altura de sus amenazas.

"El joven Renzi, dije después, es un joven escritor, lo que se dice, dije, una joven promesa de la joven literatura

argentina. Bien, dijo Marconi, estoy desolado y envidioso. En Buenos Aires, aleph de la patria, por un desconsiderado privilegio portuario, los escritores son jóvenes incluso después de haber cruzado la foresta infernal de los 33 años. ¿Qué no harían en esa ciudad con Rimbaud o con Keats? Los clasificarían, estoy seguro, en la subespecie de la nunca demasiado bien ponderada literatura infantil". En fin, el venerable don Ricardo poniendo, como siempre, las cosas en su lugar.

VICIOS PUBLICOS, POLEMICAS PRIVADAS

La mayoría de los elegidos por *La Nación* más algunos otros (Sergio Bizzio, Sergio Chejfec et altri) fueron protagonistas de una polémica frustrada. Cuando el autorreferencialismo, la hiperparodia y el pintoresquismo de príncipes y emperadores hacían estragos en las letras nacionales, algunos críticos dejaron abierta la posibilidad de una polémica con los pocos narrativistas que surgían por entonces (Juan Forn, entre los más destacados) a los que se podían sumar narradores de la generación anterior. Pero ni los unos ni los otros quisieron llevar a cabo un debate con todas las de la ley. El grupo mayoritario y más consolidado (los autorreferencialistas) se limitó al chistecito entre conocidos, al exabrupto en alguna mesa redonda, a ignorar a cualquier otro que no fuera de su ideología estética y a repetir el viejo tic vanguardista de despreciar el mercado. Esto último, un punto fundamental en su poética ya que constantemente jugaron con la idea de que ellos estaban en haras de hacer la literatura del futuro sin preocuparse por lo que ocurría hoy. Es innegable que todo grupo literario tiene una estrategia de poder hacia el público y ellos no son ajenos a esta realidad. Pero al negarla, disfrazarla y al actuar despreciativamente consiguieron que de tanto ir a la fuente el cántaro se rompiera. Los últimos dos años fueron realmente malos en la respuesta que tuvieron sus libros. Daniel Guebel (*La perla del emperador*), Alan Pauls (*El coloquio*), Sergio Chejfec (*Moral*) y Matilde Sánchez (*La ingratitud*), entre otros autores y textos, no sólo vendieron muy pocos ejemplares (dato muy relativo, ya que las ventas dependen de muchas cosas y no vamos a discutir aquí las bondades y maldades del mercado, polémica gastada si las hay) sino que no pasó nada a ningún nivel. Y ellos, que tanto despreciaban el reconocimiento, al ver que la indiferencia era lo único que despertaban intentaron algunos manotones de ahogados que los llevó a polemizar a destiempo y a asumir actitudes nacionalistas.

Una de las pocas veces que reaccionaron con visos polémicos fue hace un año cuando la revista *El porteño* publicó

un artículo de Tom Wolfe donde el narrador norteamericano proponía un retorno a la tradición novelística y al realismo. La sugerencia en el copete de la nota, de que el artículo podía ser tenido en cuenta por los narradores vernáculos despertó las iras de más de uno. Lo más llamativo es que estos escritores cosmopolitas, que no pierden la oportunidad de citar en francés o en inglés, asumieron una actitud curiosamente nacionalista, chauvinista. "Es escandaloso que se atrevan a bajarle línea a los escritores argentinos", afirmó Alan Pauls y agregó: "¿Cuál es la conclusión que debemos extraer? ¿Tenemos que escribir como los norteamericanos?".

COMO CONSEGUIR JOVENES

Al hablar de "política y cultura" enseguida se piensa en los partidos o movimientos políticos ya que las expresiones culturales no han sido ajenas a la praxis política. En la Argentina, desde los sectores hegemónicos (conservadores & dictaduras, radicales, peronistas) como la izquierda (socialistas, comunistas) generaron y apoyaron manifestaciones artísticas acordes con su pensamiento y a los tiempos que corrían. Hoy, la carencia del debate ideológico es acompañado con una pobreza alarmante en el terreno de la cultura, sobre todo en los distintos sectores de la izquierda para quienes la cultura no existe.

En el terreno de la política nacional. La fuerza de izquierda más importante en este momento en la Argentina, el Movimiento al Socialismo (MAS), carece de proyectos que desde lo político generen producciones en el terreno cultural. Algo que para los socialistas y comunistas de antaño era una obviedad, para las huestes del diputado Luis Zamora es definitivamente ignorancia. En pocas y claras palabras: ¿para qué mierda escribió Trotsky *Literatura y revolución*?

Como muestra de lo que ocurre en la universidad basta observar una facultad de tradición izquierdista como es la de Filosofía y Letras donde la cultura joven se reduce a citar a Fito Paez o a los Redonditos durante las campañas electorales. Por lo demás siguen pegados a un discurso en lo cultural decididamente viejo y, lo más grave, estéril. Ni *V de Vian* se salvó. Cuando salió el número 2 fue instalado un puestito propio de promoción y venta en un espacio por entonces vacío del primer piso de la facultad. Al segundo día de estar allí los redactores devenidos en improvisados vendedores fueron corridos por los integrantes de la agrupación Venceremos (que enarbola las banderas del Che y Evita) porque ése era su lugar de "reconocimiento político". Ante las quejas de los miembros de la revista los muchachos de Venceremos fueron cate-

góricos: "o se van por las buenas o los sacamos a la fuerza". Improvisados pero no tarados, los vendedores de *V de Vian* levantaron las revistas y volvieron para dar batalla en lo ideológico. Todas las citas filosóficas, sociopolíticas y literarias del equipo vianista fueron ahogadas por el argumento de Venceremos: "ustedes acá vienen a ganar plata, ustedes hacen su negocio y después se van; nosotros hace dos años que militamos en este costado de la escalera".

DE LA TRIBALIDAD A LA TRIVIALIDAD

Los jóvenes, desde adentro y desde afuera, suelen ser clasificados por grupos de pertenencia. Las tribus permiten compartir pasiones comunes y alimentar desprecios y odios hacia los otros grupos. Punks, heavys, ricoteros, darks... Las fracciones juveniles menos intelectualizadas y atravesadas por el rock tienden a dividirse en tribus con códigos, ritos y marcas de identificación propias. Se es o no se es.

Lo curioso es que en estos años este espíritu tribal empezó a hacerse carne entre los jóvenes artistas e intelectuales. Pero en este territorio y en estos tiempos convivieron dos grandes clasificaciones que en boca de un integrante de la otra tribu no era más que un insulto: los posmos y los psicobolches. Basta que alguien recuerde alguna injusticia social para ser caratulado de "psicobolche". Si se busca experimentar con las formas de expresión enseguida saltará algún maestro ciruela para gritar: "posmo". Las simplificaciones están a la orden del día. Por supuesto que actitudes psicobolches y posmos existen y seguirán existiendo pero, seamos sinceros, ¿quién puede tomarlas hoy en día como expresiones culturales productivas? Actualmente son sólo dos palabras con las que se termina cualquier intento respetable de discusión seria sobre la cultura antes de empezar a hablar. Aunque psicobolches y posmodernos sean lejanas categorías políticas, hoy por hoy no son más que la banalización de cualquier polémica real. Los tilingos aman esconderse detrás de palabritas definitorias, imponentes y patéticamente huecas.

Por eso es necesario poner dos cosas en claro. En estos tiempos, pensar lo cultural junto a lo político no es patrimonio de los psicobolches. Tampoco es patrimonio de los posmos el emporio de lo nuevo. Es preciso recordar que la afamada "tercera posición" no sólo aparece en el pensamiento de los tercermundistas. También se encuentra en las ilustrativas páginas del *Kama Sutra*.

SERGE GAINSBOURG

CANCIÓN PARA SU MUERTE

por Esteban Buch

Cantante, director de cine, amante de las mujeres más hermosas y siempre un tipo molesto. Es decir, un excelente discípulo de Boris Vian.

Serge Gainsbourg, un francés que hacía canciones, murió el día en que Irak firmó su rendición, el 2 de marzo pasado. Diez años antes, en un reportaje publicado por el diario **Libération**, había predicho su muerte: "era muy hermoso. Al final de la Tercera Guerra Mundial. En el ochenta y... noventa. Una noche fría. De noche es mejor, ¿no?". Tenía sesenta y dos años. Era alcohólico, fumador de millones de **Gitanes**, y feo. "La fealdad -decía- tiene una ventaja sobre la belleza: dura". Era músico, escritor, cineasta, pintor. Había sido el amante verdadero o supuesto de varias de las más bellas mujeres de Francia, a todas las cuales hizo cantar. Bardot,

Deneuve, Adjani, entre muchas otras. La última: Vanessa Paradis.

Gainsbourg es uno de los más grandes compositores de la historia de la canción francesa. De verdad. Se hace famoso a fines de los años '50, bajo el padrinazgo estético de Boris Vian. "Conocí muy poco a Boris Vian -diría en un reportaje- porque murió enseguida después de nuestro encuentro. Pero es cierto que a él le gustaba lo que yo hacía. Lo cual es normal: nunca oculté que yo derivaba de él".

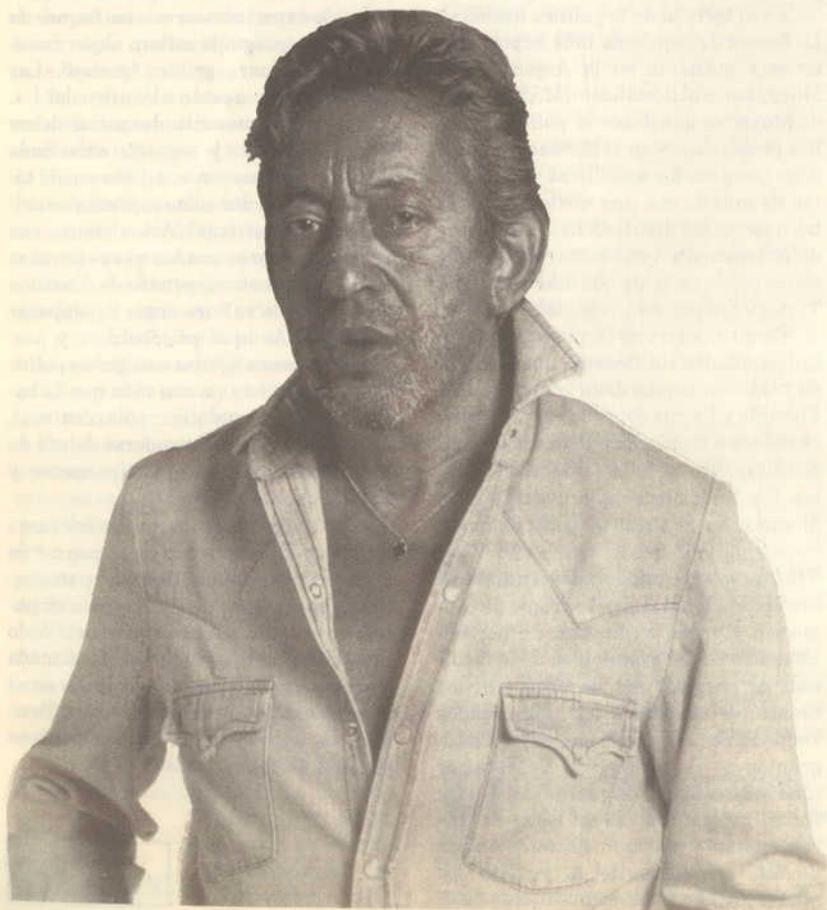
En los primeros años de su carrera, fiel a la tradición sarcástica y melodiosa de Vian y de su historia, canta con una buena voz de bajo, sentado al piano, de traje a rayas y corbata. Pero desde los

primeros años '60 el rock pega fuerte y eso se nota en él: en su aspecto, en su música. Proclama 1969 año erótico, graba y filma "Yo te amo... yo tampoco" (primero con Bardot, que retrocede por miedo al escándalo, después con Jane Birkin, que acaba en el disco). Y con la barba siempre de tres días y el alcohol en los ojos, inicia el largo recorrido hacia su estilo de los últimos años: una voz cavernosa e indecente que, sobre un elaborado fondo instrumental, recita un texto cargado de erotismo y violencia. Uno de los hits de sus últimos años es "Lemon incest", a dúo con su hija Charlotte, entonces de doce años.

En el centro de su obra está siempre la palabra: si toda la cultura francesa contemporánea parece a veces bañar en un gran juego de palabras, Gainsbourg es un maestro de esa fascinación por el sonido del lenguaje. Es el poeta maldito de un francés complejo y argot al que se agregan gotas de inglés formando frases látigo. Después de su muerte, la canonización oficial (hasta Mitterrand dio el pésame) querrá hacer de él un "heredero" de Rimbaud, de Verlaine... aunque él hubiera dicho: "¿Verlaine? Me hincha las pelotas. No conozco a ningún Verlaine".

La música acompaña los movimientos del texto. La *chanson* original muta lentamente en reggae, en rock, en new-wave... (¿en música de películas?). Virtuosismo a la francesa, con un dejo de distanciamiento frente a cada género, concebido como puesta en escena. Muchas de sus canciones -"La javanesa", "Vine a decirte que me voy"- son clásicos también por su peso melódico; pero más fuerte en él es el sonido como barroca escenografía para una historia textual más dicha que cantada. "No pensaba nunca música", decía el fantasma de Gainsbourg en aquel reportaje pre-post-mortem. "Pensaba palabras. La música no es natural. Yo no cantaba nunca. A menos que me pagaran muy, muy bien".

Estas sucesivas elecciones de estilo acompañan la construcción del "personaje Gainsbourg", con un peso en la sociedad francesa que no había logrado ningún



otro cantante desde Vian y su Desertor de la guerra de Indochina. En 1979 se junta con The Wailers y graba una versión reggae de "La Marsellesa", "Aux armes etcétera", ante la furia de los temibles paracaidistas franceses, que lo amenazan de muerte.

Porque Gainsbourg es un músico genial, pero también un provocador de primer orden. Si lo de "La Marsellesa" es su obra cumbre en este campo, hay otras historias: el billete de quinientos francos quemado en la televisión para protestar contra los impuestos; el "te quiero coger" lanzado en la cara de Whitney Houston en otro programa de TV en directo; la mano buscando la teta de Catherine Deneuve al cantar juntos "Dios es un fumador de habanos"; y sobretodo su largo suicidio público, la exhibición descarada de su alcoholismo, su talento para ser la Bestia junto a todas las Bellas.

La culminación de este suicidio en la muerte de un día de nueva post-guerra fue la consagración final de un transgresor que, chocando con la clásica imagen del francés culto bien educado, hace a los franceses inflarse de orgullo como argentinos felices y malhumorados.

LEMON INCEST

Charlotte Gainsbourg:

Incesto de limón
Lemon incest
Te amo te amo te amo más que a nada
Papapapá

Serge Gainsbourg:

Naif como una tela del Neroadua Sseaurou
Tus besos son tan dulces

Charlotte:

Incesto de limón
Lemon incest
Te amo te amo te amo más que a nada
Papapapá
El amor que no haremos nunca juntos
Es el más raro el más perturbador
El más puro el más conmovedor

Serge:

Exquisito boceto
Niña deliciosa
Mi carne y mi sangre
Oh mi bebé mi alma

*Serge Gainsbourg / Federico Chopin, 1984
(Traducción Esteban Buch)*

VARIACIONES SOBRE MARILOU

S.G. (1976)

Trad. E.B.

En su mirada ausente
y su iris ajeno
cuando escupen los parlantes
del sonido acordes de cuartas
y de quintas
mientras Marilou se arruina
la salud
se agota en hacerse un viaje
Cuando en un sueño absurdo
Marilou se reabsorbe
cuando su coma la absorbe
en prácticas oscuras
su pupila está ausente
y su iris ajeno
bajo sus gestos se tiñe
de éxtasis subyacente
A su mirada el vicio
da un costado sucio
un poco azul lavado
como su par de Levis
Exhalando un suspiro mentolado
mi débil mental
perdida en su exilio
físico y cerebral
juega con el metal
de su bragueta y el coral
de su atolón aparece
lo coca-colma un dedo

detenido al borde de la corola
que cerca el cáliz
padece el vértigo de Alicia
de Lewis Carroll
Cuando en sueños oscuros
Marilou se reabsorbe
cuando su coma la absorbe
en sueños absurdos
su pupila se ausenta
y su iris ajeno
subrepticamente se tiñe
de placer sin espera
perdida en su exilio
físico y cerebral
uno a uno exhala
suspiros febriles
perfumados de mentol
mi débil mental
hace sonar el metal
de su bragueta, y Narciso
continúa el vicio
en la noche azul lavado
de su par de Levis
llegada al pubis
de su sexo coral
apartando la corola
tomada al borde del cáliz
por el vértigo, Alicia

se hunde hasta el hueso
en el país de las malicias
de Lewis Carroll

Pupila ausente
iris ajeno baby doll
escucha sus ídolos
Jimmy Hendrix Elvis
Presley Alice
Coop-her Lou Reed los Roll
ing Stones
que la dan vuelta
allí está Narcisa
se hunde con delicia
en la noche azul petróleo
de su par de Levis
llega al pubis
y muy cool con mentol
se self-controla
su pequeño orificio
al fin llevando el vicio
hasta el borde del cáliz
de un dedo sex-symbol
apartando la corola
sobre el fondo de rockanroll
se pierde mi Alicia
en el país de las malicias
de Lewis Carroll

Inédito de Paul Bowles

Un episodio remoto

Trad. Elvio Gandolfo

Escrito en el comienzo de su carrera literaria, cuando Paul Bowles ya era respetado como músico, "Un episodio remoto" es considerado uno de los mejores relatos de su obra. Exhibe su precisión absoluta para describir con distanciamiento tanto climas o paisajes como sutiles estados mentales, y transmite con contundencia el choque entre la civilización y la barbarie, sin tomar partido, con el carácter implacable de una pesadilla fría. Según contara el autor, el texto tuvo un origen extraño: el dolor de muelas. *"Lo escribí en Nueva York, en 1945. Empecé a redactarlo cuando el dolor se hizo realmente insoportable. No podía aguantarlo, Estaba en una situación extrema. Recuerdo que estuve escribiendo en el metro, Camino de la consulta, y lo terminé en la sala de espera del dentista. Estaba tan metido en la historia que cuando me senté en el sillón de tortura había olvidado por qué estaba allí"*. Este cuento, inédito en la Argentina, fue publicado por la revista uruguaya "Punto y Aparte"

Los atardeceres de septiembre eran los más rojos en la semana en que el profesor decidió visitar Aïn Tadouirt, que queda en la región cálida. Bajó de la región plana y alta por la noche en ómnibus, con dos pequeñas mochilas llenas de mapas, lociones contra el sol y remedios. Hacía diez años había estado en la aldea durante tres días; lo suficiente, sin embargo, como para establecer una amistad bastante firme con el encargado de un café, quien le había escrito varias veces durante el primer año posterior a su visita, aunque nunca después. "Hassan Ramani" decía una y otra vez el Profesor, mientras el ómnibus se bamboleaba bajando a través de capas de aire cada vez más cálido. Enfrentando a veces el cielo ardiente del oeste, y a veces las ásperas montañas, el coche iba siguiendo la senda polvorienta que descendía entre los cañones en un aire que empezaba a oler a otras cosas aparte del ozono infinito de las alturas: Capullos de naranja, pimienta, excremento horneado por el sol, aceite de oliva ardiendo, fruta podrida. El Profesor cerró los ojos feliz y vivió por un instante en un mundo puramente olfativo. El pasado lejano regresó: qué parte de él, no pudo decirlo.

El chofer, cuyo asiento compartía el Profesor, le habló sin apartar los ojos del camino:

- *Vous etes géologue?*
- ¿Geólogo? ¡Oh, no! Soy lingüista.
- Aquí no hay lenguas. Sólo dialectos.
- Exacto. Estoy haciendo un estudio de las variaciones del Magrebí.

El chofer hizo un gesto con desdén.

- Siga hacia el sur -dijo-. Encontrará idiomas de los que nunca oyó hablar.

Cuando atravesaron las puertas de la aldea, el enjambre usual de pilluelos se alzó del polvo y corrió gritando detrás del ómnibus. El Profesor se quitó los anteojos negros, los dobló y los colocó en el bolsillo, en cuanto se detuvo el vehículo saltó afuera, abriéndose camino a través de los muchachos indignados que se aferraban de su equipaje en vano, y caminó con rapidez hacia el

Grand Hotel Sahrien. Dos de sus ocho habitaciones estaban disponibles, una que daba al mercado y la otra, más pequeña y más

barata, que daba a un pequeño patio lleno de residuos y barriles, donde vagaban dos gacelas. Tomó el cuarto más pequeño, y después de volcar toda la jarra de agua en la palangana de lata, empezó a quitarse la mugre del rostro y las orejas. El resplandor crepuscular casi se había esfumado del cielo, y el matiz rosado de los objetos iba desapareciendo, casi en el instante en que él miraba. Encendió la lámpara de carburo y respingó ante su olor.

Después de la cena el Profesor caminó lentamente por las calles hacia el café de Hassan Ramani, cuya trastienda colgaba azarosamente sobre el río. La entrada era muy baja, y tuvo que agacharse para entrar. Un hombre se encargaba del fuego. Había un parroquiano sorbiendo té. El *qaouaji* trató de hacerle lugar en la otra mesa del cuarto delantero, pero el Profesor entró airoso a la trastienda y se sentó. La luna brillaba a través del tejido de caña y de afuera no llegaba ningún sonido salvo el remoto ladrido ocasional de un perro. Cambió de mesa para poder ver el río. Estaba seco, pero se veía un charco de cuando en cuando que reflejaba el cielo brillante de la noche. El *qaouaji* entró y limpió la mesa.

- ¿Este café aún pertenece a Hassan Ramani? -le preguntó en el magrebí que le había llevado cuatro años aprender.

El hombre contestó en mal francés:

- Ha fallecido.

- ¿Fallecido? -repitió el Profesor, sin advertir lo absurdo de la palabra. ¿Realmente? ¿Cuándo?

- No sé -dijo el *qaouaji*- ¿Un té?

- Sí. Pero no entiendo...

El hombre ya había salido del cuarto, apantallaba el fuego. El Profesor se quedó sentado y quieto, sintiéndose solitario y se planteó a sí mismo que eso era ridículo. El *qaouaji* pronto regresó con el té. Le pagó y le dio una propina enorme, por la cual recibió una reverencia.

- Dígame -dijo el Profesor, cuando el otro se apartó- ¿Aún pueden conseguirse esas cajitas hechas de ubres de camello?

El hombre parecía furioso.

- A veces los reguiba traen esas cosas. Aquí no las compramos. Después agregó insolente, en árabe: ¿Y por qué una caja de ubre de camello?

Ficción

12 V de Vian

- Porque me gustan -replicó el Profesor. Y después, porque se estaba sintiendo un poco exaltado, agregó: Me gustan tanto que quiero hacer una colección y le pagaré diez francos por cada una que me consiga.

- Kamstache -dijo el *qaouaji*, abriendo la mano izquierda con rapidez tres veces seguidas.

- Jamás. Diez.

- No es posible. Pero espere hasta más tarde y venga conmigo. Puede darme lo que quiera. Y si hay una caja de ubre de camello será suya.

Salió al cuarto delantero, dejando al Profesor bebiendo el té y escuchando el coro creciente de perros que ladraba y aullaba a medida que la luna subía en el cielo. Un grupo de clientes entró al cuarto delantero y se sentó a hablar durante más o menos una hora. Cuando partieron, el *qaouaji* apagó el fuego y se paró en el umbral, poniéndose el albornoz.

- Vamos -dijo.

En la calle había poco movimiento. Los puestos de venta estaban todos cerrados y la única luz provenía de la luna. Pasó un peatón ocasional, y gruñó un breve saludo al *qaouaji*.

- Todo el mundo lo conoce -dijo el Profesor, para cortar el silencio entre ambos.

- Sí.

- Me gustaría que todos me conocieran -dijo el profesor, antes de darse cuenta de lo infantil que debía sonar su observación.

- Nadie lo conoce -dijo su compañero de mal humor.

Habían llegado al otro extremo de la aldea, el promontorio que se alzaba sobre el desierto, y a través de la gran grieta en la pared el Profesor vio la infinitud blanca, quebrada en el fondo por manchas oscuras de oasis. Caminaron a través de la abertura y siguieron un sendero serpenteante entre rocas, bajando hacia el bosquecillo de palmeras más cercano. El Profesor pensó: "Puede desgollarme. Pero su café... seguramente lo descubrirían".

- ¿Es lejos? - preguntó, como al azar.

- ¿Está cansado? -contrató el *qaouaji*.

- Me esperan en el Hotel Saharien -mintió.

- No puede estar allá y aquí -dijo el *qaouaji*.

El Profesor rió. Se preguntaba si la risa le sonaba inquieta al

- ¿Hace mucho que es suyo el café de Ramani?

- Trabajo allí para un amigo. -La respuesta hizo que el profesor se sintiera más desdichado de lo que hubiese imaginado.

- Oh. ¿Trabaja mañana?

- Es algo imposible de decir.

El Profesor tropezó con una piedra, y cayó, raspándose la

El *qaouaji* dijo:

- Tenga cuidado.

De pronto el dulce olor negro de la carne podrida colgó en el

- ¡Ah! -dijo el Profesor, sofocado- ¿Qué es?

El *qaouaji* se había cubierto la cara con el albornoz y no contestó. Pronto dejaron atrás el hedor. Estaban en terreno llano. Adelante el sendero estaba bordeado a cada lado por un alto muro de barro. No había brisa y las palmeras estaban totalmente inmóviles, pero detrás de los muros se oía correr agua. También el olor a excrementos humano era casi constante mientras caminaban entre los muros.

El Profesor esperó hasta que pensó que le parecía lógico preguntar con cierto grado de irritación:

- ¿Pero a dónde vamos

- Pronto -dijo el guía haciendo una pausa para juntar algunas piedras en la zanja.

- Tome algunas piedras -aconsejó-. Aquí hay perros malos.

- ¿Dónde? -preguntó el Profesor, pero se agachó y tomó tres piedras grandes, de puntas agudas.

Siguieron en silencio. Los muros terminaron y el desierto brillante se extendió adelante. Cerca había un morabito en ruinas, con la pequeña cúpula apenas en pie, y la pared frontal to-

talmente destruida. Detrás de él había grupos de palmeras raquílicas, inútiles. Un perro corrió locamente hacia ellos sobre tres patas. El Profesor no oyó el continuo gruñido grave hasta que estuvo muy cerca. El *qaouaji* dejó volar una piedra grande hacia él, dándole de lleno en el hocico. Hubo un extraño chasquido de mandíbulas y el perro corrió de costado en otra dirección, cayendo ciegamente contra las rocas y cojeando al azar como un insecto herido.

Apartándose del camino, caminaron por una tierra sembrada de rocas agudas, junto a la pequeña ruina, a través de los árboles, hasta que llegaron a un sitio donde el terreno caía bruscamente alejándose de ellos.

- Parece una cantera -dijo el Profesor, recurriendo al francés para la palabra "cantera", cuyo equivalente árabe no pudo recordar en ese momento. El *qaouaji* no contestó. En vez de eso se quedó quieto y volvió la cabeza, como si escuchara. Y en realidad, desde algún punto allá abajo, pero muy lejos, llegaba el tenue sonido de una flauta grave. El *qaouaji* asintió lentamente con la cabeza varias veces. Después dijo:

- El sendero empieza aquí. Usted puede verlo con claridad todo el camino. La roca es blanca y la luna brilla fuerte. Así que puede verlo bien. Ahora regresaré a dormir. Es tarde. Puede darme lo que quiera.

Parado al borde del abismo que a cada instante parecía más profundo, con el rostro oscuro del *qaouaji* enmarcado por un albornoz iluminado por la luna cerca de su propio rostro, el Profesor se preguntó qué sentía realmente. Indignación, curiosidad, miedo, tal vez, pero sobre todo alivio y esperanza de que no fuera un truco, la esperanza de que el *qaouaji* lo dejara realmente a solas y regresara sin él.

Se apartó un poco del borde, y buscó con torpeza en los bolsillos un billete suelto porque no quería mostrar la billetera. Por suerte tenía un billete de cincuenta francos allí, que sacó y tendió al hombre. Sabía que el *qaouaji* estaba complacido, y por eso no prestó atención cuando lo oyó decir:

- No es suficiente. Tengo que caminar mucho hasta casa y hay perros...

- Gracias y buenas noches -dijo el Profesor, sentándose con las piernas bajo el cuerpo, y encendiendo un cigarrillo. Se sentía casi feliz.

- Deme sólo un cigarrillo -rogó el hombre.

- Desde luego -dijo, un poco brusco, y le tendió el paquete.

El *qaouaji* se agachó junto a él. No era agradable verle el rostro. "¿Qué pasa?" Pensó el Profesor, otra vez aterrado mientras le tendía su cigarrillo encendido.

Los ojos del hombre estaban casi cerrados. Era la representación más obvia de la planificación concentrada que el Profesor había visto nunca. Cuando el segundo cigarrillo ardió, se aventuró a decirle al árabe aún en cuclillas:

- ¿En qué está pensando?

El otro acercó su cigarrillo deliberadamente y pareció a punto de hablar. Entonces la expresión cambió a una de satisfacción, pero no habló. Había empezado a soplar un viento frío, y el Profesor se estremeció. El sonido de la flauta subía de las profundidades a intervalos, a veces mezclados con el raspar de las cercanas palmeras unas contra otras. "Esta gente no es primitiva", se descubrió pensando el Profesor.

- Bueno -dijo el *qaouaji*, parándose lentamente-. Guardese su dinero. Cincuenta francos es suficiente. Es un honor. -Entonces regresó al francés-: *Ti n'as qu'á descendre, to' droit.*

Escupió, rió entre dientes (¿o el Profesor estaba histérico?), y se alejó con rapidez a grandes trancos.

El Profesor estaba sumido en un estado de nerviosismo. Encendió otro cigarrillo y descubrió que los labios se le movían automáticamente. Estaba diciendo: -¿Esto es una situación o un apuro? Esto es ridículo.

Se quedó sentado muy quieto durante varios minutos, esperando que regresara a él esa sensación de realidad. Se tendió sobre el

suelo duro y frío y alzó los ojos a la luna. Era casi como mirar directamente al sol. Si apartaba la mirada por un instante, podía distinguir una hilera de lunas más débiles cruzando el cielo.

-Increíble -susurró. Después se irguió de pronto y miró a su alrededor. No había garantías de que el *qaouaji* hubiera regresado a la aldea. Se puso de pie y miró por sobre el borde del precipicio. A la luz de la luna el fondo parecía estar a kilómetros de distancia. Y no había nada que hiciera las veces de escala; ni un árbol, ni una casa, ni una persona... Prestó atención a la flauta, y sólo oyó el viento junto a sus oídos. Un brusco deseo de correr de regreso al camino lo invadió, y se dió vuelta y miró en la dirección que había tomado el *qaouaji*. Al mismo tiempo tanteó con un toque leve la billetera que llevaba en el bolsillo del pecho. Después escupió por sobre el borde del acantilado. Después orinó por encima de él, y escuchó con atención, como un chico.

Eso le dió el ímpetu necesario como para empezar a bajar por el sendero dentro del abismo. Curiosamente, no sintió vértigo. Pero se cuidó de asomarse a la derecha, por sobre el borde. Iba murmurando "Hassan Ramani" otra vez, repetidas veces y con ritmo. Se detuvo, furioso consigo mismo por los significados siniestros que el nombre le sugería. Decidió que estaba agotado por el viaje. "Y la caminata", agregó.

Ahora había bajado un buen tramo por el

gigantesco acantilado, pero la luna, colgada directamente encima de él, iluminaba con la misma intensidad. Sólo el viento había quedado atrás, arriba, vagando entre los árboles, para soplar a través de las calles polvorientas de Aïn Tadouirt, hasta el vestíbulo del Grand Hotel Saharien, y bajo la puerta de su pequeño cuarto.

Se le ocurrió que tendría que preguntarse a sí mismo por qué estaba haciendo aquella cosa irracional, pero era lo bastante inteligente como para saber que dado lo que estaba haciendo, no era tan importante sondear en busca de explicaciones por el momento.

De pronto la tierra quedó plana bajo sus pies. Había llegado más pronto de lo que pensaba. Siguió pisando hacia adelante con desconfianza, como si esperase otro desvelado traicionero. Era tan difícil saberlo en la luz uniforme, difusa. Antes de saber que había pasado el perro estuvo sobre él, una pesada masa de piel peluda tratando de tirarlo hacia atrás, una uña aguda bajándole por el pecho, un tensarse de músculos contra él para clavarle los dientes en el cuello. El Profesor pensó: "me niego a morir de este modo". El perro cayó hacia atrás; parecía un perro esquimal. Mientras volvía a saltar, el Profesor gritó, muy alto: "¡Ay!". Cayó contra él, hubo una confusión de sensaciones y un dolor en alguna parte. Había también un sonido de voces muy cercanas, y no pudo comprender que decían. Empujaron algo frío y metálico con brutalidad contra su espina dorsal mientras el perro seguía colgado por un segundo con los dientes de una masa de ropa y tal vez carne. El Profesor supo que era un arma, y alzó las manos, gritando en magrebí:

-¡Saquen al perro!

Pero el arma simplemente lo empujó hacia adelante, y como el perro, una vez de regreso en el suelo, no volvió a saltar, avanzó un paso. El arma siguió empujando; él siguió dando pasos.

Oyó voces otra vez, pero las personas que estaban directamente tras él no dijeron nada. Parecía haber gente corriendo a su alrededor; así sonaba, al menos. Porque, según descubrió, él seguía teniendo los ojos cerrados contra el ataque del perro. Los abrió. Un grupo de hombres avanzaba hacia él. Iban vestidos con las prendas negras de los reguiba. "El reguiba es una nube sobre la cara del sol". "Cuando aparecen los reguiba los hombres decentes apartan la mirada". Cuántas veces había oído esas citas en las tiendas y mercados, expresadas con sorna entre amigos. Nunca a un reguiba, por supuesto, porque estos hombres no frecuentaban las ciudades. Envían a un representante disfrazado, para arreglar con elementos sospechosos cómo disponer de los bienes robados. "Una oportunidad", pensó con rapidez, "de poner a prueba la precisión de tales afirmaciones". No dudó ni por un instante que la aventura resultaría una especie de advertencia contra tal tontería de su parte... una advertencia que vista en perspectiva sería medio siniestra, medio farsesca.

Dos perros gruñentes llegaron corriendo desde detrás de los hombres que se acercaban y se le arrojaban a las piernas. Lo escandalizó advertir que nadie prestaba la menor atención a esa falta de etiqueta. El arma lo empujó con más violencia cuando trató de apartarse del ruidoso asalto de los animales. Volvió a gritar:

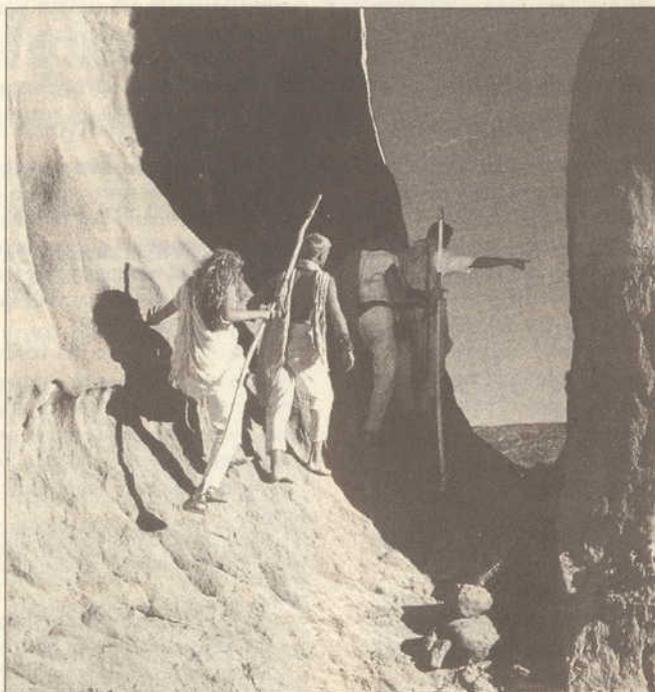
-¡Los perros! ¡Apártenlos!

El arma lo empujó hacia adelante con gran violencia y cayó, casi a los pies de una multitud de hombres que lo enfrentaba. Los perros le tiraban de las manos y los brazos. Una bota los apartó de un puntapié, aullando, y después pateó con renovado vigor al Profesor en la cadera. Después llegó un coro de puntapiés de distintos ángulos, y lo hicieron rodar en tierra con violencia por un rato. Durante ese rato el

Profesor fue consciente de manos que se le metían en los bolsillos y le quitaban todo. Trató de decir: "¡Tienen todo el dinero, dejen de patearme!" Pero los músculos faciales raspados no funcionaban; sintió que hacía pucheros, y eso fue todo. Alguien le dio un golpe terrible en la cabeza, y pensó: "Ahora al menos he perdido la conciencia, gracias a Dios". Aún siguió captando las voces guturales que no podía comprender, y captó que lo ataban con firmeza en los tobillos y el pecho. Después hubo un silencio negro que se abría como una herida de cuando en cuando, para dejar entrar las notas suaves, profundas de la flauta que tocaba la misma sucesión de notas una y otra vez. De pronto sintió un dolor abrumador en todas partes: dolor y frío. "Así que estuve inconsciente, después de todo", pensó. A pesar de eso, el presente apenas parecía una continuación directa de lo que había ocurrido antes.

Crecía tenuemente la luz. Había camellos cerca de donde yacía: podía oír el gorgoteo y la pesada respiración. No pudo obligarse a abrir los ojos, sólo por la posibilidad de que fuera imposible. Sin embargo, cuando oyó que alguien se acercaba, descubrió que no tenía dificultad para ver.

El hombre lo miró desapasionadamente en la luz gris de la mañana. Con una mano apretó la nariz del Profesor, impidiéndole respirar. Cuando el profesor abrió la boca para hacerlo, el hombre le aferró con rapidez la lengua y tiró de ella con todas sus fuerzas. El Profesor se atragantó y trató de recobrar el aire; no



vio lo que pasaba. No pudo distinguir el dolor del tirón brutal del que le provocaba el agudo cuchillo. Después hubo un ahogamiento y un salivar sin fin que siguieron automáticamente, como si él apenas formara parte de ellos. La palabra "operación" insistía en pasar por su mente; de algún modo calmó su terror mientras volvía a hundirse en la oscuridad.

La caravana partió en algún momento hacia media mañana. El Profesor, no inconsciente, sino en un estado de absoluto estupor, aún ahogándose y salivando, fue introducido doblado en una bolsa y atado al flanco de un camello. El extremo inferior del enorme anfiteatro contenía una puerta natural en las rocas. Los camellos, rápidos *mehara*, iban cargados poco en ese viaje. Pasaron en fila india, y subieron lentamente por la suave pendiente que llevaba al principio del desierto. Esa noche, en una parada tras algunas colinas bajas, los hombres lo sacaron, aún en un estado que no permitía el pensamiento, y sobre los harapos polvorientos que le quedaban de su ropa aseguraron una serie de curiosos cinturones hechos de fondos de latas atados entre sí. Le aplicaron una tras otra de esas fajas alrededor del torso, los brazos, y las piernas, incluso sobre el rostro, hasta que quedó enteramente encerrado en una armadura que lo cubría con sus escamas circulares de metal. Mientras adornaban al Profesor, imperaba la alegría. Un hombre trajo una flauta y otro más joven ejecutó una caricatura nada torpe de un ouled nail haciendo la danza del bastón. El Profesor ya no era consciente; para ser exactos, existía en medio de los movimientos hechos por aquellos hombres. Una vez que terminaron de vestirlo del modo en que deseaban verlo, le metieron, algo de comida por debajo de los delgados brazaletes que le colgaban sobre la cara. Aunque masticó mecánicamente, la mayor parte terminó por caer al suelo. Volvieron a meterlo en la bolsa y lo dejaron allí.

Dos días después llegaron a uno de sus propios campamentos. Había mujeres y niños en las tiendas, y los hombres tenían que apartar los perros gruñentes que habían dejado para cuidarlos. Cuando sacaron al Profesor de la bolsa, hubo gritos de espanto, y llevó varias horas convencer hasta a la última mujer de que era inofensivo, aunque no había existido dudas desde un principio de que se trataba de una posesión valiosa. Después de unos días empezaron a moverse otra vez, llevando consigo todo, y viajando sólo por la noche a medida que el terreno se volvía más caliente.

Incluso una vez se curaron todas las heridas y dejó de sentir dolor, el Profesor no empezó a pensar otra vez: comía y defecaba, y bailaba cuando lo reclamaban, saltos insensatos de arriba a abajo que deleitaban a los niños, en particular debido al maravilloso estruendo metálico que hacía. Y por lo general dormía en las horas de mayor calor, entre los camellos.

Torciendo su camino hacia el sudeste, la caravana evitó toda civilización sedentaria. En pocas semanas llegaron a una nueva meseta, totalmente salvaje y con escasa vegetación. Allí alzaron campamento y se quedaron, mientras soltaban a los *mehara* para pastar. Allí todos estaban felices; el clima era más fresco y había un pozo a pocas horas en una ruta poco frecuentada. Allí tuvieron la idea de llevar al Profesor a Fogara y venderlo al tuareg.

Pasó todo un año antes de que llevaran adelante el proyecto. Para entonces el Profesor estaba ya mucho mejor entrenado. Podía ejecutar un salto de manos, y hacer una serie de terribles sonidos ásperos que, sin embargo, contaban con cierto elemento humorístico; y cuando los reguibas le quitaron el metal de la cara descubrieron que podía muequear admirablemente mientras bailaba. También le habían enseñado algunos gestos obscenos básicos que nunca dejaban de arrancar chillidos encajetados por parte de las mujeres. Ahora sólo lo sacaban después de las comidas especialmente abundantes, cuando había música y festejo. Se adaptó con facilidad a su sentido de ritual, y desarrolló una especie de "programa" elemental para presentar cuando lo convocaban: bailar, rodar sobre el suelo, imitar ciertos animales, y al fin precipitarse sobre un grupo con ira fingida, para ver la confusión y la hilaridad resultantes.



Cuando tres de los hombres partieron hacia Fogara con él, llevaron también cuatro *mehara*, y él montó el suyo con gran naturalidad. No tomaron precauciones para custodiarlo, salvo que lo mantenían entre ellos, con un hombre siempre en la retaguardia del grupo. Llegaron a ver los muros de la ciudad al amanecer, y esperaron entre las rocas todo el día. Al atardecer partió el más joven, y en tres horas regresó con un amigo que llevaba un bastón rígido. Trataron de hacer que el profesor ejecutara su rutina allí mismo, pero el hombre de Fogara estaba apurado por regresar a la ciudad, así que subieron las cosas a los *mehara*.

En la ciudad se dirigieron directamente al hogar del aldeano, donde tomaron café en el patio sentados entre los camellos. Aquí el Profesor repitió su acto, y esta vez hubo alegría prolongada y gran frotarse de manos. Llegaron a un acuerdo, y se pagó una suma de dinero, y los reguiba se retiraron, dejando al profesor en la casa del hombre del bastón, que no demoró en confinarlo en un pequeño cubículo del patio.

El día siguiente fue importante en la vida del Profesor, porque fue entonces cuando el dolor comenzó a agitarse otra vez en su ser. Un grupo de hombres llegó a la casa, entre los cuales iba un venerable caballero, mejor vestido que los demás, quienes empleaban el tiempo en halagarlo, darle besos fervientes en las manos y el ruedo de sus vestiduras. Tal personaje se preocupaba de emplear el árabe clásico para impresionar al resto, que no había aprendido una línea del Corán. De modo que su conversación se desarrollaba más o menos como sigue: "Tal vez en In Salah. Los franceses de allí son más estúpidos. La venganza celestial se acerca. No la apesuremos. Roguemos al más alto y lancemos el anatema contra los ídolos. Con pintura en el rostro. Por si la policía quiere mirar de cerca". Los demás escuchaban y asentían, hamaendo las cabezas lenta y gravemente. Y el Profesor también oía en su cubículo, detrás de ellos. Es decir, era consciente del sonido del árabe antiguo del hombre. Las palabras penetraron por primera vez en muchos meses. Ruidos, entonces: "La venganza celestial se acerca". Después: "Es un honor. Cincuenta francos es suficiente. Guárdese su dinero. Bueno". y el *qaouaji* agachado cerca del borde del precipicio. Después "anatemas contra los ídolos" y más parloteo. Se dio vuelta jadeando sobre la arena y los olvidó. Pero el dolor había comenzado. Operaba en una especie de delirio, porque el Profesor había empezado a entrar otra vez en su conciencia. Cuando el hombre abrió la puerta y lo aguijoneó con su bastón, gritó enfurecido y todos rieron.

Lo pusieron en pie, pero no bailarían. Se irguió ante ellos, con los ojos clavados en el suelo, negándose tozudamente a moverse. El propietario estaba furioso, y tan irritado por las risas de los demás que se sintió obligado a despedirlos, diciendo que esperaba un momento más propicio para exhibir su propiedad, porque no se atrevía a

Sigue en pág. 46

Ficción
V de Vian 15

Preguntando se aprende

Producción general: Eduardo Hojman
Cuestionario: Hojman-Pazos

Claro que sí. *V de Vian* también tiene su cuestionario, qué se creían. No podíamos ser menos que todos los medios literarios y también desafiamos a notorios escritores a contestar nuestra atrevida encuesta. Inclusive, tuvimos el honor de que algunos se negaran. Pero mientras los demás lo hacen a fin de año, nosotros lo hacemos en el primer número del '92. O sea, les ganamos a todos. Pa' que aprendan.

Los escritores elegidos tienen algunos puntos en común: andan entre los cuarenta y cincuenta años, tienen más de un libro publicado, publicaron su última obra el año pasado y no suelen, para bien o para mal, autores de best-sellers que arracnen con todas las ventas.

Las preguntas de la discordia fueron las siguientes:

1. *¿Se anima a identificar a algún grupo, secta, intelligenzia, sinarquía o establishment en la literatura argentina? Si es así, ¿es usted miembro de alguno de ellos?*
2. *¿Qué opina de los suplementos literarios y las revistas de literatura? Si le da el cuero, especifique. Haga nombres.*
3. *¿Qué sensación le depara el encontrar obras suyas anteriores en las mesas de saldos de las librerías?*
4. *¿Cuál es el libro que más vergüenza le da haber leído con placer?*
5. *He aquí el espacio para que usted insulte o elogie a los medios por la cantidad y calidad de centimil que le dedican a sus libros. Por favor, especifique. Es más, sea valiente y haga nombres.*

Ante semejante reto, contestaron de la siguiente manera.

LUISA VALENZUELA:

(Última obra publicada: *Aquí pasan cosas raras*.)

1. Mafias siempre hay en todas las situaciones humanas, y los escritores, créase o no, son también humanos. En caso de pertenecer a alguna sería a la Orden de la Patafísica. Es invisible, y propone entre otras cosas no tomarse en serio lo serio. Ni siquiera esta encuesta.

2. Lamento la desaparición de *Babel*, entre tantas otras revistas literarias locales que no son -o no deberían ser- imprescindibles. En cuanto a los suplementos, los aplaudo por más sectarios que sean, y, naturalmente, pienso que el mejor de todos es el *Cronista Cultural* de los domingos.

3. Me encanta. Pienso que los libros tienen que circular, y, además, así los pueden comprar quienes de otra manera no podrían afrontar los precios ridículamente altos del libro en Argentina.

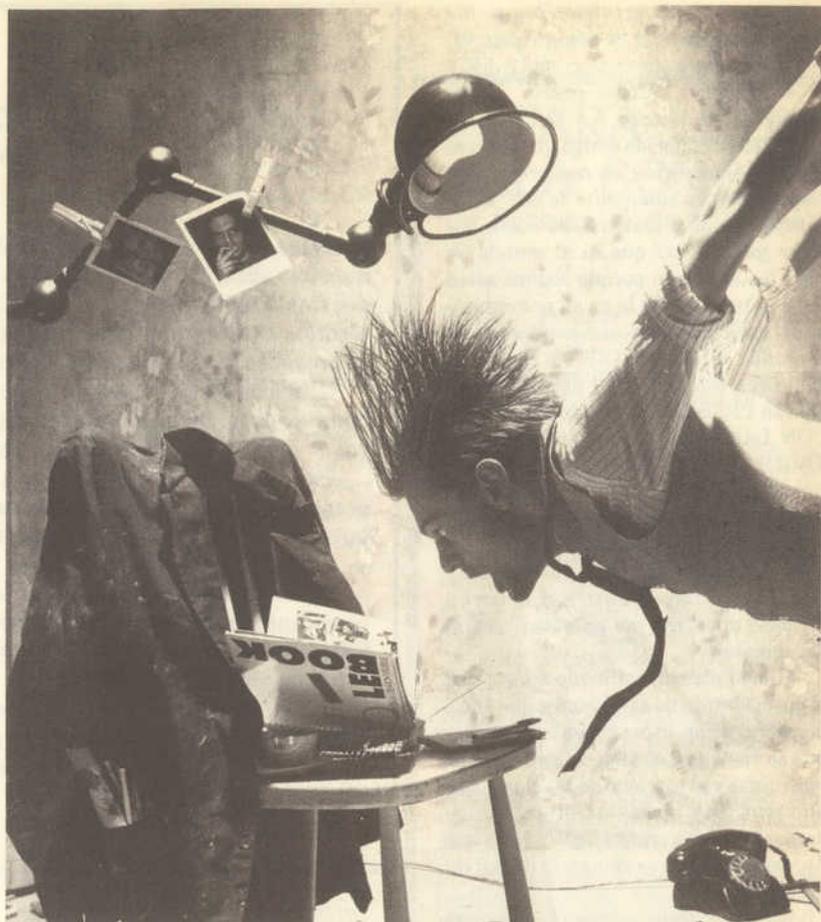
4. ¿*Las memorias de una princesa rusa*? No. Vergüenza no me dio ninguno, pero sí una cierta rabia por haber perdido el tiempo con algún best-seller simplemente dejándome enganchar con la anécdota. De todas formas, el placer siempre es rescatable.

5. No mido esas cosas. A veces, eso sí, pienso que la crítica argentina es demasiado superficial y tiene poco respeto por la literatura. No lo digo necesariamente por mí: casi no le presto atención a la crítica de mis libros. Siento un falso pudor que debe tener mucho que ver con el miedo a enfrentarse con la propia obra, desde el otro lado.

LUIS GUSMAN:

(Última obra publicada: *Lo más oscuro del río*)

1. Sí. Por supuesto. No desconozco el sitio desde el que hablo cuando hablo de literatura. He estado en la dirección de esa revista cuyo último número estuvo dedicado a los efectos que tuvo la Ley de Obediencia Debida para los argentinos. Desde entonces, la revista se retiró en silencio, entre otras cosas, por la muerte de uno de sus autores, R. Alcalde. Quizás la crítica a ciertos grupos o revistas que aparecen como opuestos no son causa suficiente para despertar el entusiasmo que se tenía en otro momento por estas cuestiones. Creo que si la política cultural se reduce a eso, puede alcanzar un valor negativo. Habría que agregar, también, que hoy en día es difícil recortar una interpretación que no se sume a una polémica estéril, a una denuncia que sólo sirve para consolidar. Sería necesaria una interpretación que intervenga el campo cultural actual para modificarlo. Eso,



por el momento, no está a mi alcance.

2. Los suplementos literarios se quieren diferenciar y todos se parecen. Hablo de un fenómeno, no de personas. Creo que hay una homogeneización y una banalidad a la que no escapan los suplementos, pero he notado que hay un interés favorable por la literatura argentina, quizás inédito, y que esperemos no se reduzca a meras políticas personales.

3. Me alegra la compañía. He encontrado *Brillos* y *El corazón de junio* al lado de *Los hechizados* de Gombrowicz o *Moby Dick* de Melville traducido por E. Pezzoni. Estar entre esos autores es conmovedor y risible. La literatura tiene su propia circulación.

4. Seguramente *Cuerpos y almas*, o tal vez *Por siempre Ambar*, o *Tierra de Promisión*, es decir, los libros de la biblioteca de mi padre. Ahí estaba el misterio de algún placer oculto y por lo tanto mi propia curiosidad por descubrirlo me daba tal vergüenza que aún hoy no he vuelto a leerlos.

5. El insulto, la injuria, esa retórica de la infamia no es fácil de practicar. En

ese sentido no creo ser un elegido de los dioses. Es una cuestión de estilo. Me hallo más cómodo en una argumentación que sea indestructible y, por lo tanto, destructiva del adversario. Pero para esto es necesario que el adversario sea digno, y la pregunta es tan abierta, tan desafiantemente vanguardista, que acudir al tópico de la juventud para adjudicarme una vejez y una sabiduría de la que carezco. Remito al lector a lo contestado en la pregunta número dos.

ALBERTO LAISECA:

(Última obra publicada: *La mujer en la muralla*)

1. Cómo no: *La conjura de los necios*, de la cual John Kennedy Toole sabía bastante.

2. Hacer una revista, aun mala, cuesta bastante. Usted debe saberlo; sólo se puede elogiar a los que las hacen. Hay tan poco entusiasmo que cualquier entusiasmo es bienvenido.

Encuesta
V de Vian 17

3. Que lo tenía previsto. Y si no me cree, lea la nota a pie de página (pág. 43) de *Suturno para morir*. Corregidor. 1976

4. Ninguno. ¿Cómo podría darme vergüenza el placer?

5. Pero mi querido amigo, ¿usted cree que es una cuestión de nombres? Esta respuesta es un emergente de la N° 1. Un ensayo genial y maravilloso como *Por favor ¡pláguenme!* que di al mundo en 1991 (se lo cuento porque seguro usted no se enteró) [n. de la r.: sí, nos enteramos], debió producir una conmoción en el mundo del arte: la CGT de Los Pocos Que Leen con carteles y pancartas que dijeran PRESENTE. O si no: QUILMES CON LAISECA. Y también: BERAZATEGUI APOYA. Etcétera. En fin: un tumulto de lo más gritón y chancháceo. ¿Vio usted aunque más no sea una mísera pintada que diga: "Maestro Lai: ¡Albricias!"? Pues no señor. Todo lo contrario. Como decía Marcelo Fox: "Echan lacre a mi paso mientras me palmean sobradamente".

¿Usted piensa, estimado amigo, que el posmodernismo es un hongo que nació por generación espontánea? Hace rato que se viene preparando la confusión de jerarquías y el extravío de las claves que pudieran permitirle a la gente comprender qué ocurre a su alrededor. No extrañe, entonces, que se viva en la luna y sin escafandra.

Como los otros no me promocionan todo lo que debieran, entonces lo haré yo mismo: soy asombroso, único y chistosísimo (Si lo dice el autor debe ser cierto). ¡Ave, Lai Imperator!

Ha de saber usted, por lo demás, que tengo un gato llamado Chanchúbelo. Cada mañana, al levantarme, le hablo durante diez minutos y en la siguiente forma (tratando de lograr a través de él una proyección de magia simpática): "Honorable Chanchúbelo, ¿ha notado cuán genio es mi *Por favor ¡pláguenme!*? Por lo demás, no dudo que no habrá pasado inadvertido a su fino espíritu felino cuán dadora de aventuras, sabiduría, segundas oportunidades, erotismo y otras es *La mujer en la Muralla*."

Chanchúbelo bosteza y nada dice. En realidad él es el único taoísta de la casa. Es el verdadero Maestro y ya está totalmente sacralizado. No diré que habla, porque cualquier gato lo hace, pero sí que realiza milagros muy superiores.

Chanchúbelo es hermoso.

Chanchúbelo es enorme.

Chanchúbelo es malísimo.

Chanchúbelo es el noveno trigrama.

Chanchúbelo rota sin fin alrededor de un centro sin fallas.

Los Maestros enseñan, pero sólo Chanchúbelo tiene magisterio.

Chanchúbelo es nieve negra.

Encuesta
18 V de Vian

LEVES ACLARACIONES Y CONCLUSIONES OBVIAS

Como para no limitar la capacidad de expansión creadora de nuestros autores, decidimos no dar un máximo de espacio a las respuestas. Preferimos correr el riesgo de tener que hacer algunos recortes a poner un número de líneas. Víctima de esa, si se quiere, imprevisión fue, obviamente, **Mempo Giardinelli**. Perdón.

Giardinelli fue, también, el que más palos repartió y más nombres hizo. Su próximo éxito seguramente no se llamará *Cómo ganar amigos en el mundillo literario*.

Luis Gusman fue el único que contestó concretamente la pregunta sobre los libros que le causaron vergüenza y placer. Como buen psicólogo, su respuesta tuvo mucho de freudiana.

Luisa Valenzuela es la única mujer entre los encuestados. Sí.

Estos cuatro escritores no fueron los únicos que quisimos invitar para contestar nuestro cuestionario pero la temporada estival hizo huir a la mayoría de ellos del calor porteño. Ellos se la perdieron por ir a tomar sol.

Pero hubo dos escritores que sin necesidad de escapar del calorcito se negaron a contestar las preguntas. Paradójicamente (o no, ver **Click!**), los dos que se negaron fueron Juan Martini y César Aira, ganadores del premio "Boris Vian".

MEMPO GIARDINELLI:

(Última obra publicada: *Santo oficio de la memoria*)

1. Creo que es obvio que existen "capillas literarias" en todos lados. He visto sectas de este tipo en México, Estados Unidos, Francia, Colombia, dondequiera. Se conducen en base al **amiguismo**, que para mí es el peor vicio de cualquier actividad artística y cultural y lleva siempre a cometer arbitrarios e infantiles favorecimientos.

En la literatura argentina siempre existieron grupos: Boedo y Florida, los amigos de Oliverio Girondo y Norah Lange, la gente de la revista *Sur* y la de Victoria Ocampo, los nucleados alrededor de revistas como *Contorno*, *Primera Plana* o *Crisis*. Y ahora también: en la universidad pareciera que toda la literatura argentina contemporánea se reduce a Piglia, Saer y Martini. Por otra parte están los que se empeñan en consagrar a César Aira como el gran narrador nacional. También están los epígonos de Laiseca, los de Fogwill, los discípulos de Abelardo Castillo, hay de todo. El llamado grupo *Shangai* y sus brillantes jóvenes iconoclastas hicieron *Babel*, estupenda pero sectaria. Y el que podríamos llamar *Grupo Planeta* está haciendo *Primer Plano* en *Página/12* con el mismo espíritu corporativo. Fuera de la narrativa podríamos anotar también a los mitificadores de

Alejandra Pizarnik, o a la gente que sigue a Samoilovich y su magnífico *Diario de poesía*. Con cada grupo pasa como con *American Express*: pertenecer tiene sus privilegios. Pero eso no me parece mal en sí mismo. Lo cuestionable no es su existencia, sino, en algunos casos, su comportamiento.

Yo opto por la marginalidad. No pertenezco a ningún grupo, no me interesa la disputa por el poder cultural. Prefiero seguir trabajando en mi bunker de Coghlan. Padezco, claro, un cierto ninguneo, pero puede ser que el equivocado sea yo y no ellos. En mi revista *Puro Cuento* no nos convertimos en grupo literario, no nos publicamos a nosotros mismos, no discriminamos a nadie, les pedimos cuentos a **todos** los narradores argentinos, sean del grupo o la corriente estética que sean, y nos quieran o no. Soy de los que confían en que la obra -ella solita- se abrirá camino, si méritos tiene. El reconocimiento sólido constante del que gozo en el extranjero, donde no vivo ni soy parte de grupo alguno, alienta mi confianza.

2. Los suplementos de los diarios porteños se ocupan, invariablemente, de EMA: Extranjeros, Muertos y Amigos. Basta ver lo que fue el *Cultura y Nación* de *Clarín* cuando lo dirigían Enrique Alonso y Ricardo Kunis, y lo que es ahora, que le da cuatro páginas en un

mes a un mismo escritor "amigo". O el suplemento de *Página 12* cuando lo dirigieron Miguel Briante o Juan Gelman, y ahora Tomás Eloy Fresán [sic]. O *La Nación* dominical, donde hay un establishment casi inmutable y donde el recorte ha de ser ideológico, porque los proscriptos seguimos siendo siempre los mismos. Cabe recordar, también, el sectarismo de izquierda que imperaba en el desaparecido diario *Sur*. No leo el suplemento de *La Prensa*, aunque sé que Marcelo Intilli y Enriqueta Muñiz son gente abierta y nada sectaria. *El Cronista Cultural* es, por lejos, el mejor de estos días, porque ahí cabe todo y hay pluralidad. En cuanto a las revistas, fue público y notorio -y casi grosero- el sectarismo de *Crisis* en sus últimas épocas, y así le fue. Y lo mismo pasó con *Babel*, lamentablemente.

En el interior del país hay una actitud mucho menos mezquina. Puede ser que haya algún sectarismo local, pero tienen una visión de la literatura argentina mucho más amplia, menos prejuiciada y nada mafiosa. Pero acá la sociedad literaria vive sometida a la dictadura de los grupos que dirigen los suplementos de los grandes diarios, que en lugar de informar y difundir la cultura terminan recortando y sectarizando, se constituyen en una aristocracia de amigos que se mandan saludos, que escriben en clave, que se regodea en su jerga y se deleitan con sarcasmos, críticas a veces feroces y ninguneos muy puntuales. Soy plenamente consciente de que no me conviene decir esto. Pero

desde hace mucho tenía ganas de decirlo. Como sé que esto lo comparte mucha gente, y creo que alguien lo tenía que decir alguna vez, aprovecho esta oportunidad y la agradezco mucho.

3. Paradójicamente me alegro y a la vez me da rabia. Lo primero por el legítimo placer de ver que mis viejos libros siguen en librerías y al alcance del público. Lo segundo porque cuando eso sucede es porque se ha saldado el resto de alguna edición a pesar de que mis contratos lo prohíben expresamente, o porque se trata de una edición pirata y por esos libros no cobro derechos.

4. De ningún libro leído con placer podría avergonzarme. Por otra parte, todo libro que no me interesó en las primeras 50 u 80 páginas lo abandoné en el acto sin culpa alguna. Lo más imperdonable en un libro es que no produzca placer. Y si lo produce, no hay por qué avergonzarse.

5. Ni insultos ni elogios. Me sentí muy agradecido a los medios que se ocuparon de mis obras en otros tiempos, cuando yo todavía no había vuelto a vivir en Argentina. Desde entonces, y posiblemente porque fui best-seller y mis libros se editan, traducen y gustan en muchos países, me llegó la hora del ninguneo. *Qué solos se quedan los muertos* (1985) y *Cuentos: Antología personal* (1987) recibieron un silencio absoluto en los grandes medios. Y hasta ahora [N. de la R.: fines de diciembre], *Santo Oficio de la Memoria* no ha merecido ni un centímetro ni figura en las listas de best-sellers, a pesar de haber agotado en 20 días la primera edición. Por eso, sólo recordaré las palabras de dos escritores mexicanos que quise mucho. Luis Spota dijo: "Gran parte de mi obra sobrevivió con silencio o golpes de la crítica periodística y con el ninguneo de los colegas, lo que demuestra por lo menos una cosa: En México la crítica no tiene la fuerza suficiente ni para impulsar a la gente a que te lea, ni para destruirte si aquella te quiere leer. Hay críticos y medios que desde hace años no mencionan mis libros: yo no existo. Sin embargo, todas mis novelas pasan de los 200.000 ejemplares, sin publicidad ni promoción". Y Juan Rulfo enseñaba: "Si uno escribe pensando en los colegas o en los críticos, estará inexorablemente perdido. Uno escribe para vivir, porque la literatura es todo lo que importa y si uno no escribe se muere. Tú ocupate de escribir y no mires al costado".

PARA LEER A LA SOMBRITA (incluso la de la noche)

Humano se nace. Quino. Lo mejor del Maestro en su recopilación más reciente.

Boogie el aceitoso 10. Fontanarrosa. El más gracioso de los malos en sus aventuras en el Golfo.

El Kama-Sendra. Sendra. El humor de dos plazas del creador de Prudencio (y Matías).

Aquí pasan cosas raras. Luisa Valenzuela. Con humor y osadía, cuentos que cuentan el país de la Triple A.

Teatro 5. Griselda Gambaro. Incluyendo "Morgan", "Penas sin importancia", "Efectos personales" y "Desafiar al destino".

Teatro 4. Roberto Cossa. La resonante "Angelito", junto a "Los compadritos" y su adaptación de "Tartufo".

El Gato Eficaz. Luisa Valenzuela. Su novela más original publicada en México y casi desconocida hasta ahora en el país.

Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio. Susan Socolow. En la colección de historia dirigida por J. C. Garavaglia, un estudio sin precedentes sobre la estructura social de la Colonia.

Les Luthiers de la L a la S. Daniel Samper Pizano (Prólogo de Fontanarrosa).

Colón: el mito al descubierto. Hans Koning

Las Repúblicas. Angélica Gorodischer

Prudencio 1 (y Matías). Sendra.

Reediciones y recontraediciones

Arquitectura y autoritarismo. Rodolfo Livingston (2ª edición).

No sé si he sido claro. Roberto Fontanarrosa (7ª edición).

Operación masacre. Rodolfo Walsh (18ª edición).

El nombre de la rosa. Umberto Eco (16ª edición argentina).

Riñane 2: "Primer Mundo, allá vamos". Daniel Paz-Rudy (2ª edición).

Diez años con Mafalda. Quino (2ª edición).

Best Seller. Fontanarrosa (5ª edición).



EDICIONES DE LA FLOR

Anchoris 27 (1280) Buenos Aires
Tel.: 23-5529. Fax: 805-3849



WILLALDEA

Il villaggio del teatro

Un fin de semana tranquilo en la quietud del campo.

Una aldea a 60 km. de Capital

Cómodas habitaciones

Comida típica italiana (Pizza en borno de barro y lasagna en borno a leña)

VILLALDEA

Calle V. Sarsfield Cañuelas

Reservas: (01) 9518991 o

(0226) 21404 int.1219



La actriz de *Betty Blue* filmó con Jarmusch, Lelouch y fue llevada pres

Béatrice Dalle:

Una mujer a la temperatura justa

por Santiago Pazos

La expropiadora

Durante el año anterior, la actriz Béatrice Dalle tuvo tres apariciones delante de las cámaras que hicieron hablar bastante bien de ella. Primero filmó con el casi siempre genial Jim Jarmusch, luego lo hizo con el casi siempre insostenible Claude Lelouch y por último apareció filmada en un video de la siempre despreciable policía. Esta última actuación, por supuesto, no estaba en sus planes.

Los hechos fueron, o pudieron ser, así: Béatrice había concurrido a una de las joyerías más caras de París. Era lógico que la joyería contaba con protección electrónica (control por video, alarmas) y con personal policial. Pero Beatrice no es una persona lógica, es

El joven suboficial Michel Greiner estaba a cargo de la vigilancia y observaba en las pantallas cómo las compradoras revisaban y se probaban las joyas. El policía sí era lógico. Le llamó la atención que esa mujer trigüeña de labios carnosos que podrían despertar los más bajos instintos hasta en el personal policial y que recorría las vitrinas con cierta indiferencia, llevara un tapado de piel. El invierno parisino no había llegado todavía. El cana, por curiosidad, por instinto de sabueso y por baba, se mantuvo atento a todos los movimientos de la chica de ojos brillantes.

Béatrice iba a retirarse de la joyería, el suboficial Greiner, entonces, la hizo detener por dos de sus esbirros. Cuando la tuvo frente a él le hizo abrir el tapado de piel sintética (Béatrice estaba en contra del exterminio de los animales, pero esto al policía no le interesaba). Una vez abierto el tapado, el suboficial pasó unos cuantos segundos sin ver lo que buscaba. A pesar de su profesionalidad no pudo evitar que sus ojos quedaran pegados al breve vestido negro de Béatrice. Cuando los pudo despegar descubrió el bolsillo falso donde la Dalle llevaba lo que le había expropiado a la burguesía francesa: anillos, collares, aros, cintillos, dijes, mucho oro, muchos brillantes, muchas

piedras preciosas. Recién ahí el cana la reconoció: "Pero si usted trabajaba en *Betty Blue*, vestida no la reconocí" dijo con una risita cínica y agregó con desprecio: "voleuse a l'atalage" que en buen porteño es "mechera".

Béatrice lo miró con indiferencia, antes de que se la llevaran detenida le dijo, tal vez sintiéndose de nuevo Betty Blue: "Si tuviera un tenedor te lo clavaba en las pelotas". El policía dejó de sonreír y apretó las piernas.

Después la historia se vulgariza: la falta de antecedentes, una buena fianza pagada por su abogado y Béatrice quedó en libertad. Dejemos este episodio y vayamos a sus películas y a sus palabras.

La Leprosa

Nacida el 19 de diciembre de 1964 en Brest, una ciudad portuaria donde se encuentra la mayor base militar francesa, Béatrice Dalle quedó inmortalizada en su primer protagónico a los 22 años: *Betty Blue*, 372 por la mañana, el film de Jean-Jaques Beineix, se convirtió en una película de culto cuya máxima divinidad no era ni el desaparejo Beineix, ni el feucho Jean-Hugues Anglade (coprotagonista del film) ni el maravilloso y poco conocido en la Argentina Philippe Djan, autor de la novela en la que se basó el guión, sino la diosa Béatrice Dalle.

Béatrice, después de *Betty Blue*, filmó otras películas que, desgraciadamente, no llegaron a este país. Entre las más destacadas se encuentra *La Vengeance d'une femme* (La venganza de una mujer) de Jacques Doillon, uno de los directores más prestigiosos del cine francés actual. Pero, casi sin duda, sus dos últimos films, tarde o temprano, recalarán en la cartelera porteña. Se trata de *Una noche sobre la Tierra* de Jim Jarmusch (*Extraños en el paraíso*, *Mystery Train*) y *La bella historia* de Clade Lelouch (*Un hombre y una mujer*, *Vivir por vivir*).

La mentada historia bella de Lelouch se refiere al amor de una pareja de 1991 que se conoció por primera vez en el año 33 durante el Imperio Romano. El tipo

(Gerard Lanvin) es, en la antigüedad, Cristo o alguien que se le parece y ella una especie de María Magdalena ya que Lelouch prefirió dejar la cuestión librada a la ambigüedad (recordemos que Lelouch no es Scorsese, obviamente). El amor de estos jóvenes viaja sin problemas en el tiempo y en el espacio; una metáfora, a priori, demasiado obvia sobre la eternidad del amor.

Lelouch ha cometido, a lo largo de su carrera varios crímenes contra el cine pero en esta circunstancia ha perpetrado uno por el cual hasta Mahatma Gandhi hubiera pedido la pena de muerte para el director de *Los unos y los otros*. No conforme con filmar con nuestra heroína, Lelouch abusó de su suerte y le hizo interpretar un papel donde Béatrice aparece en la antigüedad romana en un lazareto como una enferma de peste, de lepra y vaya uno a saber de cuantas otras enfermedades infectocontagiosas. La pobre Béatrice se muestra con el rostro inflamado lleno de escoriaciones y con la piel deshollandose por la peste. Así y todo, Betty salió airosa. Confirmó, según los allegados al film aún no estrenado, que es una excelente actriz y que ni la lepra del sádico Lelouch pudo eclipsar su belleza imponente.

La Cieguita

Hay muchos estudiantes de cine que envidian (sanamente, por supuesto) a Jim Jarmusch por su obra exquisita. Ahora hay otro motivo para que lo envidien todos los hombres sobre la tierra. ¿Quién no cambiaría el nombre de Jarmusch por el suyo propio en las siguientes palabras de Béatrice Dalle?: "Mi sueño era filmar con Jim Jarmusch, si él me pidiera que filmara sólo con él, le diría que sí. Cuando le conté esto no me creyó. Lo había visto por casualidad en Cannes. Yo había visto todas sus películas y lo reconocí en la reunión. Pero como no soy una grupi, al contrario, traté de pasar desapercibida. Fue él quien se acercó adonde yo estaba, me dió una palmadita en el hombro y me dijo:

Dalle
V de Vian 21

'Discúlpeme', muy tímido muy reservado como es él, 'la adoro'. Quizás suene como una historia de otro tiempo. El es muy joven, tiene treinta y cinco años, y tenemos muchísimas afinidades: el rock'n'roll, Tom Waits, ¡todos mis ídolos! Yo adoro a este tipo. Cuando filma el respeto de la gente es impresionante desde el actor que esta a prueba hasta el más importante de los técnicos." (Entrevista a Béatrice Dalle, Revista *Première*, París, diciembre de

La película se llama *Una noche sobre la Tierra* y son cinco historias que se desarrollan al mismo tiempo en un taxi en distintos lugares del planeta. En París, una joven ciega anda perdida en la noche: es Béatrice Dalle. Para interpretar su papel de ciega debió concurrir a un centro de discapacitados visuales para aprender los tics y a manejar el bastón blanco. La Dalle comparte cartel con otras dos actrices imponentes: Jeanne Moreau (*Los Amantes*, *Ascensor para el cadalso*, *Las relaciones peligrosas*, esta última junto a Boris Vian) y Winona Ryder (*Bola de fuego*, *Beetlejuice*, *El muchacho manos de tijera*).

La Católica

En la misma entrevista de *Première*, el periodista Bertrand Laforet dedica líneas y líneas para describirla. Cuenta que llegó al foyer del lujosísimo hotel donde estaban citados con un enorme tacho de basura de otro siglo que acababa de comprar en una casa de antigüedades. Cuando se sacó el tapado dejó al descubierto su escotado vestido. Al periodista, un tipo poco serio, le llamaron la atención dos cosas: la cruz que llevaba y el lunar que tiene sobre su seno izquierdo (ver foto y en lo posible volver aquí).

Lo único que atinó a decir el periodista fue: "Dios, qué aparición". Ella, enojada, lo amonestó: "No hable de Dios en vano. Yo soy creyente. Soy católica practicante y no salgo jamás de mi casa sin rezar. Esto no es broma. Y sobre todo, ¡Nada de provocaciones!"

"Dios -cuenta el periodista- fue parte de nuestra conversación ya que me fue imposible durante toda la entrevista despegar los ojos de la cruz que santa Béatrice llevaba sobre el escote". Si, claro, era por la cruz.

"En serio -dice Béatrice luego de una defensa de su catolicismo e insistir en su amor por Cristo y la Virgen-, yo no me permitiría decir que



soy una santa, pero después de "37'2..." se me pegó una etiqueta de sex-símbol como si yo pasara mi vida en la cama con cualquier tipo. Creo que soy la mujer más fiel que hay sobre la tierra. Siempre son las mujeres en trajecito Chanel las más putitas. Las que son como yo son las más tranquilas".

La Francesa

Algunos conceptos emitidos por Béatrice Dalle y tomados de la entrevista citada:

"Por supuesto, el sexo es maravilloso pero con el hombre que amo. El más hermoso de los hombres de este siglo, puesto en mi cama, si yo no lo amara, no me tocaría. No tengo ganas de ser el perrito de nadie que hace las tareas de la casa de día y a la que se la mueven de noche.

"Hice muchas mierdas en mi vida pero rescato a Doillon, a Beineix, a pesar de que siempre me agarro la cabeza con él, y a Jarmusch. Han sido lo mejor para mí.

"Mientras no se me agrada [B.D. está hablando de su relación con las otras mujeres], yo respeto a todo el mundo, no soy malvada. Pero cuando se me busca, me encuentran. No soy para nada celosa de las actrices hermosas y talentosas pero si alguna mujer se mete con mi hombre la mato, la estropeo. Esa tiene que ir por otros lados a ver flacos libres. Además, el placer de afanarle el flaco a

una tipa conocida es mayor. Usted verá qué clase de gente... Yo, por mi parte, jamás tuve una aventura en mi vida. Mis historias siempre fueron de amor. Me fui de casa a los quince años, tuve una vida de mujer desde joven. Me casé. Y, sin embargo, tuve muy pocos hombres. Porque el asunto de una noche no me interesa. Entre una historia blandita, tranquila, mediana, y la nada, prefiero la nada. Sé lo que es estar sola.

"Adoro el siglo XVIII. Pasé mi adolescencia disfrazándome de marquesa con camisones de mi madre. Hoy mismo, reviento toda la guita en lencería con mucho encaje y puntilla al viejo estilo. En casa ando sólo con un par de medias blancas y un camión cortito. Sí, sí. Mis inversiones favoritas son los corpiños y las bombachas de seda que valen fortunas. Por eso, me encanta ocuparme de un hombre, lavarle su ropa interior y todo. Podría pasar toda mi vida ocupándome de él, prepararle sus panqueques vestida con medias caladas y portaligas.

"Estoy muy feliz con tener cuerpo de mujer, ponerme escotes, minifaldas y mostrar las piernas. Desde siempre me gusta atraer.

"Debo confesar que no soporto la idea de envejecer. Me digo que si James Dean, Marilyn, se volvieron mitos, es porque murieron jóvenes, porque sólo se los vio en el estallido de su belleza. ¡Y no sé si es necesario que me muera para esto! Sin embargo, no tengo más que veintiséis años y ya no soporto mi edad, imagínese...

"Dentro de poco voy a hacer un viaje en moto por Vietnam. Sí. Dos mil kilómetros en una Harley: la ruta de los Mandarines Ciudad Ho Chi Minh- Hanoi. Un amigote y yo somos fanáticos de la bici. Es él quien maneja. Yo me limito a apoyar mi cabeza en su espalda. Eso sí que es vida, ¿no? Después voy a volver para filmar algunas cositas... No puedo hablarle de esto porque soy demasiado supersticiosa. Es con el más grande actor francés de los que andan por los cuarenta años. Ahora el está haciendo un muy importante film. ¡Adivine!"

La entrevista a B.D. finaliza con un comentario de Bertrand Laforet: "¿Cómo quieren que uno no se vuelva loco por una mujer así?" dice el periodista francés en una clara muestra de poca profesionalidad y de demasiada baba.

¿Cómo quieren que uno no se vuelva loco por una mujer así?

Boris Vian, por supuesto

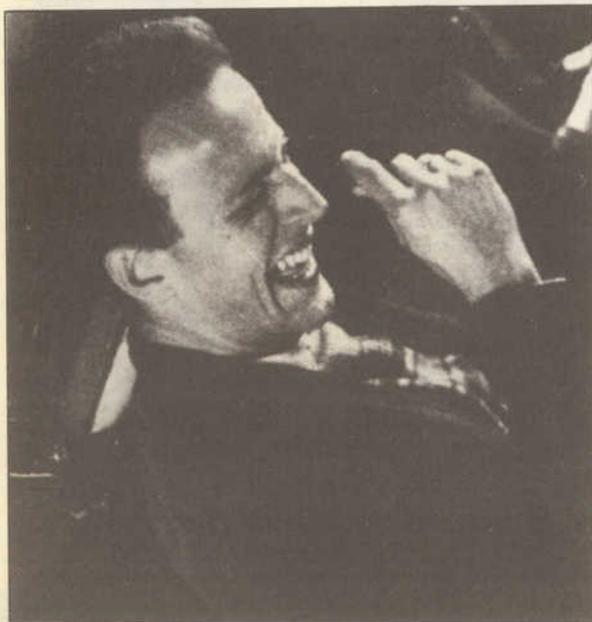


Selección y notas: Sergio S. Olguín

Durante 1991 el mundo se conmovió por tres episodios: la Guerra del Golfo, el desmembramiento de la entonces Unión Soviética y el auge de Boris Vian en todas partes. De los dos primeros hechos ya se ocuparon profusamente los demás medios, así que trataremos de dar cuenta del tercero. En octubre del año pasado, la casa discográfica Polygram editó en seis discos compactos y casetes toda la obra musical de Vian, incluyendo numerosos inéditos, bajo el título de "Boris Vian y sus intérpretes". El mismo mes apareció también en París una recopilación de su obra que incluye seis novelas, nueve relatos, dos obras teatrales, diecisiete poemas, veintidós canciones y muchos de sus artículos sobre jazz. La edición es presentada y anotada por un estudioso de la obra de Boris, Gilbert Pestureau. Además, durante todo 1991, sobrevivió esta publicación que algo tiene que ver con el francés de aire eslavo.

Más allá de la exageración del comienzo, el "fenómeno Vian" existe tanto aquí como en otras parte. Pocos escritores de cualquier época han despertado tanta pasión como Boris. Pocos se mantienen tan actuales como él: sus ficciones, sus canciones, su espíritu polémico son el espejo en el que se mira parte de una genera-

En este informe especial presentamos el testimonio de otros creadores que lo conocieron. Como digno broche de oro publicamos un cuento inédito en lengua española. En los próximos números seguiremos con más material desconocido del Sátrapa Mayor.



Boris Vian, el transformista

por Raymond Queneau*

Boris Vian es un hombre instruido y bien educado, salió de la Central(1), que no es poco, pero esto no es todo.

Boris Vian tocó la trompetita como nadie, fue uno de los renovadores en Francia de los boliches jazzeros, defendió el estilo Nueva Orleans pero esto no es todo.

Boris Vian defendió también el bibop, pero esto no es todo.

Boris Vian tuvo que comparecer ante la justicia de los hombres por haber escrito *Escupiré sobre tus tumbas*, bajo el nombre de Vernon Sullivan, pero esto no es todo.

Boris Vian escribió otros tres seudopérfagos; pero esto no es todo.

Boris Vian tradujo verdaderos escritos norteamericanos, auténticos absolutamente, y así mismo con dificultades de lenguaje que no se puede creer, pero esto no es todo.

Boris Vian escribió una pieza de teatro, *El descuartizamiento para todos* que fue interpretada por verdaderos actores sobre un escenario verdadero... pero esto no es todo

Boris Vian es uno de los fundadores de una de las sociedades más secretas de París, el Club de los Saviantureros(2), pero esto no es todo.

Boris Vian escribió hermosos libros, extraños y patéticos, *La espuma de los días*, la más desgarradora de las novelas de amor contemporáneas, *Las hormigas*, el más terminante de los relatos escritos sobre la guerra, *El otoño en Pekín*, una obra difícil e ignorada, pero esto no es todo.

Ya que todo esto no es nada todavía: Boris Vian va a convertirse en Boris Vian.

*(novelista, poeta, patafísico), prólogo a la edición original de *El arrancacorazones*.

(1) La Escuela Central de Artes y Manufacturas. Vian ingresó por concurso a fines de 1939. Allí conoció a su primera "novia oficial", Monette, y con sus compañeros de la Central se fue por primera vez solo de vacaciones. En junio de 1940, luego del desastre de la armada francesa frente a los alemanes, la escuela cerró y Boris se largó a la ruta en bicicleta.

(2) El "Club de los Saviantureros" (Savanturiers) lo fundaron Boris y Queneau el 26 de diciembre de 1951 y fue formado en Sociedad de Hipertética en 1953. Tenía la misión de promover la ciencia ficción en Francia.

Bendición para Boris Vian

por Jean Cocteau*

Boris Vian acaba de darnos, con *El descuartizamiento para todos*(1), una pieza explosiva, tan solitaria en su época confusa como lo fueron en la suya *Las tetas de Tiresias* de Guillaume Apollinaire y mis *Novios de la torre Eiffel*. Esta pieza, o ballet vocal, es de una insolencia exquisita, ligera, pesada, parecida a los ritmos sincopados de los cuales Boris Vian posee el privilegio.

A menudo estamos en el centro del tiempo, es ese minuto en que el tiempo no existe más, donde los actos pierden su sentido en el medio inmóvil del ciclón, es ese lugar donde el presente y el futuro se trezan como una vieja cuerda.

Y la risa estalla donde estalla la bomba, y la bomba estalla de risa, y el respeto que se tiene ante las catástrofes estalla también, a la manera de una pompa de jabón.

Actores jóvenes, alegres, muy ocupa-

dos en los bastidores vistiéndose de alemanes, de norteamericanos, de F.F.I. (2), de paracaidistas, cruzan el escenario, caen en la parte superior, suben escaleras que no conducen a ninguna parte, se sacuden unos a otros, se mezclan y se aíslan, en un vacío lleno hasta el borde.

Nada más grave que esta farsa que no lo es y lo es, teniendo a la vista lo que se nos obliga a tomar como serio y no lo es, salvo por la muerte de nuestros camaradas y la certidumbre de que el fin de esta farsa sombría no es más que el cansancio y un corto alto necesario para tomar aliento y volver a comenzar lo más rápido posible.

Sí, he aquí lo que un hombre hábil para soplar en la trompeta, o mejor: de dar la forma de una trompeta a su soplo. He aquí, me dije, lo que un hombre extenuado de los ritmos nos arroja a la

cara, como en una infecta batalla de flores.

Una buena empresa de propaganda para nosotros, los pobres tipos, capaces solamente de oponer el singular al plural y de ser todavía libres en un mundo donde la libertad perdió el rumbo y ya no se la usa más.

Este texto apareció, con este título, el 3 de mayo de 1950 en la revista "Opera".

*novelista, dramaturgo, director de cine.

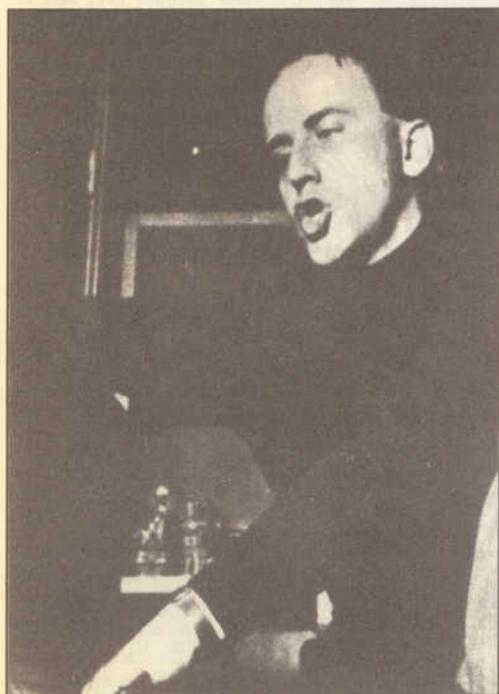
(1) La obra tiene como tema el desembarco de los Aliados en territorio francés durante la Segunda Guerra Mundial. A poco de su estreno fue acusada de antipatriótica (para una lectura del teatro de Vian ver el número dos de esta publicación).

(2) Iniciales de Fuerzas Francesas del Interior que reunía en parte a la resistencia francesa durante la ocupación nazi.

Boris Vian cantante

por Georges Brassens*

Boris en su casa componiendo y desafinando



Boris Vian es uno de esos aventureros solitarios que se lanzan impetuosamente al descubrimiento de un nuevo mundo en la canción. Si las canciones de Boris Vian no existieran, nos faltaría algo.

Ellas contienen ese no-sé-qué de irremplazable que hace al interés y a la oportunidad de toda obra artística.

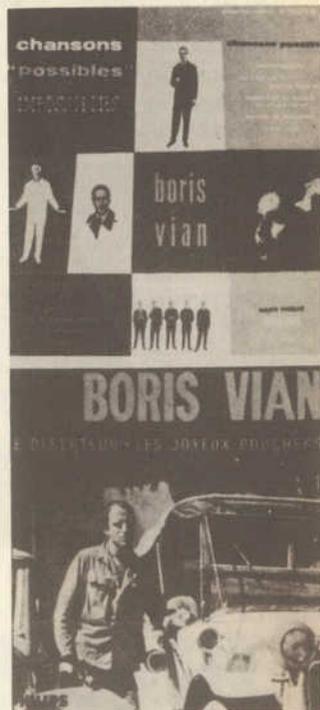
Escuché decir a algunos que a ellos esto no les gusta.

¡Problema para ellos!

Llegará un tiempo, como dijo otro, donde los perros necesiten de su cola y todos los públicos de canciones necesiten a Boris Vian.

Texto aparecido en el sobre del disco de Vian, *Canciones posibles e imposibles*, 1955.

*poeta, cantante.



Tapas de su disco "Canciones posibles e imposibles", grabado en cuatro días en 1955.

Vian
V de Vian 25

Un pasaje al paraíso

por Pierre Kast*

Los horarios del tren para la inmortalidad varían. No se reservan pasajes. En el andén, los gozadores y santurriones vieron cómo subía Vian. Los que decían "es un farsante", los que decían "es un escándalo" y escupían sobre su tumba. Sus novelas, las que aparecieron con su nombre verdadero, tuvieron pocos lectores. Y hoy, veintitrés años después de su muerte, un cuarto de siglo, una prodigiosa carrera postuma. Ediciones, libros, tesis. Inéditos. Se está hasta en los carnets de la lavandería de Stendhal, otro viajero del mismo tren.

Mejor. Vian atravesó, en esta "vida postuma" tan bien descrita por Samuel Butler, una barrera más. El alcanzó al mito. Le consentimos tanto como lo que nos dá. Placer. Miramos todo esto con alegría. La buena conciencia de que se dijo, "yo tenía razón". Y la satisfacción de quien jugó un billete ganador a la lotería, de quien acertó un pleno en la ruleta.

Sentémonos en uno de esos bancos de viaje, a mitad de camino de la ascensión, y miremos para atrás. El orden, todo orden, todos los órdenes, (los tabús, las jerarquías, los valores agrídulces y seguros) no sólo son impugnados sino también barridos. Las falsedades religiosas e ideológicas, los pudores puritanos, Las limosnas políticas: adiós a todo. Quizás haya pasajes en la otra orilla de la laguna Estigia(1). Algunos de mis amigos toman de la laguna, en pequeños sorbos, un coc-

tel de estrellas. Ellos conversan. Ellos deben conversar. Les encanta conversar. Preston Sturges, Jean Gremillon, Henri Langlois, Roger Vailland, Queneau. Y Boris. El se encontraba en diferentes y variados estados del desconocimiento. Emergen. Giraudoux y Valery que conocían sólo una sección hablaron, creo, del purgatorio. Me divierto con algunos desconocidos celebres. Larbaud, Meredith. Me siento raro, volviendo a este cuarto de siglo, al descubrir a Boris entre ellos. Lo he conocido más tiempo en esta segunda vida que en su primera. Lo veo. A veces. Seguido.

Es la fantasía, como se dice en música (esa sonata del viejo Ludwing "Quasi una fantasía"). Si, una fantasía. El sueño de otra lógica. Hola Aristóteles, buendía Korzybski... Si la literatura no fuera racista, y sobre todo los literatos, la ciencia-ficción no sería tratada como una subliteratura para subdesarrollados, en suma, autores, amadores, lectores, mezclados.

Sturgeon, Simak, Asimov, Van Vogt, Herbert, Farmer, Dick, Brunner, Aldiss, Moorcock, diablos, diablos. Vian supo, sabía, sabrá, que estos, son grandes autores de grandes obras maestras y bien que viajan en primera en este famoso tren.

Curioso, doctor Pavlov, no llego a

pensar en Boris sin que se lance el disparador: la ciencia-ficción.

La imaginación, cierto, pero sobre todo lo imaginario en el conjunto de la lógica. Una forma refinada de esperanza en el seno de una desesperanza crítica. Cambiar de lógica como se practica el cambio standard de un motor gastado.

Para terminar, no es de casualidad que Vian haya amado tanto los trabajitos de lógica del reverendo Dodgson. Parece se que la lógica carrolliana no está hecha para servir. Es lo que se dice de la poesía. Por otra parte, ya se sabe, los poetas son gente rara.

Texto aparecido en *Magazine littéraire* en marzo de 1982

* director de cine, integrante de la revista *Cahiers du Cinema*, uno de los mejores amigos de Vian en sus últimos años. Kast, llamativamente, no había llevado a la pantalla ninguna obra de Vian. Lo hizo recién en 1984 con una adaptación de *La hierba roja* para la televisión francesa. Ese mismo año murió.

(1) Según la mitología griega, laguna que rodeaba el infierno. Quien se bañaba en su agua, como lo hizo Aquiles, se volvía invencible.

Boris al volante de un Morgan. Su primer auto fue un BMW. También tuvo un Brazier modelo 1911 con el cual recorrió toda Francia a 40 Km/h.



La música ante todo

por Georges Delerue*

Conocí a Boris Vian bastante tarde, en 1953, en el marco del Festival de Caen. Jo Trehard preparaba la puesta de su enorme pieza *El caballero de la nieve*, espectáculo del cual yo era el encargado de escribir la música, y nos habíamos encontrado para mantener ciertas querellas de estilo medieval.

En ese momento, Marcel Lamy, director del teatro de Nancy me telefonó para hacerme saber que desearía poner en escena aquella pieza extraordinaria. El nos pidió, a Boris y a mí, que la transformáramos en ópera en el más breve tiempo. Por una parte, Vian tenía deseos, desde hacía mucho, de escribir una

obra lírica. Y aprovechó la ocasión. Se sabe que Boris tenía la costumbre de trabajar con una rapidez loca. Quince o veinte días más tarde había sacado de la pieza un libreto de ópera que allanaba totalmente todas mis preocupaciones. Como yo, el quería que la obra fuera muy vivaz (como si fuera cine), muy espectacular, que tuviera una resonancia moderna. Pero para nosotros no se trataba de revolucionar las estructuras de la ópera. Jugábamos a jugar. Boris había integrado al espectáculo partes mimadas, ballets, grandes escenas y grandes climas...

Me acuerdo de las conversaciones que teníamos sobre música.

Lo más sorprendente: Boris tenía gran conocimiento de toda la música, tanto la antigua como la moderna, y sentía un afecto muy particular por la lírica; le encantaba el ritmo, la melodía, el color, la vida. Un signo muy claro de sus gustos en la materia era la adoración que tenía por Bartok. Los dos compartíamos la pasión por *Wozzeck* de Alban Berg. Por el contrario, Era reticente a la mirada de los teóricos de la música serial, como Schonberg por ejemplo. En el terreno musical era exactamente lo contrario del científico que se conocía en una parte de su vida.

El hombre era un personaje explosivo, un romántico moderno, de una gentileza profunda con sus amigos. Por supuesto,

Boris podía llegar a mostrarse muy hijo de puta con la gente que buscaba atropellarlo y maltratarlo... Pero, en el fondo, cuando abandonaba ese tono un poco cínico que usaba en defensa propia, era un muchacho de una ternura como no se conoce otro.

Hoy, se ha vuelto el guía de todo un público pero ya en vida era, para nosotros, un guía, un catalizador. Ahora que no está tendríamos mucha necesidad de un Boris Vian para poner en claro un cierto número de falsos valores que como una pinchadura de aguja podría desinflar. Boris había sabido preservar

la efervescencia de sus dieciocho años, no podía envejecer. Aunque sea cruel decirlo, yo me pregunto si él no se mató trabajando para, justamente, morir al borde de los cuarenta años.

Publicado en el *Magazine Littéraire*, abril de 1968

*Músico de películas, mas de cien en total desde *Un amor de bolsillo* (1957), dirigida por Pierre Kast y en la que actúa Boris Vian.

Boris junto a su primera esposa Michelle y el hijo de ambos, Patrick.



Haciendo memoria

El cuento que publicamos en las páginas siguientes forma parte de un tríptico de cuentos, *Les Lorettes furrés*, que en la edición francesa aparece acompañando *La hierba roja* mientras que no se encuentra en ningún libro traducido al español. "Le rappel", tal su título original, se mantuvo inédito hasta 1962. Algunos aseguran que lo escribió hacia 1949 por algunas semejanzas, justamente, con *La hierba roja*. Otros, debido a las referencias a Estados Unidos, sitúan su escritura durante el período "Sullivan" (1946/47). El cuento tuvo también otro título: "Empire State", y en uno de los borradores aparece esta dedicatoria: "A Duke Ellington por su *Riminscing in Tempo*". Cuando Jean Jacques Pauvert decidió rescatar la obra de Vian recurrió a "L'Express", una de las revistas más prestigiosas de Francia, donde se eligió este texto para su publicación. Con "Le rappel" comenzó la reivindicación estética de Vian. Apareció en la edición del 26 de julio de 1962.

Vian
V de Vian 27

Haciendo memoria

Boris Vian

Traducción: Karina Galperín.

I

El tiempo estaba agradable. Cruzó la trigésimo primera calle, caminó dos cuadras, pasó el negocio rojo y, veinte metros más lejos, entró en la planta baja del Empire State por una puerta secundaria.

Tomó el ascensor directo hasta el piso ciento diez y terminó de subir a pie por la escalera exterior, la de hierro; eso le daría tiempo para pensar un poco.

Había que tener cuidado de saltar lo suficientemente lejos como para no ser empujado por el viento contra el frente del edificio. De todas maneras, si no saltaba demasiado lejos, él podría aprovechar para mirar, de paso, las casas de la gente; es divertido. A partir del piso ochenta hay tiempo para tomar un buen envión.

Sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos, a uno lo vació de tabaco, tiró el papel liviano. El viento estaba bien, cruzaba la fachada. Su cuerpo se desviaría, como máximo, dos metros.

El aire cantó en sus orejas y él se acordó de esa taberna, cerca de Long Island, en el lugar en donde la ruta hace un codo cerca de una casa de estilo virginal. Estaba tomando petruscola con Winnie en el momento en que el muchacho entró con la ropa un poco floja alrededor de su cuerpecito musculoso, con el cabello rubio y con ojos claros, bronceado, sano, no demasiado atrevido. Se había sentado delante de un helado de crema más alto que él y lo había comido. Al final, había salido de su vaso un pájaro de esos que raramente se encuentran en aquellos lugares, un pájaro amarillo con un pico grueso y encorvado, ojos rojos delineados en negro y las plumas de las alas más oscuras que el resto del cuerpo.

Volvió a ver las patas del pájaro con anillos amarillos y marrones. Todo el mundo, en la taberna, había dado dinero para el ataúd del muchacho. Un muchacho simpático. Pero el piso ochenta se acercaba y él abrió los ojos.

Todas las ventanas habían quedado abiertas en ese día de verano, el sol daba de lleno en la valija abierta, el armario abierto, las pilas de ropa que se preparaban para que las pasasen de segunda a primera. Una partida: los muebles brillaban. En esa estación, la gente se iba de la ciudad. En la playa de Sacramento, Winnie, con malla negra, mordisqueaba un limón dulce. Sobre el horizonte, un pequeño velero se acercaba, resaltaba entre los demás por su resplandeciente blancura. Se empezaba a percibir la música del bar del hotel. Winnie no quería bailar, esperaba broncearse completamente. Su espalda brillaba, lisa, untada con aceite, bajo el sol; a él le gustaba verle el cuello desnudo. Ella se dejaba siempre el cabello suelto, sobre la espalda. Tenía un cuello muy firme. Sus dedos se acordaban de la sensación que dan los cabellos livianos que no se cortan nunca, finos como los pelos de adentro de las orejas de los gatos. Cuando uno roza lentamente su cabello, detrás de sus orejas, se tiene en la cabeza el ruido de las olas sobre pequeñas piedritas todavía no transformadas del todo en arena. A Winnie le gustaba que le agarraran el

cuello con el pulgar y el índice, por atrás. Ella enderezaba la cabeza frunciendo la piel de su espalda, y los músculos de sus nalgas y sus muslos se endurecían. El pequeño yacht blanco seguía acercándose, después abandonó la superficie del mar, subió en dulce pendiente hacia el cielo y desapareció detrás de una nube exactamente del mismo color.

En el piso setenta se escuchaba un murmullo de conversación que venía de los sillones de cuero. El humo de los cigarrillos lo rodeaba con un olor complejo. En la oficina del padre de Winnie había el mismo olor. El no dejaría decir ni una palabra. Su hijo no era uno de esos muchachos que se van a bailar de noche en lugar de frecuentar los clubes del Y.M.C.A. Su hijo trabajaba, había estudiado ingeniería y ahora debutaba como obrero, y lo haría pasar por todos los talleres para que aprendiera a fondo el oficio y pudiera comprender y dirigir a los hombres. Winnie, desgraciadamente, un padre no puede ocuparse como quisiera de la educación de su hija, y su madre era demasiado joven; pero ésa no es razón porque a ella le gusta seducir como a todas las muchachas de su edad para... ¿Usted tiene dinero? Ya viven juntos... Me da lo mismo, esto ya duró demasiado. La ley americana castiga, felizmente, ese tipo de cosas y gracias a Dios yo tengo el suficiente apoyo político como para ponerle fin a... ¡Comprenda, yo qué sé de dónde salió usted!...

El humo de su cigarrillo, apoyado sobre el cenicero, subía mientras él hablaba. El humo tomaba en el aire formas caprichosas. Se acercaba a su cuello, lo rodeaba, lo abrazaba, y el padre de Winnie parecía no verlo; y cuando el rostro azulado tocó el espejo de la gran oficina, huyó ya que seguramente lo acusarían a él de haberlo matado. Y ahora bajaba; el sesenta no ofrecía nada interesante a los ojos para ver... una habitación de bebé crema y rosa. Cuando su madre lo castigaba, era ahí donde él buscaba refugio, entreabría la puerta del armario y se deslizaba hacia adentro por entre la ropa. Una vieja caja de metal en la que alguna vez se había guardado chocolate le servía para esconder sus tesoros. Se acordaba del color naranja y negro y de un chanchito naranja que bailaba tocando la flauta. En el armario se estaba bien, salvo hacia la parte alta, entre la ropa colgada, no se sabía qué era lo que podía vivir en ese negro, pero a la más mínima señal bastaba con empujar la puerta. Se acordaba de una bola de vidrio dentro de la caja, una bola con tres espirales naranja y tres espirales azules alternados; del resto no se acordaba. Una vez que estaba muy enojado había roto uno de esos vestidos que su mamá nunca volvía a colocar en su lugar y que ponía en el placard de él porque en el suyo ya tenía demasiados. Winnie se reía tanto, su primer baile de noche juntos, él creía que su vestido estaba roto. Tenía un tajo desde la rodilla hasta el tobillo y solamente del lado izquierdo. Cada vez que ella caminaba avanzando con esa pierna, las cabezas de los otros tipos se daban vuelta para seguir el movimiento. Como de costumbre, venían a invitarla cada vez que él se iba al mostrador a buscarse un vaso de algo fuerte, y la última vez su pantalón había empezado a encojarse hasta evaporarse, y él se encontraba con las piernas

Ficción

28 V de Vian

desnudas en calzoncillos, con un smoking corto y la carcajada atroz de esa gente, y había desaparecido en búsqueda de su auto. La única que no se había reído era Winnie.

En el piso cincuenta, la mano de la mujer de uñas laqueadas descansaba sobre el cuello del saco de espalda gris y su cabeza estaba dada vuelta hacia la derecha sobre el brazo blanco que terminaba en la mano. Era morocha. De su cuerpo, disimulado por el del hombre, no se veía más que una línea de color, el vestido de seda estampado, claro sobre fondo azul. La mano nerviosa contrastaba con el abandono de la cabeza, de la mata de cabellos desparramados sobre el brazo. Sus manos se impacientaban sobre los senos de Winnie, pequeños, poco abultados, carnosos, inflados con un fluido vivo, con qué comparar esa sensación, ninguna fruta puede darla, las frutas no tienen esa ausencia de temperatura propia, una fruta es fría, esa perfecta adaptación a la mano, su punta un poco más dura encajaba exactamente en la base del índice y del medio, en el huequito de su carne. A él le gustaba que vivieran bajo su mano, hacer ejercer una suave presión de derecha a izquierda, de la punta de los dedos a la palma, e incrustar estrechamente sus falanges separadas en la carne de Winnie hasta sentir los tubos transversales de las costillas, hasta hacerle morder en represalia primero el hombro derecho, el izquierdo. A él no le quedaban cicatrices, ella detenía siempre el juego y pasaba a caricias más apacibles, que le dejaban a las manos esas ganas indispensables de abrazar, de hacer desaparecer entre las palmas cerradas esos absurdos avances de carne, y a los dientes ese amargo deseo de masticar sin fin esa flexibilidad nunca antes probada, como se masticaría una orquídea.

Piso cuarenta. Dos hombres parados delante de un escritorio. Atrás, otro, lo veía de espaldas, sentado. Estaban todos vestidos con sarga azul, camisas blancas, eran macizos, estaban arraigados a la alfombra beige, salidos del suelo, delante de ese escritorio de caoba, tan indiferentes como si estuvieran delante de una puerta cerrada... la suya... Quizás lo esperaban en ese momento, él los veía subir por el ascensor, dos hombres vestidos con sarga azul, peluquín negro, indiferentes, quizás con un cigarrillo entre los labios. Golpearían, y él, dentro del baño, dejaría el vaso y la botella, daría vuelta, nervioso, el vaso sobre el estante de vidrio (y se diría que eso no es posible, que ellos no saben todavía) ¿lo habían visto? (y daría vueltas dentro de la habitación sin saber qué hacer, si abrirles a los hombres de ropa oscura que estaban detrás de la puerta o buscar la forma de escaparse) y daba vueltas alrededor de la mesa y miraba para todos lados, inútil escaparse, quedaba Winnie sobre todas las paredes, sobre todos los muebles, seguramente comprenderían, estaba la foto de Winnie en un marco de plata sobre la radio, Winnie, con el cabello suave, con una sonrisa en los ojos (su labio inferior era un poco más fuerte que el otro, tenía labios redondos, salientes y lisos, los mojaba con el borde de su lengua puntiaguda antes de fotografiarse para crear ese brillante resplandor que tienen las fotos de las vedettes) se maquillaba, se pasaba rouge sobre el labio superior, mucho rouge, cuidadosamente, sin tocar el otro labio, y después movía la boca y el labio superior se calcaba sobre el otro, su boca barnizada de frescura como una bahía de acebo, y su labios resultaban el uno del otro, se completaban perfectamente, eran de esos labios que dan a la vez ganas y miedo de rayar su superficie, lisa como un punto brillante. Contentarse en ese momento con besos ligeros, una espuma de besos apenas rozados, saborear en seguida el gusto fugitivo y delicioso del rouge perfumado (después de todo, era la hora de levantarse de todas maneras, ya la abrazaría otra vez más tarde), los dos hombres que lo esperaban en la puerta... y por la ventana del piso treinta, vio sobre la mesa una estatua de un caballo, un precioso caballito blanco de yeso sobre un zócalo, tan blanco que parecía desnudo. Un *Caballo Blanco*. El prefería el *Paul Jones*, lo sentía latir sordamente en el hueco de su vientre, enviar sus ondas benéficas (el tiempo exacto para

vaciarse la botella antes de escaparse por la otra escalera). Los dos tipos (¿habían venido en realidad esos dos tipos?) debían estar esperándolo delante de la puerta. El, lleno de Paul Jones (buen chiste). ¿Golpear? Quizás era la negra que limpiaba la habitación... ¿Dos tipos?, qué idea. Los nervios basta calmarlos con un poco de alcohol (agradable paseo, la llegada al Empire State) Tirarse desde arriba. Pero no perder el tiempo (el tiempo está precioso). Winnie había llegado tarde al principio, eran solamente besos, caricias sin importancia. Pero el cuarto día, ella era la primera en estar esperándolo, él había preguntado por qué, burlonamente, ella enrojecía, eso tampoco había durado, y era él el que había enrojecido con su respuesta una semana más tarde. ¿Y por qué no continuar así, ella quería casarse con él, él también quería, sus padres podrían entenderse? Seguramente no, cuando él había entrado en el escritorio del papá de Winnie, el humo del cigarrillo había estrangulado al padre de Winnie. Pero la policía no quería creerle, era la negra o los dos tipos de traje oscuro, fumando quizás un cigarrillo, después de haber tomado Caballo Blanco tirando al aire para asustar a los búfalos, y después atraparlos con un lazo de punta dorada.

Se olvidó de abrir los ojos en el piso veinte y se dio cuenta recién tres pisos más abajo. Había un plato sobre una mesa y el humo circulaba verticalmente dentro del pico de la cafetera; entonces se detuvo, puso orden en su ropa, ya que su saco estaba todo subido y dado vuelta por los trescientos metros de caída; y entró por la ventana abierta.

Se dejó caer en un gelatinoso sillón de cuero verde, y esperó.

II

La radio tarareaba secretamente un programa de variedades. La voz contenida y modulada de la mujer pudo renovar un viejo tema. Eran las mismas canciones que antes, y la puerta se abrió. Una joven entró.

No pareció sorprenderse de verlo. Llevaba puesto un pijama de seda amarilla, con una bata de la misma seda, abierta adelante. Estaba un poco bronceada, sin maquillaje, no especialmente linda, pero tenía tan buen cuerpo.

Fue hacia la mesa, se sentó y se sirvió café, leche, después una porción de torta.

-¿Quiere? propuso.

-Con mucho gusto.

Se levantó a medias para recibir la taza llena que ella le tendía, de porcelana china, liviana, mal equilibrado bajo la masa de líquido.

-¿Una porción de torta?

El aceptó, comenzó a beber a tragos lentos, masticando las uvas de la torta.

-¿De dónde viene usted?

Dejó la taza vacía sobre el plato.

-De allá arriba.

Señalaba la ventana con un gesto vago.

-Es la cafetera la que me detuvo, salía humo.

La muchacha estuvo de acuerdo.

Toda amarilla, esta muchacha. Los ojos también amarillos, los ojos bien separados, un poco estirados hacia las sienes, quizás simplemente su forma de depilarse las cejas. Probablemente. Boca un poco grande, cara triangular. Pero una figura maravillosa, como un dibujo de revista, los hombros largos y los senos altos, con caderas (para disfrutar sin pausas) y piernas largas.

El Paul Jones, pensó. Ella no es realmente de esa manera. Algo así no existe.

-¿No lo puso de mal humor todo el tiempo que le llevó venir? -preguntó.

-No... Vi un montón de cosas.

-¿Un montón de cosas de qué tipo?...

-Recuerdos... -dijo él-. Dentro de las habitaciones, a través de las ventanas abiertas.

-Hace mucho calor, todas las ventanas están abiertas, dijo ella suspirando.

-Miraba cada diez pisos, pero no pude ver el piso veinte. Prefiero así.

-Hay un pastor... joven, robusto y fuerte... ¿Se da cuenta de qué tipo?...

-¿Cómo puede saberlo usted?..

Se tomó un tiempo antes de responder. Sus dedos con uñas doradas enrollaban maquinalmente el cordón de seda de su amplio deshábille amarillo.

-Hubiera visto, continuó ella, pasando delante de la ventana abierta, una gran cruz de madera oscura sobre la pared del fondo. Sobre su escritorio hay una gran Biblia y su sombrero negro está colgado en un rincón.

-¿Eso es todo? -preguntó él.

-También hubiera visto seguramente otra cosa...

Cuando venía Navidad, siempre había fiestas en la casa de sus abuelos en el campo. Al auto lo guardaban en la cochera al lado del de sus abuelos, un auto viejo, confortable y sólido, al lado de dos tractores con orugas erizadas, llenas de tierra seca y de tallos de hierbas marchitas, trabados entre las articulaciones de las placas de acero. Para esas ocasiones, la abuela preparaba siempre tortas de maíz, tortas de arroz, todo tipo de tortas, buñuelos, también había jarabe de oro, límpido y un poco viscoso, que vertían sobre las tortas, y animales asados, pero él se reservaba para las cosas dulces. Cantaban juntos delante de la chimenea al final de la noche.

-Hubiera escuchado quizás al pastor haciendo repetir su coral -dijo ella.

Se acordaba bien del aire.

-Quizás -estuvo de acuerdo la muchacha. -Es un aire conocido. Ni mejor ni peor que los otros. Como el pastor.

-Prefiero que la ventana del piso veinte haya estado cerrada -dijo él.

-Sin embargo, se acostumbra...

Ella se detuvo.

-¿Ver a un pastor antes de morir? -completó él.

-¡Oh! -dijo la muchacha- eso no sirve para nada. Yo no lo

-¿Para qué sirven los pastores?

Hacía la pregunta en voz baja, para sí mismo; quizás para que ustedes piensen en Dios. Dios no tiene interés en nadie salvo en los pastores y en la gente que tiene miedo de morir, no en los que tienen miedo de vivir, no en los que tienen miedo de otros hombres de ropa oscura, que vienen a golpearte la puerta y a hacerte creer que son la negra de la limpieza o a impedirte que termines una botella de Paul Jones empuzada. Dios ya no sirve para nada cuando se trata de hombres a los que uno les tiene miedo.

-Supongo -dijo la muchacha- que algunas personas no pueden prescindir de ellos. En todo caso son cómodos para la gente religiosa.

-Debe ser inútil ver a un pastor si uno quiere morir voluntariamente -dijo él.

-Nadie quiere morir voluntariamente -concluyó la muchacha. -Siempre hay un vivo y un muerto que lo empujan a uno. Es por eso que necesitamos a los muertos y que los guardamos en

-Eso no es evidente -protestó él.

-¿No te parece evidente? -preguntó ella dulcemente.

Se hundió un poco más en el sillón verde.

-Me gustaría tomar otra taza de café -dijo él.

Sentía la garganta un poco seca. No eran ganas de llorar, era algo diferente, pero también con lágrimas.

-¿Quiere algo un poco más fuerte? -preguntó la muchacha amarilla.

-Sí, me gustaría mucho.

Ella se levantó, su deshábille amarillo brillaba en el sol y entraba en la sombra. Sacó de un bar de caoba una botella de Paul Jones.

-Deténgame -dijo ella...

-Así...

La detuvo con un gesto imperativo. Ella le tendió el vaso.

-Usted -dijo- ¿usted miraría por las ventanas mientras baja?

-No tendría necesidad de mirar -dijo la muchacha- en todos los pisos hay lo mismo y yo vivo en esta casa.

-No hay lo mismo en todos los piso -protestó él- yo vi cosas diferentes cada vez que abrí los ojos.

-Es el sol que lo hacía confundirse.

Ella se sentó cerca de él en el sillón de cuero y lo miró.

-Todos los pisos son iguales -dijo.

-¿Hasta abajo hay siempre lo mismo?

-Hasta abajo.

-¿Quiere decir que si me hubiera detenido en otro piso, la hubiera encontrado a usted?

-Sí.

-Pero no era en absoluto parecido... Había cosas agradables, pero otras abominables... Acá es diferente.

-Era lo mismo. Sólo había que detenerse.

-Quizás sea el sol que me hace confundir también en este piso -dijo.

-No puede engañarlo porque yo soy del mismo color que él.

-En ese caso -dijo él- yo no debería verla...

-No me vería si yo tuviera el grosor de una hoja de papel -dijo ella- pero...

No terminó la frase y tenía una ligera sonrisa. Estaba muy cerca de él y él podía oler su perfume, verde sobre sus brazos y su cuerpo, un perfume de pradera y de heno, más malva cerca del cabello, más azucarado y más extraño también, menos natural.

Pensaba en Winnie. Winnie era menos atractiva pero él la conocía mejor. Incluso la amaba.

-En el fondo, el sol, es la vida -concluyó después de un momento.

-¿No es verdad que me parezco al sol así vestida?

-¿Si me quedara? -murmuró él.

-¿Aquí?

Ella arqueó las cejas.

-Aquí.

-No se puede quedar -dijo ella simplemente. -Es demasiado tarde.

Con gran esfuerzo, él se levantó del sillón. Ella puso la mano sobre su brazo.

-Un segundo -dijo.

El sintió el contacto de dos brazos frescos. De cerca, esta vez, vio los ojos dorados, con pintitas de luz, las mejillas triangulares, los dientes brillantes. Durante un segundo, degustó la tierna presión de los labios entreabiertos, durante un segundo tuvo contra sí el cuerpo envuelto en seda resplandeciente y ya estaba solo, ya se alejaba, ella sonreía desde lejos, un poco triste, ella se consolaría rápido, ya se le veían reanimados sus ojos amarillos (él se iba de la pieza, quedarse era imposible) había que empezar todo de nuevo esta vez, no detenerse más en el camino. Volvió a subir hasta lo más alto del inmenso edificio, se lanzó al vacío, y su cabeza fue una medusa roja sobre el asfalto de la Quinta Avenida.

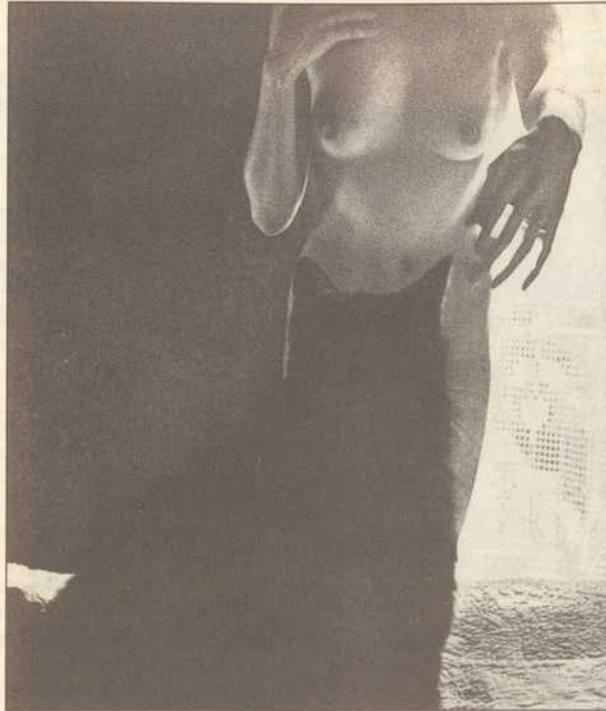
ZOORGASMAGRAMA

(Una pasión zoológica: rockers & mods & gato & reportera)

Hace media hora que tendría que haber comenzado el reportaje y estoy sola en esta mansión. Afuera se trenzan los mods con los rockers y es realmente incomprensible porque esto es Dock Sud y no las playas de Brighton. Supuse que mi escritor era un perro psicótico: me han arrojado a un salón con escudos de armas y hocicos de jabalí. Entregué mi campera de cuero a una mujer con bigotes y cofia de organza blanca. Alguien ha roto un vidrio y yo recuerdo a los "greasers" de *La ley de la calle*. Los han llamado "Vaselinas" en el film de Coppola. Hay tapices con Amazonas 120-60-90 degollando guerreros persas, libros de quiromancia y vudú y un gato color rojo que me miró con pasión montado a un péndulo de oro. De abajo llegan notas de Black Sabbath y esto empieza a parecerse al dibujo animado de *Universo en heavy metal*. Veo un mayordomo con chaqueta de nutria que va y viene con copas de ron. Hay una fiesta en alguna celda de esta casa. Afuera cae una lluvia *Blade Runner* y mi investigado no llega. Bueno, minino, parecen que te excitan mis zapatos rojos. ¿Quién habrá teñido a ese felino? ¿O de alguna glándula le nacen pelos colorados? Este gato es un almohadón de fuego: se ha escapado

de alguna flor del mal de Baudelaire. En la vereda de enfrente hay scooters estacionadas contra un pilón de latas y un mod con saco sin cuello tiene una herida abierta en el hombro: eso parece un charco de salsa de tomate en un film de Brian de Palma. Las plumas de ese sofá parecen tener fiebre. Pero gatito, acabás de arrancarle el talón a mi media. Me calzo de nuevo los zapatos y nadie verá el agujero. Estoy en estado de duermevela. En esta mansión hay incienso soporífero. Estoy en una iglesia y ese gato es Lucifer. La música de Black Sabbath me recuerda la cosmogonía del Walhalla. Las guitarras braman románticas y hay algo así como timbales con un clima 2001, *odisea del espacio*. El minino se me sube a las tripas y con la oreja me dibuja un diablo con tridente en el ombligo. ¿Cómo ha hecho para atarme la blusa a la cabeza a la manera de un turbante? Tengo los pechos a la intemperie y se me han puesto como piedras. Hace dos horas en Almagro un jeep azul sobre Díaz Vélez ostentaba adhesivos de Lethal junto a una calcomanía de la UB (¿trasher de universidad privada?). Chapa número 077498. En este salón la atmósfera es una batalla de pólvora. Un escritor aristócrata emplazado en un bunker de Dock Sud. y tras el vidrio hay escenas robadas de *Quadrofenia*. Oh, que diabólica lengua azul. ¿Será un gato noble?

por Viviana Lysy



Para una biografía detallada de la autora remitirse a la colección "Vidas célebres" (Penguin Books) y al número 3 de esta publicación. Esta portada que alguna vez fue franco-soviética sigue sorprendiendo a sus alumnos de francés con textos como éste.

¿Un taxi/cat del Conde Drácula? El cuerpo se me está tensando como un bastón de roble. Nunca creí en las historias de zoofilia pero empiezo a rezar porque este animal es un amante turco. Ahora soy una gata de lengua azul y mi partenaire desliza saliva con fuerza de calefón bajo mi triángulo obtuso. Si lo dejo seguir llegará al infierno y no hay matafuegos a una milla a la redonda. Ahora un "greaser" de jopo engominado arranca el anorak de un mod y otra vez pelea campal. Me ha hecho crack un fosforazo de placer en la nuca y yo me bajo las medias mientras este engendo de comic criminal me va lamiendo con destreza de guerrilla. Pero esos canas son de acá Dock Sud 1992, un poco mas brutos y feroces que los de Londres '63. Este mamífero debe amar a las periodistas con estilo Agatha Christie. Me abre la blusa sin un solo rasguño y parece decirme: "Recostate, aflojá tus cabellos y pensá que tu pelvis es un tambor Sioux". En el baldío las Vespa son mayoría y arman círculos terribles en torno de tres Harley Davidson. En el Buenos Aires de la miseria las motos brotan como virus. Los mods han salido del *Marquee* y los rockers huyen hacia el muelle. No estoy sangrando ni tengo marcas. Con dos pequeños colmillos el gato rouge hace trenzas en el monte Carmelo. Gira sus patas sobre mi costillas para

no hincar sus uñas. Alguien me ha dado una poción indígena. El gato me lame cada pliegue, escarba los repliegues en busca de un pez/collar y me clava ojos violetas como una lanza envenenada. Luego trepa a los pezones y su cola larga y roja se acomoda en dos o tres parkings. Este ha de ser un gato de laboratorio. Sólo un hombre de sutileza asesina puede hacerme bailar al borde de rejillas de vidrio. En la calle arrasan las piedras y sube una frase de Los Violadores: "Nada ni nadie/ nos puede doblegar/ somos el momento/ y este es el lugar". Esto cantan los *vaselinosos* y también los *Sociedad*: ambos bandos a la yuta. Mi minino cava un túnel bajo los muslos y me arroja boca abajo. Gira su lengua como un lavarropas en torno a mi abismo negro. El demonio soy yo y este gato es Satanás. Mi lengua es un sable en llamas y entono "Simpatía por el demonio" con una boca bien Jagger y una hoguera King Diamond. Mientras el gatos me quiebra la cintura, el mayordomo arroja su chaqueta de nutria y vuelca todo el ron en mi oído. Un poco más atrás, mi escritor va llegando y comienza el reportaje. Por falta de tiempo o de coraje, no he podido acabar. Recuerden el ritmo de "Black dog" de Zeppelin. Es algo así: Batería y grito/ grito y batería/síncopa y contratiempo y el final tarda en llegar.

Ficción
V de Vian 31

Escribir el

C U E R P O

por Graciela Batticuore

Mujer rara

Pronombre enfadoso porque obliga al repliegue o el disfraz. Retórica del silencio o el entredicho para una escritura que no puede evitar la memoria y al mismo tiempo debe conjurar el riesgo de la biografía transgresora: mujer que vive sola, divorcio, hijos ilegítimos.

Juana Manuela Gorriti proporciona un perfil de mujer poco común para los cánones, incluso intelectuales, del siglo XIX. De familia patricia, hija de un general de la independencia, luego esposa del que será presidente de Bolivia, Juana está en la mira pública por la inserción que tiene en la historia argentina y americana.

A los doce años hace a pie su primer viaje, cruzando la frontera de Salta a Bolivia en una caravana de peregrinos que marchan al exilio. Vive en Tarija, donde conoce al Gral. Belzú, con quien se casa en Perú y tiene dos hijas. Al separarse se radica en Sucre, luego en La Paz, en Cochabamba, en Arequipa, en Oruro, en Lima, en Buenos Aires. Tiene escuela, revista y salón literarios, se mantiene.

Escribir y viajar son los hitos principales de su vida, organizan su biografía y describen un perfil de mujer inquieta, inusual, "rara".

"El renombre literario de doña Juana Manuela, de su salón limeño y de su vida novelesca, se esparció desde el Perú a toda la América (...). *El mundo de los recuerdos, La Tierra Natal, Panoramas de la vida, Lo íntimo, Misceláneas.* Basta

anunciar los nombres de estos libros para comprender el género

Gorriti
32 V de Vian

Una mujer del siglo pasado que hizo de la transgresión su estilo de vida. Y de la literatura, su oficio.

a que pertenecen; y al leerlos se comprueba que la señora Gorriti ha sido el más raro temperamento de mujer que ha producido la tierra argentina".

Ricardo Rojas la destaca así en la *Historia de la literatura argentina*, lee su producción literaria bajo el peso de la biografía, a trasluz de su condición de mujer.

Gorriti es consciente de ello, sabe que no responde al mandato del "ángel del hogar". No es modelo de esposa ni de madre. El silencio oportuno es una estrategia de sobrevivencia para la escritora y la mujer: la ficción será una salida prudente para la historia personal. El diario íntimo, que no respeta el calendario, modera la autobiografía, saltea, corta, elude la intimidad de un yo que se desborda.

Mujer extraviada

El destierro es un referente fuerte en la vida de Gorriti, las idas y vueltas consiguientes obligan a la falta de hogar y pueden leerse en su escritura como un movimiento nervioso que denuncia el desarraigo: el deseo constante a lo largo de los años de recuperar "el lugar" donde el yo se reconoce como tal. El exilio define una identidad desde la pérdida: de la casa natal, del paisaje, del barrio y sus vecinos, de la infancia pérdida del "yo".

Por eso entre los caminos y los textos que transita Gorriti, hay una constante: la vuelta al pasado, el fragmento autobiográfico, la necesidad de recuperar el "yo" que se ha quedado en otra parte: "La dicha está siempre lejos", lejos es atrás.

Biografía dispersa

Pero el fragmento es al mismo tiempo un recurso. Fleco romántico en la escritura de Gorriti, tiene no obstante una provocación ambigua: suprime o anticipa, rellena o borra. Es la forma de escritura que le permite la elusión del pasaje narrativo que necesita callar. Dispersa la biografía, obliga al lector a un trabajo de espía: buscar la vida en las ficciones y cuidarse de ella en *Lo íntimo*.

Así por ejemplo, el diario comienza con una evocación de la casa natal que ya había escrito en la biografía de Güemes, inserta por otra parte, en un tomo de ficciones.

Gorriti descompone los géneros y desarma la cronología. La repetición y el fragmento le permiten construirse como personaje romántico: el dolor y el sufrimiento serán tópicos, la táctica es la minusvalía.

El diario íntimo, no la autobiografía, rescata una forma de escritura que el siglo tolera para la mujer, aunque sólo como práctica solitaria, especular, destinada a ella misma. Pero Gorriti es escritora y publica.

A la publicidad a que su profesión la expone, se suman los riesgos de la escritura, que no es lírica, por ejemplo.

Si como afirma Sidonie Smith¹, la autobiografía es un género endocéntrico, que tiene su origen en una tradición masculina de un discurso destinado a la vida pública, la mujer que incursiona en ella, debe caer en una "aventura plusiva": silencia la parte de sí misma que la identifica con su madre -es decir con su experiencia de mujer-. Se acomoda al discurso masculino y borra la diferencia.

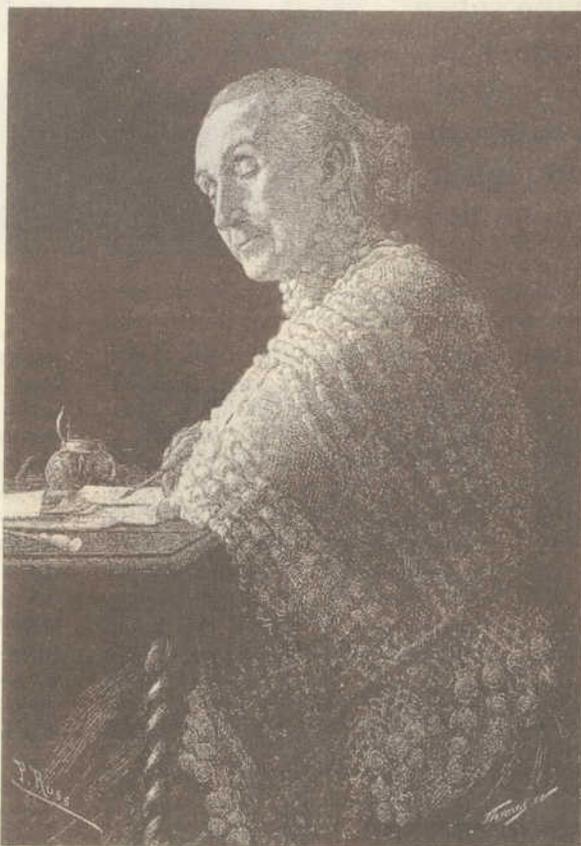
Esto vale para Juana, que encoge el cuerpo en la escritura, recorta su "yo" enfadoso de mujer y lo fragmenta.

Hombres que prologan

La poética del lamento y la negación, el tópico de la vida tempestuosa, son a tal punto eficaces que sus amigos y discípulos pueden proponerla como modelo: compararlas por ejemplo en sus *Veladas Literarias* con la condesa de Lemú, proclamarla como la Mme. de Sevigné argentina.

Pero ser modelo intelectual no siendo ejemplo de mujer, no sería posible si no estuviera autorizada por el discurso masculino. Su escritura está a tal punto atravesada por él, que todos los textos de Gorriti están prologados por varones: Ricardo Palma, Pastor Obligado, Santiago Estrada, Abelardo Gamarra, son algunos de los nombres que garantizan con su firma la escritura que presentan.

Tres argumentos justifican la maestría de Gorriti, y una premisa común: "la vida privada debe ser amurallada". Pacto de silencio sobre los ilícitos. No hay biografía para la relación con Belzú o sus amantes. Se expulsan las transgresiones y se rescatan los valores. Recorte y fragmento especular.



Juana Manuela según T. del Castillo

Tres argumentos

"En sus salones de Lima y Buenos Aires, se respiró siempre el ambiente sereno y perfumado de la casa solariega y aristocrática en que nació. (...) para mí, aristocracia es sinónimo de superioridad moral e intelectual". Así prologa Santiago Estrada *La Tierra Natal*. Gorriti está autorizada por la clase a la que pertenece: la aristocracia argentina, el patriado. El nombre del padre garantiza su moral y su prosapia, legitima las carencias y repara y salva lo que su ex-

periencia de mujer transgresora que no hace honor a su clase, arriesga. Su nombre remite a una clase, ella es la portadora espiritual de una propiedad perdida. Incluso su escritura estaría comprometida con la causa paterna y el discurso masculino: "esos renglones ostentan la gallardía de la lengua de nuestros antepasados", agrega Estrada.

El discurso moralizante y religioso es la segunda virtud que resaltan los biógrafos. La cuota doloroso-cristiana que aporta la biografía la santifica: "La escritora no olvida a la mujer: la literata recuerda siempre que es cristiana; y por eso sus novelas son siempre recreativas, morales, pueden sin recelo ponerse en manos de las vírgenes y entrar por la puerta principal en el hogar y la familia que más dada sea a la práctica de la virtud".

Aunque los personajes, sobre todo femeninos de los relatos de Gorriti no respondan en nada a la sencilla ejemplaridad a que los confinan. El esfuerzo de F. Sosa por cerrar esos textos bajo una crítica que ignora su trama y su escritura, tiene por objeto salvar la virtud del autor-mujer. Se suma, a su manera, al pacto común.

Pero el dato fuerte, el elemento concluyente y reparador es el silencio mismo, la omisión del cuerpo en la escritura. "Llama la atención, cuando se estudian los numerosos escritos de la señora Gorriti, ver cómo en ellos no procura, sino por el contrario, evita, hablar de sí misma. Es un hecho perfectamente demostrado que la mujer que se dedica a la literatura con muy contadas excepciones, se hace fastidiosa e intolerable por su afán de pregonar la excelsitud del ingenio femenino, volviendo por los fuegos, que ningún pensador ultraja de las mujeres, y enumerando, venga o no al caso, a las que desde la antigüedad más remota hasta nuestros días han adquirido alguna celebridad".

La mujer que escribe debe silenciar su identidad, callar el sexo, imitar el decir masculino. En una palabra, ser otro: varón.

Política del fragmento y retórica del disfraz son las tácticas de resistencia de Gorriti, alerta siempre a una máxima que esgrimirá en *Lo íntimo*: "Nada hay más despiadado para una mujer, como su sexo".

1. Smith, Sidonie. *A poetics of women's autobiography*. Indiana University Press, 1987.

El miedo de

Stephen King

por Eduardo Hojman

Un escritor que escribe sobre otros escritores desde el terror. Miedos, culpas y otras cositas de Stephen King, un señor que se ha hecho millonario alimentando el pánico ajeno.



Después de sostenerse a duras penas vendiendo unos cuentos a revistas "para adultos", Stephen King consiguió dos mil quinientos dólares por el anticipo del manuscrito que había entregado. La novela, que trataba sobre una adolescente con poderes telekinéticos y un resentimiento letal contra las autoridades y compañeros del secundario, se llamaba *Carrie*. Con esa plata pudo aguantar un tiempo más. Justo hasta que lo llamó su editor para

decirle que podía pasar a cobrar sus regalías. "Pensé que iban a ser alrededor de cinco mil dólares -dice King-. Eran cuatrocientos mil". El año era 1973. A partir de ese momento empieza la leyenda. Esa que habla de un escritor famoso en el mundo entero, que cobra tres palos verdes de anticipo por sus últimas novelas, que es fanático del heavy metal, que se da el gusto de que sus pesadillescas historias sean llevadas al cine y que hasta se permite dirigir espantosamente alguna que otra película. Stephen King es best-seller mundial. El rey del terror, dicen por ahí.

Además, es un excelente escritor. Prácticamente ya nadie lo niega. Las críticas que se le hacen objetan sus excesos, no sus defectos. Todos coinciden en que le falta poder de síntesis, en que a sus libros le sobran entre cien y trescientas páginas, según el caso. *It*, por ejemplo, su novela más excesiva, tiene 1.138 páginas en su edición norteamericana, 960 en la ahorrativa versión argentina de Emecé. El libro, que, según su autor, está "muy mal construido", es un

catálogo de todo lo bueno y lo malo de King. Tal vez, leído con atención, puede ser un buen manual de cómo escribir un best-seller de terror. Allí están todas las técnicas para sostener la tensión durante tanto tiempo. Hay miles de historias que se entrecruzan, hay inquietudes acumuladas que se transforman en terror. Hay muy buenos episodios aislados, contados con un dramatismo contundente que se diluye ante demasiadas páginas. La escena que se reproduce en el recuadro de esta nota, por ejemplo, continúa en el mismo tono por varias páginas, y pierde su fuerza.

Las primeras dos palabras de *It* son "El terror". Evidentemente, King sabe cómo vender lo suyo.

Entretener, asustar y abultar la cuenta bancaria, he ahí el proceso literario de tan aterrador autor. De eso, *It* es un buen ejemplo: tiene las suficientes páginas como para que el lector sienta que ha obtenido algo por su dinero. Al autor parece no importarle nada más. Lejos de aquellos que hemos disfrutado tanto de sus crispaciones, objetarle su moral. El mismo, por su parte, no deja de expresar lo poco que le importa que sus obras no sean consideradas "alta literatura". La mejor definición de sus escritos la da él mismo: "Mis novelas son el equivalente literario de un Big Mac y una porción gigante de papas fritas".

Sin embargo, un análisis específico



34 V de Vian

King y su familia: de terror.

de sus novelas puede demostrar que ese desinterés no es tal. Parece que, además de monstruos sanguinolentos, ratas repugnantes, poderes asesinos y lugares oscuros, entre los miedos de King también figura el terror a no ser considerado un escritor serio.

En *It* (ver recuadro), Bill Denbrough, el personaje principal, es un escritor de novelas de terror que gana millones de dólares, que está casado con una hermosa actriz, y que representa el conflicto entre escribir para el pedestal o para satisfacer a un público hambriento de "Big Macs". En la grandiosa *Misery*, un fabricante de best-sellers en serie es perseguido por el fantasma del personaje que más fama, dinero y admiradores le ha dado. Matar a *Misery*, tal el nombre del personaje, para dedicarse a la escritura más comprometida, le traerá la ira de una enorme enfermera que lo mutila salvajemente, lo humilla y casi lo mata. En *El resplandor* el terror se instala en la imposibilidad de escribir. El invalidado autor se encierra en una mansión inquietante para producir su obra. *La mitad siniestra*, última novela aparecida en castellano, cuenta de un escritor de los llamados "serios" que también produce, bajo seudónimo, historias de horror sucio, que le traen dinero y fama. Un día, el seudónimo se descubre y el serio escritor decide matar a su alter ego. El problema es que éste no se deja aniquilar tan fácilmente. De ser un invento de la mente, se transforma en una realidad muy peligrosa. El episodio del entierro del seudónimo, dicho sea de paso, es sugestivamente parecido al funeral que King le hizo a Richard Bachman, su propio alter ego. "Falleció de un cáncer de seudónimo", escribió.

Pareciera, entonces, que hay una especie de culpa en King. Que detrás de su cinismo y la aceptación de su papel de buen entretenedor, existe el arrepentimiento de no ser Faulkner o Hemingway. El episodio de Bill Denbrough en su paso por la universidad, por ejemplo, puede ser visto como una justificación innecesaria, como una declaración de principios hacia un público que jamás se la pidió. Tal vez *Misery* puede albergar interpretaciones similares: ¿Qué le pasaría a King si dejara de satisfacer a un público ávido de sangre y adrenalina? ¿Habría una enfermera gorda y poderosa que lo torturaría hasta que él retomara el género? Una enfermera que representa, tal vez demasiado obviamente, a esa masa informe que es el público. Una enfermera que, fijáte, se parece mucho a Tabitha, la mujer de King. Lo que se dice el terror instalado en tu propia cama.

Escritores de terror

He aquí a un pobre muchachito del estado de Maine, que va a la universidad gracias a una beca. Durante toda su vida ha querido ser escritor, pero cuando se inscribe en los cursos literarios se encuentra perdido, sin brújula, en una tierra extraña y atemorizante. Hay un tipo que quiere ser Updike. Otro desea ser Faulkner en versión de Nueva Inglaterra, sólo que quiere escribir novelas sobre la triste vida de los pobres en versos libres. También está el graduado gordo y bajo, que no puede hablar sino en murmullos. Ese tipo ha escrito una obra en la que participan doce personajes. Cada uno de ellos dice una palabra. Poco a poco, los espectadores se dan cuenta de que, al reunir esas palabras sueltas, se obtiene la frase: "La guerra es la herramienta de los sexistas mercaderes de muerte". La obra de este tipo es calificada con un Sobresaliente por el hombre que dicta el Seminario de Literatura Creativa. Ese instructor ha publicado cuatro libros de poesía y su tesis de licenciatura, todo en la imprenta de la universidad. Fuma marihuana y usa un medallón con el símbolo de la paz.

Mientras tanto, Bill Denbrough ha escrito un cuento de misterio del tipo "cuarto cerrado", tres de ciencia ficción y varios de terror, que están muy en deuda con Edgar Allan Poe, H.P. Lovecraft y Richard Matheson. Uno de los cuentos de ciencia ficción vuelve con un distinguido.

Este es mejor, escribe el instructor en la carátula. En el rompecabezas alienígena vemos el círculo vicioso en el que la violencia engendra violencia; me gustó, especialmente, la nave espacial "con morro de aguja", como símbolo de la incursión sociosexual. Aunque esto se mantiene en una sugerencia algo confusa, resulta interesante.

Los otros textos no consiguen nada más que un Regular.

Por fin, un día, se levanta en medio de una clase, después de que se ha analizado un bosquejo literario de una joven cetrina donde se habla de una vaca examinando un motor abandonado en un campo desierto (eso puede ser o no después de una guerra nuclear) durante setenta minutos, poco más o menos. La autora insiste con que la obra es una declaración sociopolítica.

Cuando Bill se pone de pie, toda la clase lo mira. Es alto y tiene cierta presencia. Dice:

-No comprendo esto en absoluto. No comprendo nada de todo esto. ¿Es forzoso que un cuento deba ser socioalgo? Política... cultura... historia... ¿no son ingredientes naturales de cualquier relato, si está bien contado? Es decir... -mira en derredor, ve ojos hostiles y comprende, oscuramente, que lo consideran una especie de ataque. Tal vez lo sea. Están pensando que quizás tengan a un sexista mercader de muerte entre ellos -Es decir... ¿ustedes no pueden permitir que un cuento sea, un cuento?

Por fin, el instructor dice suavemente, como si hablara con un niño en medio de un berrinche inexplicable.

-¿Te parece que William Faulkner no hacía otra cosa que contar cuentos? ¿Te parece que a Shakespeare sólo le interesaba hacer plata?. Vamos, Bill, dinos qué opinas.

Después de una larga pausa en la que estudia honradamente la pregunta, Bill contesta:

-Opino que eso está bastante cerca de la verdad.

-Creo, dice el instructor, jugando con su lapicera y sonriendo a Bill con los ojos entrecerrados-, que aún tienes muchísimo que aprender.

El aplauso se inicia en algún punto de la parte trasera del salón.

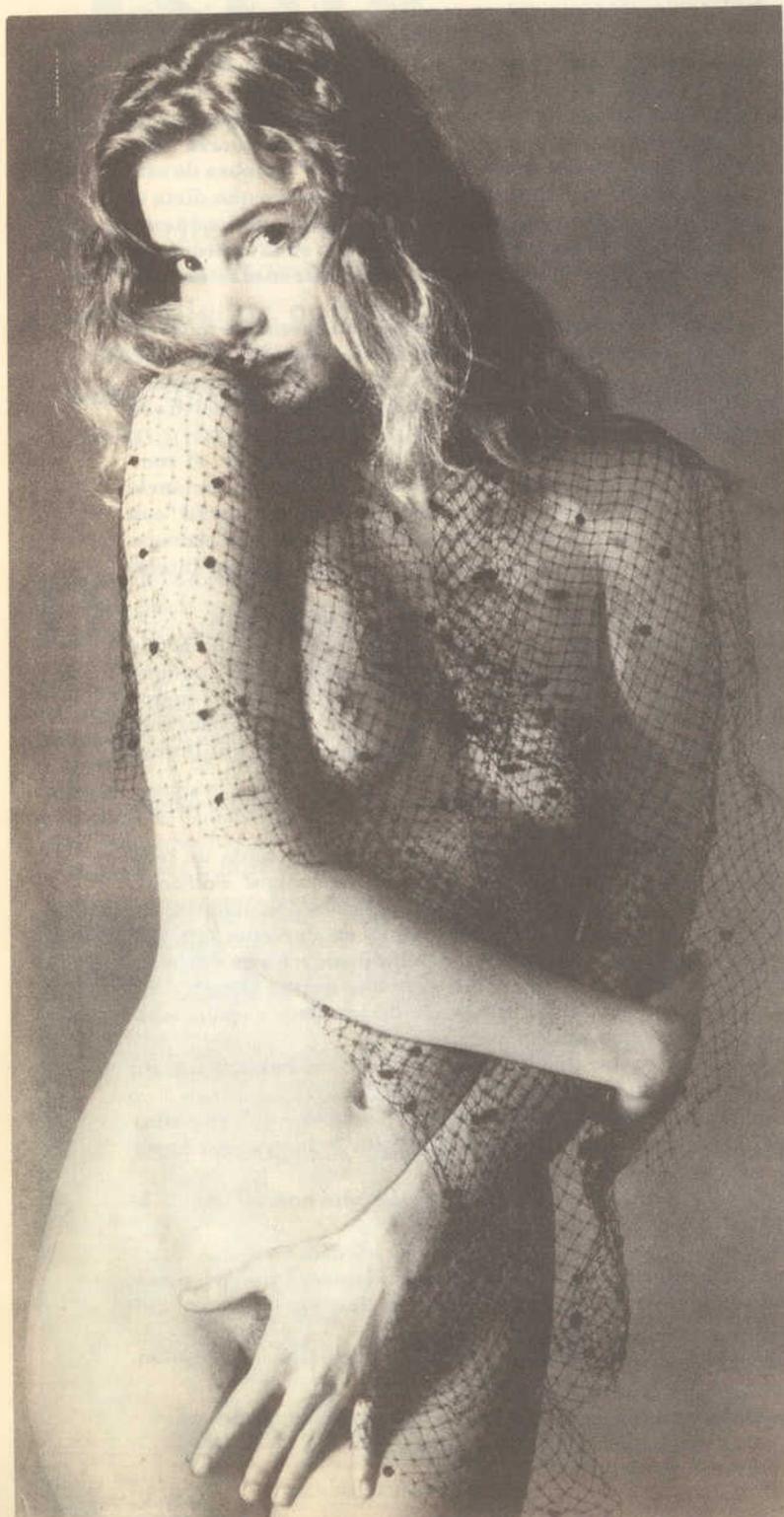
Stephen King. It, primera parte, capítulo 3, sección 6 Emecé

La seducción de Leda

Λα σεδυχηι ίν δε Λεδα

por Sergio S. Olguín

πορ Σεργιο Σ. Ολγυίν



A un cuarto de siglo de su nacimiento, el autor presenta aquí la penúltima versión de este cuento que ya había aparecido en otro medio. Según datos que él mismo se ha ocupado en divulgar, "La seducción..." abre su libro de cuentos (aún inconcluso) titulado definitivamente *Las griegas* (Λας γριεγας).

1º Movimiento (adagio ma non troppo un poco maestoso)

Entró enfurecida y excitada. Arrojó la cartera y el tapado sobre un sillón y se dejó caer sobre el otro. Estaba harta de ese tipo de hombres. No era la primera vez que se cruzaba con uno de estos espécimenos que invariablemente la dejaban en ese estado: enfurecida y excitada. Sacudió un pie y el zapato fue a dar contra la pared, justo al lado de donde colgaba una reproducción de *La seducción de Leda*. Con igual bronca hizo lo propio con el otro pie y esta vez el delicado y poco ceniciento zapato hizo centro sobre el Zeus metamorfoseado que le hacía el amor a la engañada pero no demasiado Leda.

Abrió sus brazos, abrió sus piernas, tiró la cabeza para atrás y emitió un gemido que reservaba para tres circunstancias exclusivas: al borde del desmayo, al borde del orgasmo o como paso previo a la explosión de su bronca. Descalza fue hasta la habitación, encendió el velador y ya se estaba por arrojar sobre la cama para repetir el concierto de gemidos cuando notó que la persiana del ventanal que daba al parque trasero estaba totalmente levantada. Casi siempre lo estaba pero esa noche todo le parecía una conspiración en su contra. Fue a bajarla de la misma manera que la hubiera ido a levantar si hubiera estado cerrada. Pero algo interrumpió su letanía de insultos.

Entre los arbustos del parque la sombra de un hombre intentaba pasar desapercibida a la vez que se acercaba a la casa. La primera reacción fue de miedo: un ladrón, pensó, tal vez un asesino. Pero el enojo y la excitación eran tales

que no permitieron que el miedo los cubriera. Sin medir las consecuencias no sólo no cerró la persiana sino que destrabó las ventanas.

Ella sabía bien lo que buscaba.

Lamentó que el equipo de audio estuviera en el living, hubiera sido mejor con música de fondo. Esperó unos segundos, el tiempo suficiente como para que la sombra se acercara hasta el ventanal. Cuando lo creyó conveniente, empezó.

Bajó el cierre de la pollera tubo y la fue deslizando hasta los pies. La pollera quedó arrugada al costado de la cama. Con estudiada morosidad fue desabrochando los botones de la blusa que poco a poco iban dejando al descubierto sus pechos contenidos por un corpiño color blanco como el fuego. A esta altura ya no recordaba su bronca y el miedo no daba señales de aparecer. Solo sentía el deseo de poseer a un hombre, cualquiera, ése que seguramente observaba por la ventana sería suficiente. De costado al ventanal apoyó una pierna sobre el borde de la cama y bajó lentamente la media de nylon. Con la misma lentitud se deshizo de la otra. Sabía que él la estaría observando, que acompañaría cada movimiento con la misma excitación que ella sentía. Excitación que crecía al saberse observada y objeto de un creciente deseo. Ahora dió la espalda al ventanal y soltó su cabello que se desparramó por su espalda. Desabrochó el corpiño que cayó sobre la cama y giró dejando a la vista del posible observador sus pechos que parecían agitarse como un desafío. Dejó caer sobre la cama como si ella misma fuera una prenda más. Si él no se quería perder detalle iba a tener que levantarse (seguramente estaba agazapado a un costado del ventanal) y quedar casi al descubierto. Así fue: ella notó como la luna hacía que la sombra de aquel hombre se recostara a su lado y no pudo contener un suspiro de placer al pensar que pronto tendría a ese cuerpo cubriendo el suyo. Recorrió con una mano su cuerpo y se detuvo en las zonas donde el deseo se volvía más acuciante. El ventanal hizo un chirrido agudo al correrse. Sintió la respiración del otro dentro de la habitación. Su voz era grave, tranquila, atractivamente masculina:

- ¿Se puede saber que buscás con esto?

- ¿Qué busco? - se sentó al borde de la cama, apoyó sus manos sobre sus piernas entreabiertas y lo miró desafiante.

- Busco atrapar la atención del lector de este cuento.

- Olvidáte del lector.

- No puedo, soy un personaje y tengo que arrastrarlo como sea hasta el fin.

- Entonces preparate porque este cuento se termina acá - le dijo arrojándose sobre ella y arrancándole la pequeña bombacha color blanco como el fuego que fue a parar sobre el velador y quedó colgada como una bandera humedecida.

Intermezzo (molto vivace)

LECTOR: Ah, no. Ahora no me puede dejar así. Usted se calla lo mejor.

AUTOR: Se equivoca. Es un final redondito, hacía mucho que no se me ocurría algo tan bueno. Fíjese cómo el cuento se vuelve autorreferente y termina devorándose a sí mismo.

LECTOR: Ma' qué redondito. Cuando la historia se empieza a poner buena usted la corta en nombre de no sé qué

AUTOR: No sea ignorante. ¿No se da cuenta de que el relato mismo revela el propio artificio de la escritura, deja al desnudo el procedimiento literario?

LECTOR: Mire, por empezar no me insulte. Usted desnudará mucho a la literatura pero justo cuando la tenía desnuda a ella se fue a freír mondongo y me dejó con las ganas de saber cómo seguía. Cuento: ¿qué pasó después? ¿Pasó algo?

AUTOR: No insista. La metatextualidad derramada no será negociada.

LECTOR: Dele, no sea malo. El tipo se la... Usted me entiende.

AUTOR: El cuento ya se terminó y sé tanto como usted. Así que buenas tardes, por aquel renglón está la salida.

LECTOR: Oiga, viejo, no se haga el estrecho. ¿Hubo encame o no hubo encame? Cuento, degeneradito, cuento: ¿hubo fiesta?

AUTOR: Ufa, che. Está bien, sigo. Pero que conste que me arruinó un final buenísimo. Espero que su mente febril quede conforme. La historia seguía así:

2º Movimiento (presto, allegro con brio e cantabile)

Ella se aferraba con todas sus uñas a su espalda. El la agitaba como una bandera humedecida. Cada movimiento suyo recibía un gemido que crecía a lo largo y a lo alto. Mordió su cuello con fuerza, mordió su hombro y bajó su cabeza hasta un pecho donde la carne se volvía más suave y más gustosa. Ella sabía cómo excitarlo cada vez más, sus caderas rotaban despacio por momentos y en otros se aceleraban hasta el delirio. Subió nuevamente hasta el cuello y buscó sus labios para besarla. No pudo.

En el concierto de movimientos frenéticos pensó que se trataba de una ilusión. Buscó nuevamente los labios de ella pero no pudo besarla. Cada vez que intentaba hacerlo algo punzante se clavaba en su boca. Algo así como el pico de una gallina o de otra ave. Insistió, ella seguía gimiendo y rotando sus caderas pero él no pudo besarla. Sus labios chocaban contra el pico de la mujer. El terror se apoderó de él, de un gesto se apartó del otro cuerpo y ella lo miró sorprendida. El miedo actuó rápidamente sobre el deseo: su sexo caía como una bandera humedecida.

- ¿Qué te pasa? Vení -ella hizo un gesto de acercamiento y el adelantó sus brazos desnudos en señal de rechazo.

- No te acerques.

- ¿Qué pasa? - insistió con una sonrisa nerviosa.

- Tu boca. Se transformó, no tenés boca. Tenés un pico. ¿Entendés? Un pico.

Ella lanzó una carcajada.

- Un pico -y comenzó a acercarse a él que retrocedió hasta chocar contra la pared. Esa sonrisa entre irónica y sorprendida volvía más sensual su cuerpo desnudo.

- Vamos a ver si lo que tengo es un pico o una boca -apoyó sus manos en los hombros del hombre y se arrodilló. Bajó las manos por los antebrazos, el pecho, el estómago hasta llegar al sexo que comenzaba a flamear como una bandera humedecida. Lo tomó entre sus manos y buscó con la mirada los ojos del hombre que a su vez la miraba expectante. Ella se acercó todavía un poco más, entreabrió los labios y su lengua recorrió delicadamente la punta de esa pija totalmente entregada. La lamió con suavidad, con la escrupulosidad de un gato y comenzó a succionarla, bañándola con su saliva, sin tocarla con los dientes. El podía sentir cómo la lengua de ella recorría cada milímetro de su piel. Trató de contenerse lo más posible para prolongar el placer. Cuando no pudo más sintió cómo su semen se perdía en la boca de la mujer sin que dejara caer ni una gota. La mujer seguía succionando. El ya había acabado pero ella insistía. Con delicadeza trató de apartarla y ella no detenía su lengua y la presión de sus labios sobre su sexo. La sacudió y ella seguía succionando. Finalmente, cuando el placer comenzaba a transformarse en dolor, ella se apartó. Volvió a mirarlo a los ojos y le dijo:

- Y, ¿qué te parece? ¿Tengo pico de gallina o tengo labios de mujer?

Quiso hablar pero no pudo. Sólo consiguió agitarse nerviosamente y emitir un sonido triste y prolongado. Amanecía.

Encamandose con cualquiera

por Anónimo



Publicada originalmente en la revista norteamericana *Esquire*, esta autobiografía de autor anónimo pasa revista a la vida sexual de un yanqui desde fines de los '50 a los '90. Un testimonio personal que lo es también de toda una época.

Trad.: Sandra de la Fuente

Pasó en una fiesta en Manhattan hace un tiempo. Me había encontrado por casualidad con Katy - a partir de ahora ocultaré algunas identidades por razones que se harán clarísimas más adelante-, una flaca divertida... Hemos salimos durante un tiempo. Yo me estaba yendo y le ofrecí alcanzarla a algún lado.

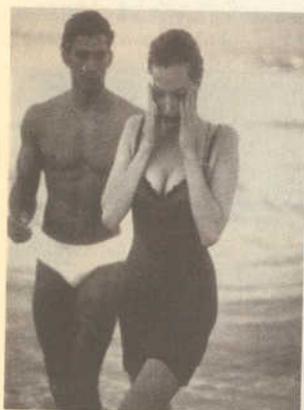
En la puerta de su edificio, me preguntó si quería subir a tomar algo. Era tarde, estaba cansado. Dije "gracias, pero no."

"Esto es lo que pasa ahora", me dijo como si nada, "nadie quiere cogerse a una modelo!"

Por supuesto que era una broma -no había habido ninguna clase de provocación en su invitación- pero una broma con un dejo de verdad. Las modelos suelen protegerse de los tipos pesados con las paredes humanas que conforman sus maquilladores, fotógrafos, y los modelos masculinos. Muchos de los amigos más queridos de Katy eran homosexuales o bisexuales -durante un tiempo estuvo muy cerca particularmente del diseñador de modas Antonio López. Tuve la oportunidad de cenar con ella y parte de su grupito. ¿Se había acostado con alguno de ellos? Nunca me animé a preguntarle.

¿Me gustaría saberlo ahora? Antonio se murió de SIDA. Y tal vez me gustaría saber... ¿Estaré exagerando? La verdad es que la idea es un poco fuerte.

Pienso en Frank Roccio. Roccio nació en el Bronx, pero desde siempre anduvo cerca nuestro. Absolutamente enganchado con una mujer durante los '60. "Estaba en San Francisco, casado, usaba un pijama negro onda Vietcong. Tim



Leary bendijo a nuestro bebé". Empezó a meterse en el negocios de los clubes nocturnos. El Peppermint Lounge. Ahora se cree que tiene la fórmula perfecta para los clubes de la década.

"Las mozas que sirven los cocktail tienen que usar shorts para hombre Calvin Klein y corpiños de esos deportivos", dice. De hecho, esa fue una de las decisiones más creativas que tomó respecto del club. "Va a ser como un Playboy Club de los '90" se regocijaba

diciendo. "Siempre quise tener un Sex Club"

Qué decir... yo tengo un interés saludable por el tema corpiños, pero ¿un Sex Club? ¿En los '90?

"Pero sí, seguro!" me insistía Roccio. "La paranoia sobre el SIDA ya pasó".

La verdad es que es el proyecto de Roccio lo que "pasó" por el momento, parado por problemas para conseguir la licencia para el consumo de alcohol, pero ¿qué pasa con esa premisa básica? La paranoia a la que él se refiere es el temor heterosexual por el Virus. Cuando las oscuras dimensiones de la plaga empezaron a aparecer entre nosotros, yo estaba entre los que creían que el problema aparecería masivamente en el mundo de los heterosexuales, donde, es sabido, se expande en muchos países africanos.

Hace algunos años esta expansión de la enfermedad parecía estar controlada, al menos de acuerdo con el confiable indicador de la neurosis social que es el rumor. Isabelle Adjani, la actriz francesa, tuvo que usar la TV nacional para desmentir el rumor de que padecía la enfermedad. El conde de Lichfield, fotógrafo y primo de la reina de Inglaterra, fue tan vapuleado por el mismo rumor -apareció durante un tiempo en todas las tapas de revistas- que también tuvo que hacer un video para desmentirlo.

Es fácil de entender. Mlle. Adjani fue después la amante de Warren Beatty. Patrick Lichfield había sido famoso por ser el

preferido de muchas señoras del ambiente. Así que el SIDA ya no era sólo parte de la ira de Dios descargada sobre los homosexuales y drogadictos. Era signo de que la divinidad ancestral estaba controlando a cualquiera que estuviera disfrutando de una plena y colorida vida sexual un poco más de lo establecido.

Bueno, desde mi conversación con Katy, mucha gente de quien había sido amiga, o al menos me había cruzado en más de una oportunidad, murió de SIDA. Me hice una lista antes de calmarme y encubrir estos recuerdos y rápidamente aparecieron dos cosas. Dos eran mujeres, y ninguno del total de la lista (al menos hasta donde yo sé), se pescó la enfermedad por mantener relaciones heterosexuales, ¿y con eso qué?. El período de incubación es ¿de siete años?, ¿diez, más? -y estamos luchando en contra de un virus, no contra el arma secreta de algún religioso fundamentalista. Los fluidos corporales son sólo eso -los tuyos, los míos y los del Reverendo Donald Wildmons. Con quién o cómo elegimos intercambiarlos, parece menos importante que la frecuencia con que lo hacemos. Como conclusión yo me siento (aunque con cierto rencor) profundamente agradecido a todas esas mujeres que no permitieron que intercambiáramos nuestros fluidos con la frecuencia que yo habría deseado.

Lo que de verdad estamos haciendo en estos días es esperar a ver quién caerá primero.

Las cosas definitivamente cambiaron. Recuerdo cuando la revolución sexual iba a cambiar el mundo. Digo, para mejor. Las palabras del poeta Philip Larkin -"la eyaculación empezó en 1963"- tienen una particular y alta carga irónica para aquellos que, como yo, pasaron diez años, alrededor de los '50 en un colegio de varones. A pesar del folclore sobre el homoerotismo en el sistema educativo de las escuelas privadas británicas yo, en esos tiempos, no era ni un fanático franelero ni objeto del franeleo femenino. Lamentablemente se me ocultaba información y se me restringía a estudiar la *Anatomía* de Gray, las publicaciones "naturalistas" y los avisos de lencería que aparecían en las revistas.

Las salidas que encontraron mis pares, debutantes o la entonces omnipresente especie de las chicas de Chelsea (lápiz de labio blanco, medias negras), le darían a Larkin la razón. El poeta, por ser un británico provinciano y arisco, no podía ser culpado por no estar al tanto de lo que pasaba en algunos de los ensayos generales de la activa Londres. O, en particular, la Roma de *La dulce Vita*, y fue allí durante los últimos años de los '50 que me llevaron a una verdadera orgía.

Las mujeres eran unas profesionales relajadas y bien dotadas. Los hombres corrían de una habitación a la otra, cubriéndose los genitales y pegando saltitos si un pie tocaba el piso de mármol (Roma puede ser brutalmente fría). Pese a lo joven que era pude registrar que estos tipos eran novatos en lo que a decadencia se refiere.

Fue, sin embargo, con el rock 'n' roll que todo este asunto se transformó en algo masivo, y me parece que una cantidad enorme de gente tiene una idea confusa de lo que fue la revolución sexual, ahora que el Verano del Amor se juntó con la Nueva Mujer como parte de la historia de la antigüedad. (Esta idea me surgió con pesar cuando iba a una exposición traída por el Instituto de Modas de Nueva York que pertenece al Museo Metropolitano y me encontré mirando los distintos disfraces como si estuvieran *colgados en mi ropero*.)

Realmente, incluso en ese tiempo, la revolución sexual pasó más por leer sobre el tema que por disfrutar del hacer. De acuerdo con David Frost -y algunos lectores seguramente tendrán una vaga noción sobre él- una encuesta mostró que la mayoría de los británicos pensaban que hubo una revolución sexual en sus vidas, pero se arrepentían de no haber participado de ella. Triste. ¿O -a propósito del SIDA- tal vez estén contentos ahora?

Pero esa revolución sí pasó. Hubo un

Testimonio
V de Vian 39

tiempo en que el sexo fue considerado una fuerza, como las drogas y el rock 'n roll. Los caminos para una nueva era. ¡Y la gente creyó en eso! Una generación entera irrumpió desde la nada, pura como una perla, post-píldora, y pre-perfección. Nunca creí en la perfección, pero aquello parecía más prometedor que las cosas que habían sucedido antes, y yo creo en el creer.

Por supuesto, los participantes estaban con los placeres carnales, pero en una forma totalmente religiosa. Los Gurúes, incluidos los de la onda de Wilhelm Reich, el autor de *La función del orgasmo* (quien fuera echado del círculo de freudianos ortodoxos por sus creencias) y un ejército de ojos humedecidos, psiquiatras barbudos que habían estudiado al detalle (puro franeleo, básicamente), la tiranía de la estructura familiar (¡mamá dice que no!). Había además una angustiante falta de humor entre muchos de los proveedores de una mejor vida a través del sexo, y tengo unos recuerdos calamitosos de las actuaciones vanguardistas donde uno encontraba a un actor desnudo juzgándonos con su beatífica sonrisita moralizante, ya sea para engancharte o para vociferarte su slogan en tu cara. Estaba en un teatro de Londres cuando el Living Theatre dijo "yo no puedo sólo fumar marihuana". Me pareció que la mitad del público se iluminó de pronto.

Solía haber una cuota de humor en los encontronazos entre los nuevos evangelistas y las fuerzas de la reacción. Una noche en *Oh, Calcutta!* por ejemplo. *Oh, Calcutta!*, era una obra del infantil crítico de teatro londinense Ken Tyman, que estaba muy metido dentro de la vanguardia revolucionaria. *Oh, Calcutta!* fue un show alegre y vulgar. Su nombre viene del francés *Oh, quel cult'as!* que quiere decir "¡Guau! ¡Qué culo tenés!"

La cosa es que en esa noche un grupo de gente bastante ruidosa estaba sentada en la primera fila esperando que el show comenzara. Empezó con los actores parados abajo del escenario. Estaban vestidos. Había un cierto juego de seducción hasta que el pequeño grupo masculino de espectadores en la fila de adelante no se pudo contener.

"¡Dale, gil!" le gritaron a un actor "¡Animate!" "¡Bajale la bombacha!" le gritó otro.

Se reían y escupían como borrachos grandulones.

Las travesuras sexuales en el teatro de Londres habían llegado hasta ese momento a las farsas donde el lenguaje era escabroso y las actrices hacían de mucamas francesas mostrando sus piernas enfundadas en medias negras, y hasta tal vez sus porta-ligas, pero eso era todo.

El resto del público trataba de ignorar a los molestos, o los miraban con desaprobación. Unos pocos ensayaron unos "ssssh!" Pero a los lieros no les importaba nada.

"Mostrá las tetas!" sugirió un grupito "Sacate la bombacha!"

La actriz nos mostró sus tetas.

Y tranquilamente se sacó la bombacha.

El grupo entero hizo lo mismo. Fue un acto solemne.

La sala estaba en silencio. Como una pantomima, quedaron boquiabiertos. Nosotros, los sábelotodo, vimos cómo el show iba cambiando de rumbo (tal vez sin demasiada felicidad) y lo aprobamos, pero el grupo de la primera fila parecía -bueno, francamente se los vefa- shoqueados.

Mientras las acciones se hacían menos predecibles, se hizo más importante para cada persona -especialmente para aquellos que estaban a favor de lo sucedido pero con reservas- determinar cuán abierto realmente se estaba a la nueva experiencia. O cuán abierto se quería estar.

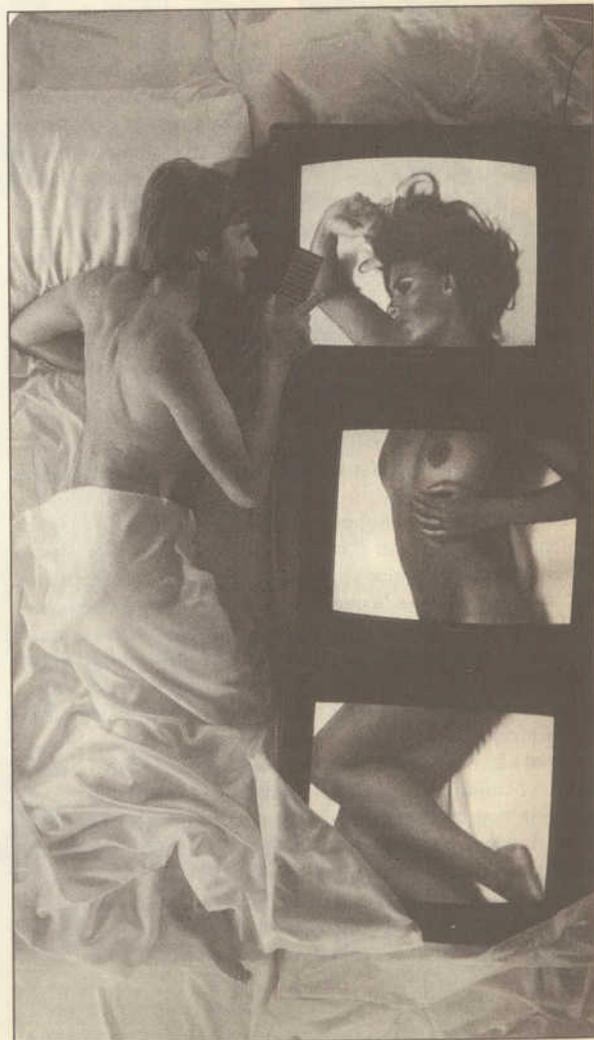
Así que cuando salí de ahí rápidamente decidí que estábamos viviendo tiempos afortunados. No tenía razón para cambiar mi manera de pensar. Las multiplicidad de locuras eran el producto de una real, salvaje esperanza. Las computadoras no sólo estaban para enquilombar tu cuenta bancaria sino que al final iban a solucionar todo. Estábamos viajando al "espacio", no a un frío y muerto canto rodado que flotaba en el fondo de

nuestro propio sistema solar. Fue el último período de optimismo compartido que yo esperaba ver en mi vida. La revolución sexual era parte de estas cosas. La gente se olvidó de esto por culpa de cómo se desarrollaron las cosas.

Pero la suciedad, el engaño y la manipulación no habían sido exterminadas. Por el contrario, se tiraron serpientes en el nuevo Edén. Yo diría que a Charles Manson le podría haber ido bien en cualquier tiempo, pero la gran confusión de aquellos días le dio un buen empujoncito. Las drogas tenían muchísimo que ver con la contaminación. Recuerdo vivamente el día que me dí con LSD. Fue en una fiesta, estaba en una pieza plagada de palos, con amebas de luces de colores colgando del techo, y con una música terrible, sin duda la *Incredible String Band*. La dosis me la dio, sin mi consentimiento, un amigo muy cercano, que probablemente pensó que yo me volaría y le dejaría el camino libre para ganarse a la mina que estaba conmigo, con la cual rápidamente -o posiblemente algunas horas después- estuvo apretando justo delante mío.

Creí que el efecto me produciría un sentimiento de amor universal. Pero de verdad, en cuanto pude encadenar algún pensamiento, sentí la necesidad - no muy acorde con las ideas de los '60- de romperle la boca a mi amigo, pero la nefasta droga había igualado mis fuerzas con las de un higo podrido.

Hubo en estos momentos de audacia alguna sensación de displacer. Me acuerdo que caminaba por la calle King, en Londres, una día de primavera durante los '60, el tiempo en el que la calle King era el único lugar para estar. Llevaba unas revistas nuevas y una campera recién comprada en Dandie Fashions (el sastre de los Beatles). Levanté las revistas enrolladas



para que nadie con visión normal pudiera ver mi nombre en la tapa de una de ellas. El brillo del sol jugaba sobre el plástico, en el neon de las boutiques y en las piernas largas que se balanceaban en los bancos luciendo sus minifaldas Mary Quant.

Podría decir que me sentía bastante bien.

Una chica del otro lado de la calle me hacía señales y corría hacia mí riendo. Tenía ojos enormes y el pelo recogido. La había conocido en una fiesta hacía una semana, y nos habíamos encamado en mi pieza. Perdí su número o lo tenía mal escrito o ilegible, porque no había podido encontrarla nuevamente. Le sonreí.

Se paró por un segundo y se le borró la sonrisa. "Perdón", dijo. "Pensé que eras otra persona".

"No te acordás", balbuceé. "Nos encontramos en la casa de Fulano, y fuimos, bueno vos sabés..."

Esbozó una sonrisa y se metió en una disquería. El neón de pronto se volvió estridente, el plástico descolorido, las piernas largas que me rodeaban, se alejaban. Increíble.

Ahora bien, esto fue en la época en que Germaine Greer vivía en el barrio de la calle King y que entonces trabajaba en un tratado al que ella lo había titulado *El Clitoris ataca de nuevo*. Llamado luego, con un poco más de sensibilidad *La mujer eunuco*, que fue la parte central del tratado del movimiento feminista. La chica en la calle, cuyo nombre logré olvidarme -aunque no tan rápido como ella logró olvidarse del mío- fue de verdad un típico miembro de lo que luego asombrosamente se transformaría en una numerosa tribu. Se ocupaban, indiscriminadamente, de la ropa de moda, la música o la industria del cine. Pudieron convertirse en cantantes de rock, o emigrar a los Estados Unidos para trabajar de secretarías. La pequeña Germaine podía enseñarles todo acerca de cómo divertirse rápida y descuidadamente, pero ellas ¿se verían a sí mismas como la vanguardia de la revolución sexual? Dudo de que estos pensamientos perturbaran muchas de esas cabezas cuidadas con Vidal Sassoon, pero lo extraño, o tal vez no tan extraño, es que chicas como éstas y no las Germaine Greers se convirtieran en las mayores consumistas cuando llegamos a los '70.

Los '70 fueron diferentes: La revolución sexual ya era sólo un slogan para mejorar la venta de revistas sobre el tema. Los imperios de la carne fueron emergiendo. En California una novia me llevó a una orgía organizada por uno de los más importantes directores de películas pornos del momento. Un hombre con pretensiones místicas, que creía insoportablemente en esa onda del "contame lo que sentís" y que tenía campanitas apoyadas sobre su equipo de música.

Todavía recuerdo los ojitos brillosos de pájaro herido de mi compañera, que ya no quería tomar parte de los acotencimientos, cuando otra chica vino a levantarme. Lo raro es que me encontré con esa chica en la calle unos días

después.
Estaba
con
algunos
compañeros
de facultad,
y llevaba
algunos
libros.

Fue amigable, formal como si fuera una persona mayor. Me sentí raro.

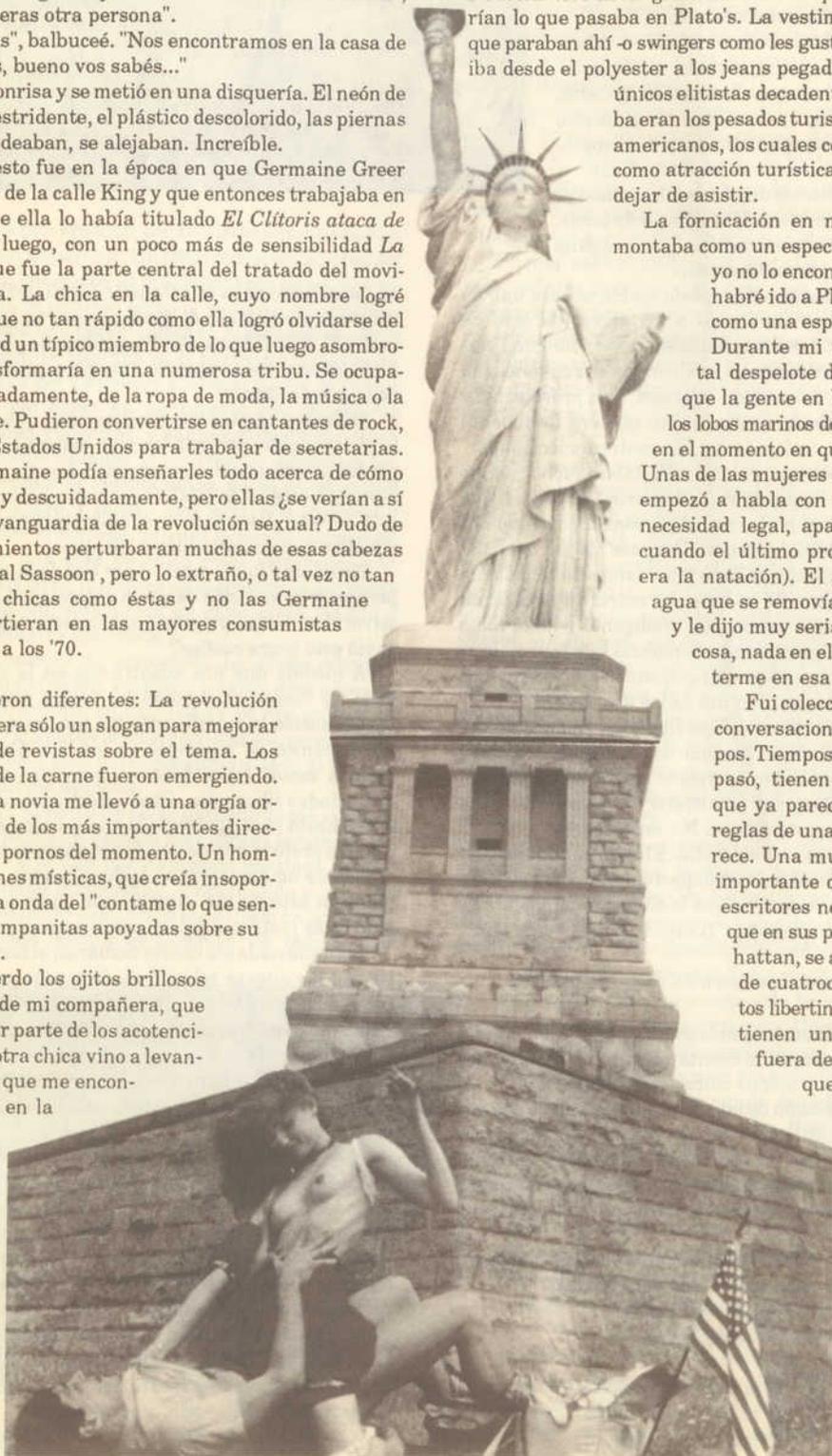
A mediados de los '70 me mudé a Manhattan (mi vida podrá ser juzgada por muchas cosas pero no por mi sentido de la oportunidad). Las diferencias entre Manhattan y California estaban bien reflejadas en una curiosa institución que estaba en su apogeo: Plato's Retreat (El lugar de descanso de Platón).

Plato's eran un club orgiástico. De ninguna manera se trataba de rememorar las costumbres de Roma en los '50. Tampoco de repetir la estupidez cósmica de California en los '60, en donde el "loco, está todo bien" llegaba al punto de lo religioso. Ni *costumbre* ni *religiosidad* eran las palabras que expresarían lo que pasaba en Plato's. La vestimenta que usaban los que paraban ahí -o swingers como les gustaba que los llamaran- iba desde el polyester a los jeans pegados al cuerpo, pero los únicos elitistas decadentes que uno encontraba eran los pesados turistas europeos y latinoamericanos, los cuales consideraban a Plato's como atracción turística a la que no se podía dejar de asistir.

La fornicación en masa ciertamente se montaba como un espectáculo increíble, pero yo no lo encontraba erótico, así que habré ido a Plato's unas tres veces, como una especie de guía turístico. Durante mi tercera visita, había tal despelote de actividad amorosa que la gente en la pileta se parecía a los lobos marinos del zoológico de Londres en el momento en que se les da de comer. Unas de las mujeres con las que yo estaba empezé a hablar con el guardavidas (una necesidad legal, aparentemente, incluso cuando el último propósito de esa pileta era la natación). El guardavidas miró el agua que se removía, turbulenta y sucia, y le dijo muy seriamente, "¿Sabés una cosa, nada en el mundo me haría merme en esa pileta?"

Fui coleccionando pedacitos de conversaciones de aquellos tiempos. Tiempos que a la luz de lo que pasó, tienen un libertinaje viril que ya parece antiguo, como las reglas de una cultura que desaparece. Una mujer, ahora miembro importante del establishment de escritores neoyorquinos, me dijo que en sus primeros años en Manhattan, se acostó con "alrededor de cuatrocientos tipos". Cuentos libertinos donde los hombres tienen una capacidad sexual fuera de lo común, episodios que salieron peligrosamente más allá de los límites de lo previsible.

Recuerdo por ejemplo mi encuentro con una chica en el restaurant Nicola's. Estaba sin casa. La llevé a la mía en un gesto al-



Testimonio
V de Vian 41

mente eran parte de aquel grupo pequeño que buscaba emociones y para quienes el riesgo de agarrarse el SIDA era la mayor de las diversiones.

Unas semanas más tarde todos los clubes citados fueron cerrados por la municipalidad como una medida anti-SIDA. Plato's Retreat incluido.

Gran sentido común, lástima que el sentido común no tenga nada que ver con las cosas en las que se juega el factor compulsión. Rápidamente el escenario se reconstruyó. Los clubes con locales fijos, según me informaron, fueron reemplazados por lugares de encuentro transitorio, pero a parte de esto todo sigue estando como siempre.

Me encontré con Mia en una cantidad innumerable de fiestas. Hace un tiempo vino a mi departamento a tomar el té. Trajo con ella a una amiga, alta, delgada con pelo largo y facciones de princesa. Tendría veintiséis años, me dí cuenta que la conocía de antes, de una cena informal. La llamo Elise.

Elise estaba estudiando diseño de telas. Justo yo necesitaba retapizar mi sofá. Unos días más tarde, me trajo muestras de sus materiales, pero ninguna cumplía con lo que yo tenía en mente.

Hablamos. Elise había sido modelo en París para una de las mejores agencias y había ido a las clases de arte de Sotheby's en Londres. Mientras hablábamos, sin ninguna vergüenza se acomodó las medias a la altura de sus caderas. me pareció un poco raro, demasiado informal, casi provocativo y hasta empañó un poco su conversación, que era totalmente pulcra, de alto vuelo, casi pedante. Me sentí conmovido.

Decidimos ir a ver una película. Faltaba mucho tiempo para que comenzara la que de verdad queríamos ver, así que decidimos ir a ver otra, en la cual el personaje principal era una prostituta joven y hermosa. Después de la película, cenamos en un restaurant italiano y hablamos de la película que es lo que normalmente se hace. La actriz en la película (dije) me había parecido demasiado inteligente y linda como para ser prostituta. Agregué que me parecía que los hombres que normalmente salen con prostitutas son medio anormales. No estuvo de acuerdo con ninguna de las dos cosas.

Ah, pensé, estoy ante una chica liberada. Bueno, genial. Empezamos a hablar de la Madam del Mayflower, Sydney Biddle Barrows, quien había aparecido mucho en los diarios. Elise censuró a Sydney por "maltratar a sus chicas". Una pregunta me surgió en mi cabeza. No, era absurda.

La conversación se trasladó a Mia. Elise dijo, malhumorada, que había rajado a Mia de su departamento. Nunca podía pagar el alquiler. La verdad, es que la situación financiera de Mia siempre me desconcertaba. "¿Cómo se gana la vida Mia?" pregunté.

Elise me miró como si yo fuera un cacho de madera.

"Querés decir..."

Ella asintió. Rápidamente todo se hizo claro, y sin ningún prurito. Elise trabajaba por su cuenta, cobraba 300 dolares por tipo, y trabajaba más o menos cinco veces por semana.

Hablaba sin compasión de las chicas que cobran 50 dolares y de las drogadictas de la calle 14 que regalan su trabajo por 10 dolares, no porque los riesgos hayan espantado a los clientes sino porque no saben hacer negocio. Elise es una mujer de negocios, y seguro está peleando por hacerlo crecer dentro del diseño de telas.

"¿Qué pasa con el SIDA?" pregunté finalmente. Olvidando el tema moral, "¿qué pasa con la vida y la muerte?"

"Yo tomo mis precauciones" me contestó

Mi sofá todavía necesita retapizarse.



adelante, pero no es mi intención continuarla. Formo parte de un grupo privilegiado de gente con suerte, la generación de las cuatro P, Post-Pildora, Pre-Plaga. disfruté plenamente, aprendí muchísimo y me arrepiento muy poco (probablemente menos de lo que debiera).

Debemos aceptar que muchos creen que fueron esas libertades sexuales -encarnadas más agresivamente al principio por los heterosexuales masculinos- las que nos llevaron a terminar en este caldo letal. O peor: que la revolución sexual no sólo se está devorando a sus propios hijos sino también a aquellos que no participaron de ella.

No se abre juicio sobre el por qué de la aparición del virus pero se tiene la noción de que la enfermedad es una retribución terrorífica. Como preguntó sabiamente alguien: ¿Quién nos envió este negro castigo?

A medida que nos adentramos en la última década del siglo, se fueron cambiando las reglas morales, pero ni por aproximación la modificación fue tan drástica como lo sugeriría el pánico de mediados de los '80. Algunos de nosotros todavía somos descuidados y aparentemente nos tomamos demasiadas libertades. Otros prácticamente insisten en usar forros hasta para agarrarle la mano a alguien. Una mujer que conozco prefirió irse de una fiesta antes de tener que sentarse al lado de un homosexual, incluso cuando se veía que el tipo tenía un aspecto tan normal, que hasta podría haber ido al palacio de justicia a pelear por alguna causa.

Más que nada me cuesta actuar en el terreno de la prudencia con las nuevas relaciones. Antes me parecía divertido el riesgo que entrañaban estas nuevas relaciones por sí mismo. Ahora no. Pero hay algunas cosas nuevas. Una es la honestidad remarcable con la que se habla. Me encuentro muchas veces hablando en una cena con una posible pareja de cosas sobre las que no habría hablado antes con mi propio médico sin ponerme nervioso.

Hay otro agregado -por lo menos en mi necesariamente limitada experiencia personal- y es la vuelta de un viejo arte perdido: el franeleo largo y tendido. Me acuerdo de las bailarinas con las que debutábamos. Es como nadar para atrás en el tiempo. Dentro de poco, pienso, voy a interesarme nuevamente en la *Anatomía de Gray* y en los avisos de lencería de las revistas de modas. Qué raro y triste es ser parte de la primera generación en la historia de la raza humana que no desea que los errores cometidos no se hubieran realizado todavía, que no desea que sus aventuras estuvieran por vivirse, y que tampoco desea volver a tener veintiún años.

gro. Salimos en un grupo de cuatro (solamente uno era gay) para los clubes, que estaban en el Lower West Side de Manhattan.

El comienzo fue suave en el Spike. El Spike era un bar de cuero, lo que quiere decir que los clientes en su mayoría vestían camperas de cuero con cadenas, o trajes de cuero totalmente negro y gorras también de cuero con visera. Los pañuelos colgando de los bolsillos era un código visual, que indicaba los placeres preferidos por el que lo llevaba (un tipo llevaba cuatro pañuelos demostrando una increíble versatilidad). Había muchísima histerieada, pero no un verdadero juego sexual. Pedimos latas de cerveza (demasiado cautelosos, quizás, ninguno de nosotros quiso tocar los vasos), miramos a los jugadores de pool y nos fuimos. Hasta el momento todo había sido plácido.

El Hellfire Club era menos apático. Estimulaba toda suerte de variante sexuales, lo que quiere decir que, a diferencia de nuestra primer parada, éste admitía también mujeres, así que a primera vista no se diferenciaba de un gimnasio con bar, una barra para comprar bebidas y un montón de máquinas para ejercitarse.

A primera vista esto era todo, por supuesto antes de que los detalles empezaran a aparecer. Un largo mural en la pared del fondo, por ejemplo, mostraba al diablo sentado en un lavatorio, haciendo obvia la relación entre el motivo y la caracterización del club como una región infernal. A la izquierda de la entrada, una prostituta apoyada en la barra con una sonrisa abstraída sobresalía por su pollera y su admirador. Miramos las mercaderías que había en un mueble con chucherías (anillos, prendedores, cadenas, y pañuelos) desde donde un hombre de edad media después de ponerse un colorido collar caminaba por alrededor de las máquinas. Estas incluían una cosa compleja de cuero y metal, que agarraba ganchos y cadenas; un enorme armatoste, al cual le fueron agregados varias manijas; y una cosa de color rosa, algo como una máquina para ejercitarse, con sillas de cuerina rosa por todas partes, y reclinado ahí, solo, había un chico joven gordito y desnudo con una sonrisa optimista.

Había una sensación de excitación. La gente -algunos vestidos, otros parcialmente vestidos, y otros desnudos- se había formado lentamente en fila. Guy y yo nos unimos al grupo, pasando por al lado de la mujer en la barra, quien había perdido a su admirador pero todavía sonreía al lado de un tipo que le acariciaba un pie descalzo.

Nos fuimos para la parte de atrás pasando desde la pieza principal del club hasta un espacio más oscuro subdividido en cubículos. La fila a la que nos habíamos acoplado estaba silenciosa, rígidamente conformada, y apuntando a unos de los cubículos justo atrás de todo. Todos en la fila eran hombres.

Fue una actividad lenta y no pudimos ver todo lo que

pasaba, sólo que a cada rato el que había estado al frente de la fila daba la vuelta y caminaba al lado nuestro con una cara vidriosa e inexpresiva, y nosotros nos movíamos unos pasos para adelante. Yo diría que alrededor de veinte a treinta hombres habían pasado antes de que Guy y yo estuviéramos lo suficientemente cerca para ver el por qué de la fila.

Una cabeza de pelo largo, oscuro y brillante se apretaba contra la ingle de un hombre. El hombre salía estremeciéndose, pasó al lado nuestro, mientras nosotros pudimos ver una cara antes de que su boca se introdujera en otro pene y se sumergiera en su tarea.

Ahora, éste, recuerdo, fue el momento en que el SIDA ya había empezado a corroer nuestra imaginación.

"Creo que es una mujer", murmuró Guy, mirando al casco de pelo demasiado brillante.

De pronto estuvimos cerca del frente de la fila mirando justo a la cara de quien fuera que estuviera arrodillada o arrodillado. Era una cara bastante linda, pero con un aspecto pálido y corroído, y ojos grandes de color negro que parecían hambrientos y no muy saludables. Fue una mirada demasiado rápida como para poder determinar el sexo. Nos fuimos.

Fuimos para el Mineshaft. Este (me habían dicho) era el más serio de los clubes, el más duro de los que persistían. Pasamos al lado de un cartel que advertía a los clientes que se controlarían la ropa "objetable", y a uno de los amigos de Guy se le pidió que se sacara el sweater, porque no era elegante. Se lo sacó mientras un hombre al lado de él, calculo por su aire sobrio que era un viejo financista de 60 años, se quedó en calzones.

Pedimos más cerveza en el bar que estaba a nivel de la calle y subimos las escaleras -el Mineshaft era como un túnel- y en el otro nivel me di cuenta de que todo iba a ser distinto a como lo había imaginado. La diferencia venía menos por el lado de lo que la gente hacía (tipos apretando, masturbaciones solitarias o compartidas, etc.) que por el silencio en el que todo sucedía, un silencio que se intensificaba por la música de fondo -Ravel, me dijeron- e incluso más por la iluminación.

El lugar era lúgubre, pero parecía totalmente calculado. Por ejemplo, muchos de los hombres, y había sólo hombres, estaban vestidos con el tipo de ropa de los machos que algunas vez transitaban por Village People -sombrosos de cowboy, uniformes de policía, cascos de obrero de la construcción- y muchos estaban totalmente desnudos, pero la gris penumbra sacaba a luz los detalles. A la distancia parecían insustanciales, y cuando uno se acercaba, se podía ver si eran viejos, jóvenes, gordos, flacos, barbudos, imberbes, o lo que fuera, pero la penumbra mataba las peculiaridades que hacían a cada personaje, de manera tal que parecían todos hechos del mismo material, como figuras delineadas con tiza mojada.

Los hombres que se nos acercaron fueron respetuosos. Si no encontraban una respuesta favorable a sus intentos de levante pasaban a otra cosa. Uno me ofreció su pene con el mismo desapasionamiento con el que el un mozo te trae la cuenta. Ni siquiera tuve que decir "no" que el tipo ya se había ido. En un rincón escuchamos golpes y nos acercamos para ver qué pasaba. Estaban golpeando a un tipo encadenado, de pronto el que golpeaba abandonó la tarea y salió petulante, dejando al golpeado dolorido. Otra escenario con tipos cogiendo, una masa de carne humana, espaldas, brazos y piernas apareció ante nuestra vista como una de esas piezas desorganizadas de la estatuaria victoriana tardía.

Algunas de las imágenes eran bastante impresionantes. Había una especie de jaula con barras, llena de "prisioneros" parados sin moverse, mirando fijamente en la misma dirección. Un tipo desnudo en un hueco estaba siendo penetrado analmente por otro, mientras que unos en fila esperaban el momento de actuar, presumible-

Testimonio
V de Vian 43



trufístico, le dí mi cama y dormí en el sofá.

A la mañana siguiente me fui temprano, diciéndole que se sintiera como en su casa. A la tarde caminaba de vuelta a casa con algo de excitación. La encontré desnuda y medio grogui tirada en el living. Se había tomado todo lo que encontró. Esa noche fue ella la que durmió en el sofá. A la mañana siguiente la vestí y la saqué de casa, todavía no sé cómo. Se fue gritando algo sobre sus "contactos". Después de afeitarme, me dí cuenta de que se había tomado hasta la colonia para después de afeitarse. ¿Podría asumir una responsabilidad como ésa en estos tiempos? Ni por casualidad.

Va una historia de principios de los '80. Una mujer con la que salí me llamó. Una mujer con una enorme pero de algún modo indeterminada ambición, ella quería figurar pero no sabía qué actividad la llevaría a ser figura. No la ví por alrededor de tres años. Se llamaba Yolanda. la llamada fue así:

Yolanda: ¿Cómo estás?

Yo: Bien. Qué bueno que te escucho, etc. ¿Qué es de tu vida?

Yol: Casi nada. Estoy aquí por un tiempito. Ah, tengo dos

Yo: ¿En serio? Uh, qué bueno.

(Aquí ya estaba dudando si hacer la pregunta sobre su estado civil: ¿Cómo se hace para preguntar si hubo campanas de boda? Yolanda me ayudó)

Yol: Son nenas. Una es de Bobby Bacon.

(Por favor nótese que Bobby Bacon no es el nombre real del esposo actual, un escritor cuyos primeros libros fueron terriblemente exitosos pero sus últimos fueron ridiculizados por todos, incluida la madre de su hija).

Yol: No los leas. Son terribles.

Menciono esto como un buen ejemplo de arribismo, la pregunta sin respuesta es: a) ¿Yolanda se habría vuelto a acostar con el escritor después de su fracaso? b) ¿Cómo fue que el papá de su otra nena no mereció mayor puntaje? Grupis hay, desde que hay estrellas ("estrellas" para este propósito, de acuerdo al gusto, puede ser cualquiera desde el príncipe de Austria hasta un poeta, pasando por jugadores de basket universitario) pero fue con el ascenso de la industria del Rock en los '60, con todos esos recitales y giras y festivales, que las estrellas se volvieron omnipresentes, numerosas y, sobre todo, disponibles. El status de estas grupis envueltas en modernos y desequilibrados romances, una suerte de Zero y Julieta, ascendió un poco más en los '70 y '80 tan fijados con la vida de los famosos. ¿Qué otra cosa fue John Hinckley sino una ovejita abandonada con un revólver en la mano?

Extrañamente, el fenómeno recibió poca atención. ¿Se preocuparían por esto los escritores y directores de cine si les tocara de cerca? De cualquier modo, la existencia de las grupis parecían guardarse estrictamente, probablemente a causa del sentido común de las estrellas y sus seguidores, pero no van a desaparecer totalmente. Es como con Romeo y Julieta y Tristan e Isolda. El riesgo de la muerte es parte del apasionamiento.

Otra historia de los estimulantes '80, post-herpes pero pre-SIDA. Le pasó a un amigo mío, un director de TV, al que llamo Morgan. Morgan se había separado de su mujer, una hermosa y meritoria mujer, después de un matrimonio de diez años. Se encontró de golpe con ciertos problemas en la mitad de su vida, pero todavía contaba con una reputación de picaflor, a pesar de haber estado impotente por un año -de hecho, desde que su matrimonio empezó a naufragar.

Conoció una chica en una fiesta. Una chica precoz, dice. Era una modelo ingenua, diecisiete años, estatura media, no de la clase que desfilan con ropa de fiestas o lencería sino de las que muestran shorts para correr, botas de ski y bikinis. La llamo



Lucy.

Morgan se tenía que ir a Grecia en unos días. iba a estar en la casa de un amigo en una de las islas. Impulsivamente, la invitó a Lucy

"Buenísimo", contestó con alegría.

Compraron pasajes en un viejo Comet y volaron desde Gatwick. La mayor parte de los pasajes estaba vendida a un tour, mujeres de edad media de un pueblo industrial en Midlands, con globos en las manos y que hojeaban los folletos brillantes de los lugares que las esperaban. Mientras el avión planeaba sobre el Adriático, el grupo empezó a cantarle a un par de mieleros. Las canciones iban desde las sentimentales hasta las más alegres con doble sentido. Morgan y Lucy cantaron también. Se tomaban de las manos.

Tenían que pasar una noche en la isla de Corfú. Morgan agarró las valijas de Lucy y las suyas y las mostró a los indiferentes empleados de aduana. Tomaron un taxi hasta el hotel, se registraron. Ahí empezó a preocuparse seriamente por ella. "Estaba languideciente, exhausta" me dijo, "parecía que iba a desmayarse".

La acostó. "Transpiraba mucho", dijo. "No quería coger. Nunca cogimos. Al principio pensé que estaba ante otra cazafortunas."

Pero Morgan se dió cuenta de que algo diferente pasaba cuando estaban volando al día siguiente y a Lucy se le acabó la heroína que llevaba y empezó a sentirse realmente mal. Quería bajarse del avión, dijo. "Quería conseguir más droga".

¿No se daba cuenta de lo que estaba haciendo con su vida? le preguntó Morgan. Por supuesto que se daba cuenta. Varios amigos habían muerto de sobredosis. "¿Para que vivir?" le preguntó. "No quiero a mi mamá. Ni a mi papá. me moriré antes de los veintiséis. Ya lo sé. Y no me importa"

Tenía diecisiete. Veintiséis era toda otra vida.

De cualquier modo tuvo su sobredosis mucho antes de los veintiséis. Esta era la extraña indiferencia que la drogadicción impartía. Hubo prostitutas cocainómanas, mujeres y hombres, que harían cualquier cosa con cualquiera por una noche de cocaína. Hubo una chica que terminó haciendo el amor la mayoría de las veces con mujeres, no porque lo prefiriera, o por lo menos así ella lo dijo, sino porque no quería molestarse en tomar la píldora. Esto fue sexo, seguro; pero ¿fue una revolución sexual?

El SIDA saltó de los papers médicos a las portadas de las revistas de circulación masiva, pero en los persistentes sex clubs para homosexuales la joda seguía. Decidí visitarlos.

Mi guía -lo llamaré Guy- me advirtió que no podría entrar a ningún lado si no me vestía correctamente (es la regla en la mayoría de los clubs) así que me puse jeans, mis baqueteadas botas marrones de montar, y una remera clásica de color ne-

Testimonio

44 V de Vian

UN VANGUARDISMO POSIBLE

Cuando un texto apuesta sus cartas más fuertes al memorialismo, se encuentra casi inexorablemente frente a un problema de ideología estética. Un dilema al fin y al cabo insalvable, que es el dilema de Proust y que bien podría describirse como "el olor de un crimen". Un tufillo a peligro de nostalgia, de melancolía por los tiempos idos, a un largo rodeo por el envejecido lugar común de que todo tiempo pasado fue mejor, y que terminaría tiñendo de "reaccionarismo" a las mejores intenciones. En lo formal puede tratarse de una obra innovadora, o al menos experimental. Pero el viaje al pasado, vía la memoria y sobre todo cuando está cruzado con lo autobiográfico, lleva al callejón sin salida o al menos al sólido riesgo de entrever una ideología estética de avanzada con una ideología socio-política conservadora.

Por empezar con Marguerite Duras, ella no disimuló en su último texto el carácter autobiográfico de lo escrito. Más aún, dio a entender que todo lo que *El amante* (1984) dejó oculto entre los pliegues de una cierta autocensura, *El amante de la China del norte* (1991) lo pone a la luz, bien visible y despojado. Por otra parte, éste es un libro netamente inscripto en el género de las memorias, aunque llamativamente elimine todas las marcas visibles, externas, del género. Narrado en tiempo histórico, bien podría pasar por un relato atemporal, una novela a secas, y sin embargo todo conduce a que la lectura inscriba los sucesos contados en un pasado cerrado, terminado e irremediamente ido. El amante ya ha muerto, la "chica" ya es ahora una mujer grande, una escritora, la escritora del libro. Sólo así, cuando ya los hechos definitivamente idos pueden ingresar como material de un libro o una película, pueden darse a conocer los acontecimientos, los amores cruzados que despliega Duras y que si algo tienen en común es estar incrustados en el pasado y la biografía de la autora.

Hay un amor con no pocos aires de prohibido entre una adolescente (más adelante se sabrá que su edad no sobrepasa los quince) y un adulto chino. Otro amor prohibido con el hermano menor, doblemente ilícito: porque son hermanos y porque él es un diferente, tiene "la cara lisa de los niños diferentes". Selectos trozos de lesbianismo por el amor de la niña con su mejor amiga, Hélène Lagonelle, más la pasión que siente por el criado que la madre supo recoger una vez del arroyo. Un círculo cerrado de extraños amantes que languidecen en Indochina, un territorio que en la escritura de Duras nada tiene de exótico y menos de paisajístico. No es, lo oriental en Duras, un mero escenario para el erotismo. Ni una tierra que tenga nada de privilegiado para ensalzarla frente a cualquier geografía occidental.

Por otra parte, no se trata aquí de ninguna clase

de memoria histórica o colectiva. Es la memoria meramente individual, por lo tanto subjetiva. La memoria de aquel al que se le da la gana recordar, no por ninguna clase de imperativo ético, a lo sumo un imperativo afectivo que deriva de una revelación estética. Como se trata de un texto deliberadamente autobiográfico, no hay ningún problema en citar a la propia Duras para registrar esta desembocadura: "Volví a ser escritora de novelas", dice en el prólogo de *El amante de la China...*, fechado en mayo de 1991.

Ese es por otra parte el saldo de este viaje a la memoria que postula en verdad algo muy sencillo, pero que por su sencillez, precisamente, deja ver el reverso de eso de que "todo tiempo pasado fue mejor". En el pasado de este libro no está la edad dorada, la familia integrada, sino la diáspora de los lazos de sangre rotos y la transgresión sexual.

La apuesta, siempre, es fuerte. Casi sobre el final de su carrera y después de un silencio de años, Duras vuelve con un texto a medias entre la desenfadada biografía y la continuación de una obra anterior, una suerte de segunda parte ampliada, más "verdadera" que la anterior. Con el premio Goncourt a cuestas, *El amante* fue la consagración de Duras para el gran público. Para volver a ser escritora de novelas, Duras vuelve allí. En *El amante de la China del norte* Duras no sólo consume este objetivo nuevamente autobiográfico, sino que encontró además la forma más imaculada de eludir el otro gran dilema de las vanguardias: el envejecimiento prematuro de las obras que renuevan códigos establecidos.

La apuesta máxima de un vanguardista de estos tiempos puede ser trabajar en los límites de un género que ya no permeabiliza innovación posible, la autobiografía, y de un discurso, el memorialismo, que menos aún permitiría rebasar los límites de una ideología estética conservadora. Duras lo consigue, no por magia, claro, ni por operar en la renovación de códigos estéticos. Precisamente por no reducir lo vanguardista a la renovación de los códigos estéticos, Duras puede perdurar sin pegar un salto patético al mercado (hasta se dio el lujo de expulsar a su editor de siempre, porque quiso corregirla en extremo), ni provocar un repliegue teórico a ultranza como hubiera sido, en el caso de esta última novela, eludir o recubrir toda su dimensión autobiográfica en nombre de cierta cautela hacia la imagen pública. *El amante de la China del norte* es en definitiva, el despliegue de un vanguardismo posible.

EL AMANTE DE LA CHINA DEL NORTE. Marguerite Duras. Tusquets. Colección Andanzas. Pp. 207



Claudio Zeiger

Lecturas
V de Vian 45

Composición tema: El 12 de octubre.

"Colón fue un hombre de gran renombre que descubrió un mundo nuevo..." Eso es una vil patraña, según el libro de Hans Koning *Colón: El mito al descubierto*

"Los hermanos Pinzones eran unos marineros..." Eso se aproxima un poco más a la verdad, a juzgar por el sesudo libro de este historiador norteamericano que la emprende contra el mito de Colón y las celebraciones del Quinto Centenario armado de crónicas de la época, códices, grabados y cartas.

En realidad lo único que Koning reconoce al navegante enflaqueado es coraje, tozudez y astucia. En todo lo demás diverge de la imagen edulcorada del Billiken y el manual de José Cosmelli Ibañez. El Colón de Koning es cruel, codicioso, despótico. Una joyita, vea. Pero la pintura de crudo realismo de Colón, sus contemporáneos y su época que muestra el libro es por demás verosímil.

Vamos por partes, como hizo Colón con los indios que poblaban la española (hoy Haití y República Dominicana).

Lo de las partes viene porque los indígenas eran salvajemente mutilados. Si no traían a su almirante la cuota mensual de oro. En realidad con esta raza de hasta 300.000 aborígenes cometió Colón y sus hermanos, asistentes y sucesores lo que es hasta hoy el más perfecto y rápido genocidio de la historia. En menos de 40 años no quedaba ni uno. Total exterminio.

Ya no es ningún misterio que Colón no descubrió nada (América ya estaba poblado por millones de hombres y mujeres civilizados y además los vikingos estuvieron antes) sino que además estaba equivocado. Ni él ni los sabios de la época podían prever la existencia de América. Con los cálculos erróneos, Colón pensaba que el mundo era más chico que lo que es y que por lo tanto podía llegar a China o a India viajando hacia occidente. Los sabios que tachaban su empresa de des-

**COLÓN: EL MITO AL
DESCUBIERTO, de Hans
Koning, Ediciones de la flor,
1991.**

cabellada sabían de las dimensiones del orbe y tenían razón en suponer que, de no haber tierras en el medio, era imposible llegar de Europa a Asia por occidente. Para bien de Colón y para mal de las personas con las que se topó había tierra de por medio.

Además de ser cruel y despiadado con los indios, sólo interesarse por el vil metal y estar equivocado en sus cálculos geográficos, Colón fue ingrato con sus hermanos y camaradas de armas y avaro en el reparto del "botín". Como un ejemplo entre tantos de la catadura de este héroe de moda, el libro devela esta perla: Como todo colegial sabe, fue Juan Rodríguez Bermeo (llamado Rodrigo de Triana por provenir de esa ciudad) quien gritó "¡Tierra!" el 12 de octubre "muy temprano por la mañana, cuando vio que la luna brillaba sobre los acantilados o la blanca playa arenosa de una isla hoy llamada Watling o San Salvador en las Bahamas. Por ese anuncio, Rodrigo se ganaba una pensión anual de 10.000 maravedíes para el resto de su vida, o eso creyó. Colón, afirmando que había visto una luz la noche anterior, dijo que él fue el primer hombre y que la recompensa le correspondía". Recordemos que ya tenía garantizados por los reyes católicos la gobernación de las tierras descubiertas, títulos nobiliarios y el 10 por ciento de todo el oro que trajera.

Este libro, bello y perturbador como la verdad, se completa con un epílogo de Bill Bigelow donde se sugieren formas alternativas de contar la gesta colonizadora para maestros y profesores. Bigelow mismo dice que comienza la clase correspondiente robando el bolso de un alumno. Cuando la clase entera le exige su devolución, el educador les responde fingiendo asombro: "Pero cómo, si yo lo descubrí!" Sólo entonces comienza a hablar de Colón.

Roberto M. Herrscher

Viene de la pág. 15

mostrar su ira ante ellos. Sin embargo, cuando partieron le dio al Profesor un golpe violento en el hombro con su bastón, le gritó diversas obscenidades, y salió a la calle, cerrando la puerta tras él. Se dirigió directamente a lo del ouled mail, porque estaba seguro de encontrar a los reguiba entre las muchachas del lugar, gastando el dinero. Y allí en una tienda encontró a uno de ellos aún acostado, mientras un ouled mail lavaba los vasos de té. Entró y casi decapitó al hombre antes de que el último hubiese intentado sentarse. Después arrojó la navaja sobre la cama y salió corriendo.

Los ouled mail vieron la sangre, gritaron, salieron corriendo de la tienda hacia la más cercana, y pronto surgieron de ella con cuatro muchachas que se precipitaron hacia el café y le contaron al *qaouaji* quién había matado al reguiba. Pasó apenas una hora antes de que la policía militar francesa lo atrapara en casa de un amigo, y lo arrastrara hasta el cuartel. Esa noche el Profesor no tuvo nada que comer, y en la tarde siguiente, mientras el lento aguzamiento de conciencia le provocaba un hambre creciente, caminó sin rumbo por el patio y los cuartos que daban a él. No había nadie. En un cuarto un almanaque colgaba de la pared. El Profesor lo miró nervioso, como un perro que contempla una mosca ante su hocico. Sobre el papel blanco había objetos negros que provocaban sonidos en su cabeza. Los oyó: "Grande Epicerie du Sahel. Junio. Lunes, martes, miércoles"...

Las pequeñas manchas de tinta de las que consiste una sinfonía pueden haber sido hechas hace mucho tiempo, pero cuando son colmadas en sonido se convierten en inminentes y poderosas. De modo que un tipo de música de sentimiento em-

pezó a sonar en la cabeza del Profesor, aumentando de volumen mientras miraba la pared de barro, y tuvo la sensación de que estaba ejecutando lo que había sido escrito para él hacía mucho tiempo. Sintió deseos de llorar; sintió deseos de vagar por la casa, destrozando y desacomodando los pocos objetos rompibles. Sus emociones no fue más allá de aquel deseo abrumador. Así que aullando a todo lo que le daban los pulmones, atacó la casa y sus pertenencias. Después atacó la puerta que daba a la calle, que resistió un poco y al fin se rompió. Trepó a través de la abertura hecha por las tablas que habían cedido, y aún aullando y sacudiendo los brazos en el aire para hacer el mayor ruido posible, empezó a galopar a lo largo de la calle tranquila hacia las puertas de la ciudad. Unas pocas personas lo miraron con gran curiosidad. Mientras pasaba junto al garage, el último edificio antes del alto arco de barro que enmarcaba el desierto de afuera, un soldado francés lo vio. "Tiens" se dijo, "un maniático sagrado".

Una vez más era el momento del crepúsculo. El Profesor corrió bajo la puerta de arco, volvió el rostro hacia el cielo rojo, y empezó a trotar a lo largo de la Piste D'In Salah, recto hacia el sol poniente. Detrás de él, desde el garage, el soldado tiró al azar, por las dudas. La bala silbó peligrosamente cerca de la cabeza del Profesor, y su aullido creció en un lamento indignado mientras agitaba los brazos con más violencia, y saltaba alto en el aire cada algunos pasos, en un acceso de terror.

El soldado lo miró un momento, sonriendo, mientras la silueta que hacía cabriolas se hacía más pequeña en la oscuridad cercana, y el estruendo del metal se volvía parte del gran silencio que se extendía más allá de las puertas. La pared del garage, cuando se inclinó contra ella, cedió calor, dejado allí por el sol, pero incluso entonces el escalofrío lunar iba creciendo en el aire.

Lecturas

46 V de Vian

Memoria y realismo

Buenos Aires a comienzos del espejismo alfonsinista. O: Las calles, dormitorios y oficinas donde la clase media vernácula discurre

TELA DE JUICIO,
de Leonardo Moledo.
Cántaro editores, 1991.

alrededor de sus culpas y frustraciones. O: Ghetto académico-progresista porteño cuando termina la locura cruel del proceso y comienza a saberse (a reconocerse lo que siempre se supo), cuán cruel fue la locura, cuán loca fue la crueldad de los que en el desierto argentino siempre serán impunes. Y los espejismos, espejismos son.

Tela de Juicio está pensado desde el espejismo. Habiendo dejado los ochentas atrás, para bien y para mal, este libro nos coloca con realismo, y con ironía, en el centro de esos años tristes. Años en que la militancia dejó de ser herramientas del futuro para transformarse en memoria del pasado y la conciencia de la derrota dejó a más de una generación velando muertos y despotricando contra todo.

El realismo psicológico, el

realismo social, el realismo político se instalan en una cámara que sigue con minuciosa insistencia a Esteban, el protagonista,

en su doloroso proceso de poner en tela de juicio sus propios valores y principios, sus actos y sus pensamientos, su pasado y sus supuestos. Los momentos de humor feroz - la asamblea de estudiantes, las artimañas del decano para eternizarse, la fiesta de los muertos y que además están muy vivos - no cambian la atmósfera general de esta novela inquietante: Cuando la valentía del auto-examen se auna al escalpelo del cirujano diestro, el producto es una obra que perturba y queda largo tiempo adherida a nuestros pensamientos y recuerdos. Una novela que intenta poner claro sobre oscuro. Un desafío a la memoria.

Roberto M. Herrscher

Poesía sin lágrimas

Seleccionado en la Nueva Bial de Arte Joven (1991), *Miserere* es el primer libro publicado de Gabriela Goldberg (Buenos Aires, 1963). Se trata también del primer emergente en forma de libro de esta última bienal que en el terreno literario se ha movido entre la crítica y el injusto desprecio.

Si algo diferencia a los narradores más jóvenes de los poetas de su generación es que estos últimos parecen tener mucho más clara su poética. Esto en un principio, a poco de profundizar se descubre que ni los narradores son tan desconocedores de lo suyo ni los poetas saben tan bien a donde van. En el caso de Goldberg, como en otros poetas coetáneos, sorprende la rigurosidad con que trabaja sus poemas desde una estética que unifica y da al libro carácter de tal y no una mera recopilación de poemas sueltos, como estilan hacer muchos que pasaron la docena de textos.

La poesía de Goldberg trabaja a partir de dos movimientos simultáneos. Por un lado, la destrucción constante de cualquier unidad lingüística (la palabra, la frase bien construida) en una búsqueda de no encerrarse en la trampa que puede llegar a experimentar nuevas formas de expresión que en la mayoría de los casos le permite alcanzar los mejores momentos del libro. El otros,

los menos, los poemas no pueden evitar caer en cierta superficialidad. Cuando esto no es así Goldberg consigue textos de esta belleza: "yo te extraño/ de a huesitos/ monedas/ en la tarde/ que se astilla/ bien pudiera/ ser lluvia/ lloviendo/ a cara o cruz (...)"

Ese lenguaje seductoramente telegráfico no necesita, para ser gozado, del segundo movimiento al que recurre Goldberg. Es decir, el trabajo con el espacio. Es difícil encontrar en estos poemas un sentido espacial que complemente o contradiga (es decir, que signifique) lo escrito. Mas bien, resulta arbitrario. La mayor virtud de Goldberg está en su manejo de las palabras, en la combinación para nada traumática de distintos registros, en la sorpresa que despiertan las frases organizadas con original.

Cabe preguntarse si en un tiempo donde (casi) todos los poetas jóvenes siguen los pasos experimentales de Girondo o, más acá, de Perlongher, si no sería bueno que Goldberg aprovechara su riqueza lingüística, su capacidad de transmitir belleza, para acercarse a una poesía menos preocupada en renovar el uso del espacio. Los poemas de *Miserere* así lo demuestran.

Ramiro Passucci

SAQUELE PUNTA AL TALENTO.

Premio Planeta Biblioteca del Sur. A la mejor novela inédita 91/92.
Con una recompensa excepcional.
* 400.000.000.- (Austresales cuatrocientos millones).
Y, obviamente, la publicación del libro.
El 31 de marzo de 1992 cierra la presentación de originales.

PLANETA BIBLIOTECA DEL SUR

El 17 de junio es la entrega del Premio.
Retire las bases en
Editorial Planeta Argentina, Viamonte 1451 (1055) Capital.
Su talento se lo merece.

PREMIO PLANETA BIBLIOTECA DEL SUR

V de Vian 47

Los dos rostros

El mito del andrógino, ese ser perfecto, participe de los dos sexos, únicos de una forma y como nombre, tiene una larga tradición en el imaginario humano. Desde Platón hasta Lacan, todos alguna vez han dejado de llevar esa totalidad perfecta, circular, muñida de dos rostros y, principalmente, de dos órganos sexuales.

Este sujeto, descendiente del sol y de la tierra, autosuficiente, vigoroso y con una asombrosa conciencia de sí mismo es, también, el hilo conductor de los cinco cuentos que integran *Las Repúblicas*. Quizá sea por esto que los dos cuentos más efectivos y mejor narrados ("Al Champaqui" y "Las máquinas infernales") sean aquellos que no se andan con eufemismos a la hora de hablar del tema.

Una mujer, que sola consigue dominar una pelea en un bar de mala muerte llamado, sospechosamente, "El Séptimo Cielo", y que cuenta, como un simple incidente, una violación a la que es sometida, se desliza plácidamente en una cama y ve (más que ver, siente) cómo su cuerpo se transforma en el de un hombre. Estas transformaciones sumadas a un universo construido por pequeñas ciudades-estados independientes y enfrentados que, con nombre levemente modificados, hacen referencia a algunas de nuestras ciudades (Entre dos Ríos, La Docta, República del Rosario) crean un clima cercano al de la Cien-

cia Ficción (genero ya transitado por la autora en su serie *Kalpa imperial* y con eficacia en *Florereros de Alabastro*, al-

LAS REPÚBLICAS
Angélica Gorodischer.
Ediciones de la Flor. 140 pag

fombras de Bokhara,
premio
Emecé 84/
85). Clima
siempre

más cercano a Bradbury que a Asimov. Porque si bien es cierto que la proliferación de nombres extraños o, más simplemente, genéricos, provenientes algunos de la mitología griega y otros de la indígena, junto a máquinas monumentales que realizan funciones básicas (como norias gigantes y cuasi-ametralladoras) sirven para descontextualizar los relatos y situarlos en un supuesto futuro (¿postnuclear?), la abundancia de datos geográficos nos acercan tranquilamente al hogar sin márgenes para la desesperación. "Un domingo de verano", "En la meseta" y "El inconfundible aroma de las violetas silvestres" son los tres relatos que completan este volumen. Mucho más breves que los antes nombrados y con algunos ripsos, pero que sirven de soporte a los relatos principales, acentuando la metáfora central de que la nuestra es, en realidad, una época de extremismos, ya que vivimos bajos la constante amenaza de los destinos igualmente terribles pero aparentemente opuestos: la persistente banalidad o el terror inconcebible.

Esther Feldman

Con V de
Vian
siempre
causó una
excelente
impresión

Ahora
también
tiene una
impresión
excelente

LATIN
gráfica

IMPRENTA
LATIN GRAFICA
CASTILLO 77
862-2793 (FAX)
88-0304

Lecturas
48 V de Vian

Que se mueran los Feos

Boris Vian

Trad.: Karina Galperín

CAP. X COQUETEO MUCHO

Si ustedes nunca visitaron a Douglas, entonces nunca vieron una habitación desordenada. Vive en un hotel en Poinsettia Place, a la misma distancia de todos los estudios de Hollywood, y eso le permite levantarse muy tarde y no perder tiempo para hacer sus papeles idiotas. Poinsettia queda entre el Wilshire Country Club y el Estadio Gilmore, y no es un rincón menos ruidoso que el resto de esta condenada ciudad. Viniendo de donde yo vengo, usted toma la Calle Segunda y Beverly Boulevard, y llega bastante rápido. Volviendo a Douglas, lo encuentro en la cama. Está doblado en cuatro y tiene un brazo metido entre el tobillo derecho y la rodilla izquierda, lo cual debe causarle unos sueños impresionantes. Entrando a su habitación me doy cuenta de que hace un calor terrible, y a pesar de que la ventana está abierta nadie diría que estamos tan cerca del océano. Ya dormí lo suficiente. Entro al baño y lleno un vaso de agua. No soy malo: agarro agua de la canilla, no la de la heladera, y vuelvo a volcársela en la cara, sin dudar ni un segundo. Hace una mueca horrible y se despierta rezongando.

-Demasiada agua en este whisky, masculla y después se da cuenta de que estoy ahí.

-¡Sos vos, bruto asqueroso! dice.

-¿No te enojaste, Douglas, no? digo. Después de todo, podría habértela tirado un poco más abajo.

-No hay nada que hacer, murmura. Podés creerme, ya probé de todo, incluyendo agua fría. ¿Qué hora es?

-Te invito a almorzar, digo.

-Bueno, bueno...murmura. Para mí que sea un bife con cebollas y tarta de manzana.

Les voy a confesar por qué vine a ver a Douglas. Quizás ya lo hayan adivinado.

-Nosotros dos solos, le hago notar, va a ser triste... Si la llamaras a Sunday Love.

Me mira.

-¿Por qué me tomaste? dice. ¿Por un tratante de blancas? ¿Te creés que voy a librar a esa ingenua muchacha a tus instintos perversos?

De todas maneras va hacia el teléfono y llama y, un cuarto de hora más tarde nos encontramos los tres en un gran café de Hollywood. Douglas pide su bife con cebollas y yo empiezo por unos huevos con queso porque me parece como si hiciera un año y medio que no como.

Sunday Love está impresionante y la vida es maravillosa.

Ella me ataca en seguida.

-¿Por qué desapareciste de esa forma ayer a la noche?

-No fue ayer a la noche, digo. Fue esta mañana. Tenía una cita urgente.

Mira mi cabeza con incredulidad. Yo ya me había olvidado que eso todavía se nota.

-En su lugar, dice, yo no me hubiera apurado de esa forma. Es peligroso.

-El es muy revoltoso, asegura Douglas. Rock siempre fue un revoltoso, y seguirá siendo siempre un revoltoso. Créamelo, querida...

Se inclina tiernamente hacia Sunday Love, con la boca llena de cebollas fritas. Ella lo rechaza.

-No creas que vas a seducirme con ese olor a cebolla, dice ella. Preferiría que me hablara de Chanel.

Douglas no se ofende fácilmente. Traga su bife con un placer comunicativo y apenas le gana con mis huevos.

La miro a Sunday Love y ella me mira, y seguramente hay modificaciones en la atmósfera, porque el choque de nuestras miradas produce una clara elevación de la temperatura. Dejo caer mi servilleta de papel y agachándome para levantarla, me doy cuenta de que hay unas cuantas cosas para ver debajo de la mesa, sobre todo cuando alguien quiere mostrárselas a uno. Sunday Love no lleva nada que la moleste para jugar a la rayuela.

-No soy un revoltoso digo. Sé que la dejé plantada, pero créame que fue contra mi voluntad. Le pido mis más humildes disculpas. Como usted puede ver (le muestro mi cabeza), no fui a divertirme.

Ella sonrío, y veo que no está enojada conmigo y eso me incita a pedirme un bife doble con espinacas. Miro alrededor mío mientras el mozo me toma el pedido, y cuando estoy mirando hacia la derecha, me golpea sobre el hombro izquierdo. Mi doy vuelta, como si me hubiera picado una víbora cascabel. Es otro mozo.

-Una señora pregunta por usted, me dice...

-¿Dónde está? digo sin molestarme.

-Está allá.

Me señala una muchacha alta y delgada, que espera parada cerca de la puerta.

-¿Qué quiere?

-Parece que es personal, me responde el mozo.

El mozo se aleja.

-Ya está, me dice Douglas. ¿Otra con mala suerte, eh? Mi pobre muchachita..., continúa dándose vuelta hacia Sunday Love, creo que hoy usted va a tener que conformarse con mi compañía. Una vez más.

Me levanto. Saco la mano del muslo de Sunday Love y ella hace un gesto para retenerme, porque el masaje que le estoy haciendo es seguramente uno de esos que le recomendó el doctor.

-No tenga miedo, digo. Ya vuelvo.

Ni bien llego al lado de la desconocida, ella empieza a hablarme muy rápido.

No es muy linda, pero tiene una boca grande y unos ojos grandes nada desagradables.

-¿Usted tiene las fotos? dice.

-¿Qué fotos?

-Usted sabe. Quiero decirle esto: o nos da las fotos o nos la vamos a arreglar nosotros mismos para recuperarlas. Usted ya sabe a dónde lo llevó a Petrossian todo esto.

-En todo caso, a ustedes no los llevó lejos: todavía las están buscando.

No le causa ninguna gracia. Me mira fijo. Parece un poco decepcionada.

-Lo lamento por usted, dice. Era un lindo muchacho.

Créame, si hay un tiempo en el que odio que hablen de mí, es en pretérito imperfecto.

Folleto
V de Vian

-Todavía tengo la intención de seguir siendo el que soy por bastante tiempo más, digo con firmeza.

Sonríe con una sonrisa perfectamente helada... Como si yo fuera un nene que acaba de decir una tontería. Le agarro el brazo. Parezco dulce, pero cuando quiero puedo apretar fuerte.

-Venga a tomar algo con nosotros, digo. Tengo amigos encantadores que puedo presentarle.

Forcejea y trata de protestar, pero realmente, mi fuerza y la de ella no pueden compararse. Esto dicho sin ánimo de ofenderla. La llevo a nuestra mesa, ella se sienta, por gusto o contra su voluntad, entre Douglas y yo.

-Los presento, digo. Douglas Thruck, Sunday Love.

La interrogo con la mirada.

-Cynthia Spotlight... dice.

Trago saliva con esfuerzo y casi me atraganto. Esa lo único que faltaba... Cartón lleno.

-¡Cómo le va! dice Douglas maquinalmente.

-¿Qué va a tomar, Cynthia?... le digo con dificultad.

-Escuche, Rock, realmente, estoy muy, muy apurada, dice, me esperan.

Si insisto, ella puede armar un escándalo, pero yo no puedo correr el riesgo de dejarla irse así.

-Bueno... no quiero que se atrase por culpa mía, digo (lo más naturalmente posible). Voy a llevarla... Venga.

Me juego el todo por el todo. Me levanto, se levanta, la agarro del brazo por segunda vez y la remolco hasta el coche. Me pongo furioso pensando en mi bife con espinacas, pero todavía más furioso acordándome de lo que esta idiota, que trata de hacerse pasar por Cynthia Spotlight, me dijo hace un momento.

Hay un coche delante del mío y un tipo grande y morocho sentado adentro que mira demasiado fijo para mi gusto; está medio dado vuelta y fuma sin moverse. Hay otro coche detrás del mío y otro tipo, morocho y pelirrojo, sentado al volante, que me mira todavía más fijamente que el primero. ¿Por qué todos esos tipos me observan de esa forma? Siento que me pongo nervioso. Empujo a la falsa Cynthia dentro del coche, le cierro la puerta y me instalo en mi asiento a toda velocidad. No me importa si me siguen. Sé lo que voy a hacer. Cada vez estoy más enojado porque, además de mi bife con espinacas y de lo que ella me dijo, pienso en Sunday Love, con quien no había podido terminar de disculparme por culpa de esta imbécil.

-¿Tanto le divierte que le vuelen la cabeza a tiro...?

La interrumpo arrancando como un salvaje, y no me importa si me siguen o no. Soy malo y conduzco a toda velocidad hasta la primera comisaría. Freno justo en la puerta.

-Si sus amigos tienen ganas de molestarme, digo, que vengan. Mientras esperamos, nosotros vamos a tener una pequeña conversación. ¿De dónde salió usted y cuál es su verdadero nombre?

-Eso no le interesa, dice. Deme las fotos y no le pasará nada. Si no, se encontrará con Petrossian sobre el mármol de la morgue de Los Angeles. No tengo nada más que decirle y no espere que yo le cuente nada interesante. Soy estúpida y mal educada y mis pechos son postizos.

La miro de reojo y me siento forzado a darme cuenta de que esta chica no sería una cosa fácil. Le rodeo los hombros con mis brazos. Es bastante excitante, con su boca grande y fresca y sus ojos amarillo claro.

-¿Qué le hice, hermanita? digo. ¿Tanto le gustaría que me pasara alguna desgracia? ¿Tan mala es?

Se ríe. Tiene una risa vulgar. No importa. Pero sus pechos son verdaderos.

-No trate de engañarme, dice.

-¿Si la llevara al cine? digo.

-Ni hablar...murmura.

-La odio, digo... pero estoy casi por perdonarla... ¿La divierte este trabajo?

-Me pagan por hacerlo.

-De acuerdo... pero seguramente no le pagan bastante y usted tiene derecho a unas vacaciones... ¿No quiere tomárselas conmigo?. Un pequeño anticipo.

-¿Qué tipo cargoso que es usted, eh, dice.

Una vez que mi encanto debería funcionar, no pasa nada. Pagaría cualquier cosa por tener la cara de Mickey Rooney. Con la suerte que yo tengo, seguro que a esta chica le gustan los deformes. Saco las manos de sus hombros y vuelvo a arrancar porque no hay necesidad de estar delante de la comisaría para hacer lo que yo quiero hacer.

Sin mirarla, le pregunto después de un cuarto de hora:

-¿A dónde llevaron a Cynthia?

No me contesta. Me preparo. Llegué a un lugar más o menos apropiado: jardines, poca gente. Doblo en un callecita que sube y freno. Sin decir ni una palabra, la agarro del puño y le tapo la boca con una mano, mientras con la otra le aprieto un poco el cuello. Me pateo las piernas y su talón puntiagudo me hace gritar de dolor, pero me mantengo firme y ella se calma poco a poco, porque se está ahogando. En ese momento, aflojo el brazo y le doy un golpecito en la cabeza.

Deja caer su bolso y se queda inerte. Agarro su bolso. Lo reviso. Y bueno, no está bien pero es necesario hacerlo.

No lleva nada encima. Nada en todos los sentidos del término. Eso me excita un poco y me alienta a tener ciertas experiencias: yo también tengo derecho a saber cómo está hecha una mujer; y la ocasión es buena ya que ella no se mueve más que un salmón de plomo. Mi mano izquierda sube a lo largo de sus piernas y más allá de sus medias, siento su piel tibia y dulce e instintivamente, busco el lugar más tibio y más dulce y no hay ningún documento. Tomo conciencia y hago una investigación cuidadosa y en su sueño ella suspira dulcemente, con satisfacción. A mí, cuando me dan un golpe en la cabeza, no me causa placer, pero las mujeres son animales raros. Dejo de acariciarla porque yo también en seguida voy a suspirar de alivio, y saco mi mano para pasar un poco más arriba. Ningún escondite en su corpiño. Está demasiado bien lleno, y no con esa goma espuma que se ponen todas para parecerse a Paulette Goddard. Pero...! Soy demasiado fuerte para estos mecanismos delicados y rompo el corpiño... seguramente me va a odiar, esta vez. Le saco las manos de encima y me bajo rápidamente... no respondo por lo que puedo llegar a hacer si me quedo cinco minutos más en ese coche...

Abro la puerta y dejo a la chica, sentada, inconsciente, contra la pared de la casa más cercana. Vuelvo a subirme y desaparezco.

Ni bien salgo de ahí, acelero. Punto de encuentro: el California Call.

A propósito, ¿cómo fue que me siguió?

Espero que Gary haya vuelto.

Miro el bolso de la pretendida Cynthia, que había quedado al lado mío. Un bolso nuevo. Bastante grande. Parece estar lleno. Tengo unas ganas de revisarlo... Sin contar con que no debería guardarlo en mi coche. Puede ser peligroso.

Pero ahora, retrospectivamente, tengo tanto terror que me voy directamente al Call, a donde llego muerto de miedo. Soy un desastre como detective. Casi pierdo mi virginidad.

continuará

EL **ENEMIGO** **PUBLICO**

LA UNICA REVISTA QUE TE MIENTE DE VERDAD

"Para conocer la verdad
hay que imaginar miles
de mentiras."

Oscar Wilde

**Ya salió el
número 1**

\$2 (¡dos pesos!)

**La aventura continúa: el número 2 sale
en cualquier momento**

Esté atento

¿Vamos a la feria?

**El próximo número de
Con V de Vian**

**aparece para la Feria del
Libro.**

**No te olvidés de poner medio
kilo de Vde Vian en la bolsa**

**Nos vemos la segunda quincena
de abril**



EL AMANTE

C I N E



La revista de cine que hacía
falta

Número 3 : aparece en marzo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar